

BIBLIOTECA ESOTÉRICA



SAINT BAQUE DE BUFOR
CONCORDANCIA
MITO-FÍSICO-
CÁBALO-
HERMÉTICA

EDICIONES OBELISCO

Las fábulas y los mitos del antiguo Egipto, las leyendas griegas y latinas, las enseñanzas de los druidas, la sabiduría hebrea y los escritos de los Filósofos Herméticos no nos hablan más que de una sola y única cosa: la Ciencia de la Naturaleza o Ciencia Alquímica, la llave de oro que abre el secreto tradicional que permite la regeneración de toda la creación caída.

El camino que conduce a esta ciencia divina es arduo y difícil; los textos de los alquimistas son oscuros y están llenos de zancadillas. El presente libro es una guía fiel que nos acompaña en este laberinto en el que todos se pierden, excepto aquel que obtiene el precioso Don de Dios.

Apoyándose en los mejores autores y en la experiencia en laboratorio, se comporta como una llave maestra que nos abre los secretos de la Gran Obra.

Importado por:
Distribuciones Mediterráneo SAC
RUC: 20537069831
Boulevard 162, of. 504.
Santiago de Surco, Lima -Perú
(511)436 1530-(511)436 1413

978-84-9777-169-6



9 788497 771696

PVP 12 €

CONCORDANCIA

MITO-FÍSICO-CÁBALO-HERMÉTICA

CONCORDANCIA
MITO-FÍSICO-CÁBALO-HERMÉTICA



EDICIONES OBELISCO

Si este libro le ha interesado y desea que le mantengamos informado de nuestras publicaciones, escribanos indicándonos qué temas son de su interés (Astrología, Autoayuda, Ciencias Ocultas, Artes Marciales, Naturismo, Espiritualidad, Tradición...) y gustosamente le complaceremos.

Puede consultar nuestro catálogo en www.edicionesobelisco.com

Colección Biblioteca Esotérica
CONCORDANCIA MITO-FÍSICO-CÁBALO-HERMÉTICA

1.ª edición: junio de 2007

Título original:
Concordance mitho-phisico-cabalo-hermetique

Traducción: *Victoria Argimón*
Maquetación: *Marta Rovira*
Corrección: *Serge van der Linden d'Hooghvorst*
Diseño de cubierta: *Enrique Iborra*

© 1986, Charles van der Linden d'Hooghvorst
(Reservados todos los derechos)
© 2007, Ediciones Obelisco, S.L.
(Reservados los derechos para la lengua española)

Edita: Ediciones Obelisco S.L.
Pere IV, 78 (Edif. Pedro IV) 3.ª planta 5.ª puerta
08005 Barcelona-España
Tel. 93 309 85 25 - Fax 93 309 85 23
E-mail: obelisco@edicionesobelisco.com

ISBN: 978-84-9777-169-6
Depósito Legal: B-30.695-2007

Printed in Spain

Impreso en España en los talleres gráficos de Romanyà/Valls S.A.
Verdaguer, 1 – Capellades (Barcelona)

Ninguna parte de esta publicación, incluso el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor.

PREFACIO



Dos siglos nos separan del discreto autor de la *Concordancia Mito-Físico-Cáballo-Hermética...* dos siglos para que reaparezca esta joyita olvidada de la Santa Ciencia de Hermes. Una primera edición bilingüe francés-español apareció en el año 1986 publicada por Ediciones Obelisco, actualmente agotada.

En 1785, sin embargo, se había publicado en Londres unos pocos ejemplares de un pequeño in 8º de 110 páginas, con correcciones y añadidos manuscritos titulado «Mis ideas sobre la naturaleza y las causas del aire desflogisticado, según los efectos que produce en los animales, prolongando su fuerza y su vida». Su autor: Fabre du Bosquet.

No hay ejemplares de este libro ni en la Biblioteca Nacional ni en el British Museum.

Se trata del Tratado Preliminar de Física que aparece en segundo lugar en nuestro manuscrito. La nota que muy amablemente nos comunicó el Sr. B. Renaud de la

Faverie cita más o menos textualmente la siguiente frase en la pág. 97:

Los efectos del aire desflogisticado nos conducen de un modo bien natural a pensar que si fuera posible corporificar y hacer sensible el fluido vivificante que contiene, habríamos encontrado ciertamente la panacea universal cuya potencia, virtudes y efectos maravillosos nos han descrito los Filósofos herméticos.

Nos volvemos a encontrar con este texto al final de nuestro Tratado Preliminar.

¿Habrá sido escrito para nosotros, hombres del final del siglo xx, para nosotros que vivimos las últimas consecuencias del hundimiento de un mundo que nuestro docto Filósofo quizá presintió si no vivió en el año 1789?

He aquí, pues, que vuelve a aparecer en este siglo, en el que la ignorancia ha vuelto a los hombres insensibles al misterio de su Vida, el Testimonio siempre idéntico de los Maestros del Saber; en este siglo en que el triunfo de la inteligencia hipertrofiada del hombre exiliado ha engendrado la ciencia del progreso material que no es, en realidad, sino un espejismo constantemente renovado.

El germen de esta ciencia siempre estuvo latente en la humanidad y es lo que denunciaba, hace dos siglos, el autor de la Concordancia:

Parece que haya una fatalidad unida a los más sabios observadores de la química vulgar; han tomado todos

un camino diametralmente opuesto al que debían tomar para conocerla; se han convertido en tiranos de la naturaleza cuando no tenían que ser sino sus imitadores. En vez de destruir los mixtos para analizarlos, tenían, al contrario, que recurrir a la Naturaleza para perfeccionarlos. Acostumbrados a no utilizar en sus operaciones más que fuerza y violencia, han creído, con estos medios asesinos, sorprender a la naturaleza y penetrar en sus obras secretas y, al contrario, no se han encontrado más que con los residuos de las materias y las sustancias volátiles que han separado, pero todas privadas del mismo modo de la vida que la naturaleza había introducido en ellas. La multiplicidad y las diferencias de hornos, vasos y fuegos que utilizan los alejan más y más de la vía de la Naturaleza, que en sus procedimientos siempre es simple, uniforme, constante e invariable.

Pero el germen de la ciencia rebelde se ha desarrollado desde entonces y en nuestros días ha invadido toda la Tierra, se ha apoderado de todos los espíritus como un chancro monstruoso borrando incluso el recuerdo de la Ciencia de la Vida. Tal es la Edad de Hierro, un Siglo de Olvido. ¿Quedan aún oídos para oír el testimonio de los Maestros de la Verdadera Ciencia, antes de que el espíritu suicida de los sabios de este siglo nos haya aniquilado completamente?

Escuchemos a éste, Testigo en nuestro tiempo presente que hace eco a las amonestaciones de los Antiguos. Sus advertencias, escritas hace poco más de treinta años, se han vuelto apremiantes ante la inminencia del peligro

que nos amenaza. Escasos son, sin embargo, aquellos que le han prestado atención:

Los sabios oficiales, herederos y descendientes de los sopladores rabiosos que fueron los primeros en forzar la naturaleza, los seres y las cosas, son honrados y recompensados más que nadie actualmente, ya que son los sacerdotes de la ciencia del maldito que tiene el mundo entre sus garras...

Su ciencia nació de las interpretaciones siniestras de las enseñanzas de los Antiguos Sabios.

No es por azar que los demonios del infierno son representados accionando sin parar sopletes de fragua, que fuerzan el fuego donde se queman los condenados.

Henos aquí, pero nuestra situación es tan idéntica a la imagen antigua que ya no podemos conocer el estado en que nos ha precipitado la ciencia del maligno.

Los magos oficiales de Faraón son más fuertes que nunca en el mundo. Han cambiado solamente de apariencias y de astucias, de nombres y de métodos, pero sus prodigios siempre asombran al mundo y lo mantienen en la esclavitud de la muerte.*

En la página de guardas de este misterioso volumen encuadernado en cuero que adquirimos en 1954, de

*. L. Cattiaux, *El Mensaje Reencontrado*, XXXIX, 28; II,33 y XXXIX. 29, 29' y 3'??.

manos del señor Claude d'Ygé, librero y alquimista de París, ya fallecido, aparece una nota manuscrita:

Manuscrito de un Erudito anónimo y alquimista operativo, rico en preciosas indicaciones y sabias aclaraciones. Este manuscrito nunca figuró en el catálogo Nourry ni en los de Dujols y Dorbon. Muy raro. 149 páginas. Buen estado.

Ignoramos si el manuscrito que ha sido utilizado en la presente edición es el texto original del autor. En París no lo podemos encontrar ni en la Biblioteca Nacional, ni en la de Sainte Geneviève ni en la del Arsenal. Sin embargo, en la Biblioteca de la Universidad de Harvard (Ms. 24226296) se conserva un manuscrito, así como en la de Glasgow (MS Ferguson 3 3 1).

El Sr. B. Renaud de la Faverie nos hizo saber que poseía una copia de la Concordancia, en la que, escrita por otra mano, aparece en dos ocasiones una nota que dice: «lo que sigue ha sido tachado por el autor hasta...». Estos pasajes no fueron suprimidos en nuestro manuscrito.

El copista añadió después de la primera obra de la Concordancia la Epístola del Jean Pontanus, gran Filósofo.

También hay que señalar que en esta copia la segunda parte de la Concordancia se titula «Continuación de la Concordancia Mito-Físico-Cábalo-Hermética, por el Sr. Fabre du Bosquet, gentilhomme de la Fauconnerie» mientras que nuestro manuscrito simplemente da por

título a esta segunda parte «Primera obra»; en ningún lugar es mencionado el nombre del autor.

La copia formaba parte de un lote de manuscritos, a juzgar por la nota siguiente que figura en la primera página de los folios de la Concordancia:

Distintos manuscritos incompletos que tratan de la filosofía hermética, procedentes de la Biblioteca y de la colección de la Société du Grand Oeuvre, formada en el año 1769 en el castillo de Versailles por Señores de la Corte y por Empleados superiores, dispersados en el mes de octubre de 1789 por el pueblo de París (una acolada subraya las palabras «dispersados por el pueblo de París») y recogidos por el Sr. Lebel, padre, pintor de flores en Sèvres, en el año 1800.

Luego una cosa es cierta: el autor escribió la Concordancia antes del año 1789.

El manuscrito está compuesto por dos tratados: el primero, la Concordancia Mito-Físico-Cábalo-Hermética, seguido de un Tratado Preliminar de Física. En este último, el autor hace alusión a la «Cubeta de Mesmer». Ahora bien, Mesmer, nacido en el año 1734, murió en 1815. Podemos, pues, afirmar, sin demasiado riesgo de error que el Tratado Preliminar de Física no fue escrito antes de los años 1770-1780. En la página 123 de este mismo tratado se habla también de «Voltaire a los 80 años», lo cual también es un indicio para datarlo. Sin embargo, nada impide pensar que la Concordancia haya

sido compuesta con anterioridad al Tratado Preliminar, ya que figura antes en el manuscrito.

Por otra parte, la obra parece haber sido escrita en el transcurso de un periodo en el cual estaba viva la polémica en torno a la teoría del Flogisto, o fluido que permite la combustión. Esta teoría fue inventada por el médico alemán Georg Ernst Stahl (1660-1734) y combatida por ciertos químicos, entre otros por Lavoisier, guillotinado en 1794. Añadamos aún que en dos ocasiones el autor se refiere a otro libro titulado Tratado de la Cabala Hermética «que concluye la obra de la cual éste no es sino un preliminar». ¿Existió realmente un tercer tratado?

Añadamos que en dos ocasiones el autor se refiere a otro libro titulado Tratado de la Cábala Hermética, «que da fin a la obra de la que este sólo es el Preliminar». ¿Existió realmente este tercer tratado?

El manuscrito no está firmado, pero el Sr. Claude d'Ygé habría declarado a mi llorado amigo Serge Lebbal que el autor sería un tal señor Saint Baque de Bufor. Ignoramos de dónde sacaría este dato el librero, pues no hemos podido hallar en ninguna parte huella alguna de este personaje. Nos sentiríamos honrados obteniendo cualquier precisión sobre él, en el caso de que algún erudito pudiera proporcionárnosla.

Para permanecer fieles al manuscrito, hemos transcrito en cursiva las palabras que aparecen subrayadas y conservado sus particularidades ortográficas.

El autor no ha escogido su título al azar: Concordancia Mito-Físico-Cábalo-Hermética, o sea acuerdo entre la Mitología, la Ciencia de la Naturaleza (del griego Phycis) y la Cabala y la Filosofía Hermética. Se trata, pues, del acuerdo de los Testimonios.

Dom Antoine-Joseph Pernety, después de otros, ya había utilizado este método de interpretación hermética de la Mitología en sus Fábulas Egipcias y Griegas. ¿Formaría parte Fabre du Bosquet de los Iluminados de Avignon fundados en el año 1784 por Pernety, su contemporáneo? No deja de ser curioso que su nombre no aparezca entre los allegados al autor de la Fábulas, al menos según mis conocimientos.

De todos modos, este pequeño tratado, de menos de 100 páginas, nos presenta un condensado mucho más estructurado, claro y sintético que las Fábulas; su autor se limita a lo esencial, evitando multiplicar las figuras mitológicas. En su *Discurso Preliminar* nos advierte:

Los Filósofos herméticos en los escritos que dejaron, hablaron muy poco de la primera materia y del primer mercurio de la naturaleza; se extendieron mucho, aunque con mucha ambigüedad, sobre los grandes principios del arte y sobre las formas progresivas que toma la materia en la segunda operación, pero cubrieron con un velo impenetrable el primer agente ostensible, los primeros procedimientos y todo el curso de la primera operación, hasta la perfección de su disolvente universal, que

es la línea de demarcación que se encuentra entre la primera y la segunda obra hermética.

El Antiguo Testamento, la teología egipcia, griega y la de los druidas casi no hablan, por el contrario, de la segunda operación; pero se extienden tan prolijamente y de un modo tan variado sobre la primera, que a fuerza de envolverla en parábolas, enigmas y ficciones, han formado un laberinto en el que es casi imposible no perderse.

He procurado evitar estos dos extremos y, sin querer profanar los misterios de la Naturaleza, he desarrollado tanto como he creído que debía hacerlo el sentido de los enigmas, de las Parábolas, de los jeroglíficos y el de las ficciones de la Mitología en todos los puntos esenciales...
(pág XX)

A partir de la descripción de una experiencia realizada con aire desfogisticado comparado con el aire de la atmósfera, las 40 primeras páginas del libro constituyen ellas solas todo un tratado sobre la primera materia que acaba así:

El primer mercurio de los Filósofos no contiene más que la propiedad mineral espiritual, y el segundo mercurio proporciona el principio material del oro; uno da la vida, otro la materia, y la reunión de ambos forma el doble Mercurio o el ázoe de los Filósofos. (pág. XX)

Nos alegraría si esta difusión de la obra de Fabre du Bosquet pudiera contribuir a ayudar, orientar y guiar a los buscadores de la Noble Ciencia de la Alquimia. No olvidemos, sin embargo, esta reflexión del Cosmopolita

que retoma nuestro Filósofo, en la que el humor se mezcla con una cruel ironía:

Si Hermes el verdadero Padre de los Filósofos, dice el Cosmopolita en el Primer Tratado de su Nueva Luz Química, si el sutil Geber, el profundo Raimundo Lulio y tantos otros químicos verdaderos y célebres volvieran a la tierra, nuestros químicos vulgares, no sólo no querían considerarles como maestros suyos, sino que creerían hacerles gran favor y gran honor en reconocerles como a sus discípulos; y es verdad que no sabrían hacer todas estas destilaciones, circulaciones, calcinaciones, sublimaciones, en fin, todas estas operaciones innumerables que los químicos vulgares han imaginado, por haber interpretado mal a los Filósofos.

No se trata en modo alguno de una «boutade»; hemos sido testimonio de ello en el siglo pasado.

CHARLES D'HOOGHVORST

DISCURSO PRELIMINAR



El origen de la Ciencia de la Naturaleza se pierde en los tiempos de la infancia del mundo; los Patriarcas la poseían. A sus resultados les debían éstos los días largos y felices de los que gozaban.¹ Hermes, su contemporáneo, fue el primero de los Filósofos que trazara sus principios y que pusiera cierto orden en ella; pero, no queriendo profanar los misterios de una Ciencia que Dios parecía no querer hacer común a todos los hombres, inventó los jeroglíficos, los símbolos y los enigmas bajo cuyo velo la transmitió a la posteridad.

Sobre los escritos de Hermes se formaron las Escuelas de los Templos, entre los egipcios, entre los griegos y entre los druidas, y, de entre ellos, solamente los sacerdotes los interpretaban y los explicaban a sus discípulos.

1. Los Patriarcas fueron los únicos que en su tiempo gozaban de una vida tan larga; sus contemporáneos, privados de las ayudas de la Ciencia de la Naturaleza, no sobrepasaban los límites que la Naturaleza ha prescrito a la vida del común de los hombres.

Moisés, perfectamente instruido en todas las Ciencias de los egipcios, fue quien llevó la de la Naturaleza al más alto grado de gloria; no hay nadie, por muy poco versado en el conocimiento de estas sublimes obras, que no reconozca en ellas la mano de la Divinidad; todo revela Su grandeza, Su sabiduría y Su omnipotencia; describe la Creación del mundo, el desarrollo del caos y la Creación del hombre con tanta verdad como si hubiera sido su testigo, y todos aquellos que en sus sistemas se apartaron del Génesis, se perdieron en sus vanos razonamientos.

Pero se podría objetar que cómo puede ser que desde hace tantos siglos los hombres hayan desdeñado el instruirse y cultivar una ciencia que tenían tan gran interés en conocer y conservar, ya que por los medios secretos de los que es la dispensadora:

- 1.º La Naturaleza no ha fijado los límites de la edad del hombre a los ochenta y los cien años.
- 2.º Que le es posible evitar, incluso a esta edad, las huellas humillantes y las dolencias de la vejez.
- 3.º Que puede gozar sin interrupción de la mejor salud y de todas las gracias de la juventud.
- 4.º Que puede darse según su gusto riquezas infinitas.
- 5.º Que, por los mismos medios, puede extender los límites de su poder, de sus luces y de su razón, desarrollando su genio y dándole una amplitud, una inteligencia y una penetración muy por encima de lo que él pudo concebir.

6.^a Que el fruto inestimable de su inteligencia, aumentada por estos medios sublimes, debe ser conocer a Dios, a la Naturaleza y conocerse a sí mismo.

Se podría responder a esta objeción diciendo que esta ciencia no fue olvidada universalmente, de que en este inmenso intervalo, surgieron cierto número de filósofos que por su aplicación y perseverancia consiguieron distinguir la vía que conduce a ella, pero que creyeron que debían sembrar zarzas y espinas sobre sus huellas, para disimularlas a los ojos de aquellos que no estuvieran guiados en sus trabajos por un profundo estudio de los grandes principios y de los medios secretos de la Naturaleza.

Hoy, la gente verdaderamente ilustrada ya no duda de la posibilidad ni de los efectos que, naturalmente, debe producir la Piedra de los Filósofos herméticos. La conformidad de las ideas, principios, hechos y resultados de todos los hombres que han escrito sobre ella, aún de distintos siglos y países diversos, es una prueba incontestable de su realidad.

La historia nos dice que Diocleciano hizo quemar todas las obras que trataban del arte hermético, creyendo con ello, despojar a los egipcios de los medios de hacer Oro y, por consiguiente, imposibilitarles el mantener la guerra contra él.

Sin embargo, a pesar de esta bárbara hostilidad, todavía queda una grandísima cantidad dispersa por diferentes países. La biblioteca del Rey, ella sola, contiene un número prodigioso de manuscritos y de libros impresos,

antiguos y modernos, escritos acerca de esta materia y en diversas lenguas, que si se conocieran y salieran a la luz serían, sin duda, secretos de los que la humanidad podría sacar un gran provecho.

Todas las ficciones relatadas en las obras de Píndaro, Orfeo, Homero, de los egipcios, los griegos y los galos, no son más que alegorías sacadas de la materia, de las manipulaciones y los efectos que producía el Arte Patriarcal;² las relaciones esenciales que se encuentran entre éste y los tratados herméticos de los Filósofos más modernos, al mismo tiempo que sirven para penetrar los misterios unos por otros, no deben dejar duda alguna a un hombre sin prejuicio sobre la existencia y la posibilidad de la obra de los sabios.

El pueblo ciego y poco instruido, a pesar de la autenticidad de estas pruebas, todavía considera una quimera los resultados de la Ciencia Filosofal; por otro lado, los sabios orgullosos, al no creer posible lo que no pudieron comprender ni encontrar, la ridiculizan; de modo que el menguado número de los que mejor podrían juzgarla está reducido al silencio, por la fuerza y por la multitud de opiniones contrarias.

2. La Ciencia de la Naturaleza se conoció, al principio, con el nombre de Ciencia *Patriarcal* y se la llamó luego ciencia o arte *profético*; los sacerdotes egipcios lo designaron con el nombre de ciencia o arte *Sacerdotal*: desde la dispersión de los sacerdotes egipcios y la destrucción de los templos se la ha llamado siempre Ciencia o Arte Hermético.

Los rápidos y notables progresos que ha hecho la química positiva, no han contribuido poco a este descrédito general, independientemente de los descubrimientos útiles que le debe la sociedad. Los energúmenos sectarios de ese arte han proclamado claramente, no obstante con alguna apariencia de razón, que ni la materia, ni la vía de las manipulaciones, ni los secretos de la química trascendente, si hubieran tenido alguna realidad, hubieran escapado a los múltiples trabajos y a la sagacidad de los Boerhaves, Beckers, Konkel, Stal, Lepot... La consecuencia que sacan de este argumento, no tendría réplica si no se tuviera que oponer la aserción de sus propios Apóstoles que, aún habiendo fracasado en esa búsqueda, tuvieron al menos la buena fe de reconocer en sus escritos que creían en la posibilidad de la obra de los Filósofos herméticos.

Parece que haya una fatalidad ligada a los más sabios observadores de la Química vulgar; todos han tomado un camino diametralmente opuesto al que había que tomar para llegar a conocerla y se han convertido en los tiranos de la Naturaleza mientras que no debían ser más que sus imitadores en lugar de destruir los mixtos para analizarlos, hubieran tenido que recurrir, por el contrario, a la Naturaleza para perfeccionarlos; acostumbrados en sus operaciones a no usar más que fuerza y violencia, creyeron sorprender a la Naturaleza por estos medios asesinos y penetrar sus obras secretas y, por el contrario, no encontraron más que los residuos de las materias y

las substancias volátiles que separaron de ellas, pero todas privadas por igual de la vida que había introducido la Naturaleza en ellas. La multiplicidad y las diferencias de los hornillos, los vasos y los fuegos que utilizan, les alejan cada vez más de la vía de la Naturaleza que, en sus procedimientos, siempre es simple, uniforme, constante e invariable.

El Presidente d'Espagnet, en su tratado de los Arcanos Herméticos, canon 6, detalla con mucha precisión la causa de los errores de los químicos vulgares. «Los químicos vulgares —dice—, se han acostumbrado a alejarse gradualmente de la vía simple de la Naturaleza por sus sublimaciones, destilaciones, soluciones, congelaciones, coagulaciones, sus diferentes extracciones de espíritus y tinturas y por cantidad de otras operaciones más sutiles que útiles; han caído en errores que han sido continuación unos de otros; se han convertido en los verdugos de esta Naturaleza. Su sutileza demasiado laboriosa, lejos de abrirles los ojos a la luz de la verdad para ver las vías de la Naturaleza, ha sido un obstáculo que ha impedido que ésta llegara a ellos: se han alejado de ella cada vez más y la única esperanza que les queda está en un Guía fiel que disipe las tinieblas de su espíritu y les haga ver el Sol en toda su pureza.

«Con un genio penetrante, un espíritu firme y paciente, un ardiente anhelo de la Filosofía, un gran conocimiento de la verdadera Física, un corazón puro, costumbres íntegras y un sincero amor a Dios y al prójimo, todo

hombre, por muy ignorante que sea en la práctica de la química vulgar, puede, con confianza, proponerse llegar a ser Filósofo, imitador de la Naturaleza».

Dice el Cosmopolita en el primer tratado de su *Nueva Luz Química* que «si Hermes el verdadero Padre de los Filósofos, el sutil Geber, el profundo Raimundo Lulio y tantos otros químicos verdaderos y célebres volvieran a la Tierra, nuestros químicos vulgares, no sólo no querían considerarles como maestros suyos, sino que creerían hacerles gran favor y gran honor reconociéndolos como sus discípulos; y es verdad que no sabrían hacer todas estas destilaciones, circulaciones, calcinaciones, sublimaciones, en fin, todas estas operaciones innumerables que los químicos vulgares han imaginado, por haber interpretado mal a los Filósofos».

En otro pasaje del mismo tratado, el Cosmopolita dice: «los químicos vulgares están bastante ilustrados sobre la química conocida y bastante instruidos sobre sus procedimientos, pero son ciegos en lo que se refiere a la química hermética y están llevados por la costumbre. Han construido hornillos que subliman, calcinan y destilan: han empleado infinidad de vasos y crisoles desconocidos por la simple naturaleza y han pedido ayuda al fraticida del fuego natural; ¿cómo habrían triunfado con procedimientos tan violentos? Son absolutamente contrarios a los procedimientos que siguen los Filósofos herméticos».

Resulta de estos dos pasajes de estos dos verdaderos Filósofos que las manipulaciones violentas y múltiples

de los químicos, no son las que debe seguir un hombre que trata de instruirse sobre los procedimientos de la Naturaleza; pero hay que conocerlos y no trabajar al azar, si no, uno se expone a errar y a trabajar en vano.

Geber dice: «Que todo hombre que ignora la Naturaleza y sus procedimientos no llegará nunca al fin que se propone si Dios o un amigo no se los revela» y aunque Basilio Valentín, en su segunda edición a las *Doce Claves* diga: «nuestra materia es vil y abyecta y la obra que se dirige por el régimen del fuego sólo es fácil de hacer.³ No necesitas otras instrucciones para saber gobernar tu fuego y construir tu horno, como aquel que tiene harina no tardará en encontrar un horno y no está muy preocupado en cocer su pan»,⁴ sin embargo es verdad que sus procedimientos lineales son muy difíciles de encontrar así como de ponerlos en práctica. El Cosmopolita, en su tratado de *la Nueva Luz*, se expresa con más sinceridad y dice: «que cuando los Filósofos aseguran que la obra es fácil, hubieran tenido que añadir: *para los que la conocen*».

3. Esta facilidad no atañe más que a las operaciones que siguen a la preparación del Mercurio Filosófico. D'Espagnet. can. 42, dice: «Hace falta un trabajo de *Hércules* para la sublimación del mercurio, o para su primera preparación pues sin *Alcides*, *Jasón* nunca hubiera emprendido la *Conquista del Vello de Oro*.»

4. Por el nombre de harina, se entiende el mercurio filosófico; y por su cocción no se quiere hablar más que del segundo grado de la obra hermética.

Pontano, en su epístola, reconoce que erró más de doscientas veces en el trabajo con la verdadera materia porque desconocía el fuego de los Filósofos.

La primera dificultad que experimentan los que comienzan a estudiar la Ciencia de la Naturaleza es la de encontrar la verdadera materia; la segunda dificultad consiste en las manipulaciones convenientes y la tercera es la de encontrar el *fuego hermético*. Es por eso por lo que Hércules (*que representa al artista*) va a consultar con las *Ninfas de Júpiter* que le dirigen a *Nereo*, el más antiguo de los dioses después de *Orfeo*, *hijo de la tierra y del agua, o del Océano y de Tetis*. Su nombre significa *húmedo*; Homero en la *Iliada*, lib. 18 vers. 36, le llama el *anciano*; es la primera materia de los sabios que dicen que es tan común y tan despreciada. Hércules fue pues a buscar a *Nereo*; pero tuvo tantas más dificultades en encontrarle y sobre todo en distinguirlo, cuanto que a cada momento tomaba nuevas formas porque esta *materia*, al ser susceptible de todas las formas, no tiene ninguna determinada; se convierte en *aceite* en la *nuez* y en la *oliva*, *en vino en la uva*, *amarga en el ajeno*, *dulce en el azúcar*, *mortal en la cicuta*, *benéfica en la salvia*, etc... Sin embargo, Hércules lo buscó con tanto tesón que lo encontró, al fin, cubierto, de harapos que le hacían vil a los ojos del vulgo; es decir, que lo encontró bajo esta forma que no es una, de algún modo, y que no presenta nada gracioso ni específico, al igual que la primera materia de la obra.

Es pues necesario recurrir a *Nereo* o al caos, pero como no hay bastante con conocer y poseer la primera

materia verdadera y próxima de la obra, Nereo, a quien *Hércules* pedía algo más, mandó a éste a Prometeo quien había tenido el secreto de robar el fuego del Cielo.

Por medio de *Nereo*, *Hércules* conoció la primera materia y por *Prometeo* conoció el fuego; pero los Trabajos que exigen una y otro le fueron enseñados tan oscuramente y envueltos en tantas alegorías que no nos entendremos en explicarlos. Se suplirá, sin embargo, de un modo más inteligible y más abreviado de lo que podría serlo el análisis de las ficciones mitológicas.

La preparación de la primera materia se compone de dos partes distintas y cada una de éstas está subdividida en otras dos; las dos que forman el sujeto de la primera parte de la primera división son la solución de la materia en *agua mercurial* y la preparación de esa agua, hasta convertirla en *Mercurio de los Filósofos* y es a lo que se limita el primer trabajo de la obra hermética.

En el sujeto de la primera división, la primera parte de esa segunda, debe comenzar por la corrupción, y la generación del azufre Filosófico es el complemento de la obra. La primera se opera por la semilla mineral y espiritual de la tierra; la segunda espermatiza esta tierra, volatilizándola y fijándola por turnos. La tercera, por medio de la corrupción, hace la separación, la reunión y la homogeneidad de las substancias y la cuarta acaba y determina la fijación absoluta de la materia rubificándola. Es la creación de la piedra de los Sabios.

Los Filósofos han comparado esta preparación con la Creación del mundo que, primeramente, no presentaba más que una *masa*, un caos, una tierra vacía, informe y tenebrosa que no era *nada* en particular pero que era, en general, apropiada para llegar a serlo *todo*.

Dios habló; la luz se hizo, salió de su *limbo* y se colocó en la región más elevada; entonces las tinieblas desaparecieron ante ella. El caos y la confusión dieron paso al orden, la noche al día y por así decirlo la nada al ser; es la primera parte de la obra hermética hasta el disolvente universal.

Dios habló por segunda vez y los elementos desordenados se separaron, los más ligeros se colocaron en lo alto, y los más pesados abajo; entonces la tierra, liberada de sus *húmedos abismos*, fue apareciendo toda llena de *fluido luminoso* que la hizo apropiada para servir de matriz a todas las semillas.

Esta separación del agua y de la tierra, en la que se halló el aire y el fuego se propagó, no es más que un cambio sucesivo de la materia en la doble forma de Agua y de Tierra, lo que hizo decir a los Filósofos que el agua es toda la base de la obra sin la que la tierra no podría disolverse, ni causar putrefacción. En la segunda parte de la obra, la Tierra es el cuerpo en el que los elementos húmedos se terminan, se congelan y se sepultan para reanudar una *vida más noble*.

Los Filósofos herméticos en los escritos que dejaron, hablaron muy poco de la primera materia y del *primer mercurio de la naturaleza*; se extendieron mucho, aunque

con mucha ambigüedad, sobre los grandes principios del arte y sobre las formas progresivas que toma la materia en la segunda operación, pero cubrieron con un velo impenetrable el primer agente ostensible, los primeros procedimientos y todo el curso de la primera operación, hasta la perfección de su disolvente universal, que es la línea de demarcación que se encuentra entre la primera y la segunda obra hermética.

El Antiguo Testamento, *la teología egipcia, griega y la de los druidas* casi no hablan, por el contrario, de la segunda operación; pero se extienden tan prolijamente y de un modo tan variado sobre la primera, que a fuerza de envolverla en parábolas, enigmas y ficciones, han formado un laberinto en el que es casi imposible no perderse.

He procurado evitar estos dos extremos y, sin querer profanar los misterios de la Naturaleza, he desarrollado tanto como he creído que debía hacerlo el sentido de los enigmas, de las Parábolas, de los jeroglíficos y el de las ficciones de la Mitología en todos los puntos esenciales los que más importa conocer, y a estos les he adaptado tanto como he podido los pasajes de los escritos de los Filósofos que tienen relación con ellos, para que por esa concordancia, los amantes de la ciencia de la Naturaleza puedan alejarse de una grandísima parte de los escollos esparcidos por todos los caminos que pueden conducir a ella y contra los que no se puede evitar chocar, cuando en esta búsqueda no se está dirigido por unos principios cuya verdad no puede ser equívoca ni puesta en duda.

No sé si seré lo bastante afortunado como para conseguir mi propósito, pero no me he propuesto más que el placer secreto de facilitar el estudio de la Naturaleza a los que tienen el valor de ocuparse de él y de procurar por medio de trabajos, penetrarla y profundizarla; les indico bases y medios, con cuya certeza pueden contar y según los cuales, si no alcanzan el fin al que la doctrina de los Elementos podría conducirles, al menos adquirirán conocimientos que, capacitándoles para apreciar las promesas, las fórmulas y las sofisticaciones de las gentes que querrían imponérselas, les prevendrán también contra las ilusiones y los prestigios de los pretendidos *Cabalistas iluminados*.

CONCORDANCIA MITO-FÍSICO-CÁBALO-HERMÉTICA



Llené un globo de aire desflogisticado y llené otro de aire de la atmósfera; puse a un animal de la misma especie en cada uno de los dos globos. El que respiraba en el aire atmosférico, al cabo de tres, cuatro o cinco días, caía de lado, de debilidad e inanición; el que había puesto en el aire desflogisticado después del mismo espacio de tiempo gozaba de excelente salud y de grandísima fuerza. Repetí esta experiencia varias veces y con varios animales de especies diferentes, los resultados fueron siempre uniformes.

Un perro en un globo lleno de aire de la atmósfera sólo pudo vivir en él algo más de cuatro días y vivió diecinueve en el aire desflogisticado. Un gato vivió veintidós días en el aire desflogisticado y sólo pudo vivir cinco días y medio en el aire atmosférico.

Introduje en una habitación cierta cantidad de aire desflogisticado. Me di cuenta de que el aire puro era mucho más pesado que el aire de la atmósfera; siempre se coloca-

ba en la parte inferior y echaba constantemente al aire atmosférico hacia arriba. Esta última experiencia me demostró la verdad de la circulación de la que habla Hermes Trismegisto⁵ en la *Tabla de Esmeralda*: al ser el aire

-
5. *El autor hebreo* que tiene como título la casa de *Melquisedec* habla de un primer Hermes en estos términos: «La casa de Canaán vio salir de su seno un hombre de una sabiduría consumada, llamado Adrís o Hermes; fue el primero que instituyó escuelas, inventó las letras, las ciencias y las artes entre las ciencias había una que no comunicó más que a sus sacerdotes con la condición de que la guardarían para ellos con un secreto inviolable. Les obligó por juramento a no divulgarla más que a aquellos a quienes después de largas pruebas hubieran encontrado dignos de sucederles. Los Reyes les prohibieron revelarla bajo pena de la vida».

Alkandi y Gelaldinus mencionan al segundo *Adrís o Hermes* llamado por excelencia Trismegisto y ambos autores se expresan así: «En el tiempo de Abraham vivía en Egipto Hermes o Adrís segundo, que la paz esté con él; se le llamó Trismegisto porque era a la vez Profeta, Filósofo y Rey y enseñó el arte de los metales, la Alquimia, la ciencia de los números, la magia natural, la ciencia de los Espíritus y fue la Ciencia de la Naturaleza la que le llevó a todas las demás Ciencias.

Pitágoras, Empédocles, Arquelao, el Sacerdote Sócrates, Platón, Aristóteles, Hipócrates, Demócrito etc., sacaron su ciencia de los escritos de Hermes, que les comunicaron los sacerdotes egipcios.

Eusebio declara expresamente, que, según Manetón, Hermes fue quien instituyó los jeroglíficos, los redujo a categorías y los reveló a los sacerdotes; Manetón, gran sacerdote, los explicó en secreto a Ptolomeo Filadelfo quien, aunque era muy comunicativo, sin embargo, jamás los reveló...

más pesado que el aire de la atmósfera, circula de arriba abajo y sólo vuelve a subir cuando está flogisticado, es decir, cuando está cargado de vapores; el efecto del aire inflamable y el del humo son una prueba de esta teoría.

...Zósimo Panopolita, Eusebio, Sinesio aseguran que esta ciencia fue cultivada durante largo tiempo en Menfis.

Plutarco, teólogo y físico griego, dice que la antigua teología de los griegos no era más que un discurso de *Física natural*, oculta bajo el velo de las fábulas. Incluso trata de explicarlo diciendo que Latona era la *noche*, Apolo el *Sol*, Júpiter el *Calor*, añade que los egipcios decían que Osiris era el *Sol*, Isis la *Luna*, Júpiter el *espíritu universal* difundido en toda la naturaleza y Vulcano, *el fuego*.

En la primera operación filosófica, Latona es hija de la *noche* y en la segunda es la propia noche. Es en la segunda parte de la operación cuando da a luz a Diana y a Apolo, es decir al *Sol* y a la *Luna* herméticos. Es también de la Latona de la segunda operación de la que ha querido hablar Morieno en su conversación con el Rey Calid, cuando dice: *Dealbate Latonem et rumpite libros*. Sin embargo, es muy importante notar que tanto en la primera como en la segunda operación *Latona* o el *Latón* deben ser blanqueados.

En la segunda operación en la que Latona es *el negro, más negro que el negro* de los Filósofos, su blanqueo trae al mundo a *Diana y a Apolo*, mientras que en la primera operación, su blanqueo traía al mundo las *Palomas de Diana* o al *espíritu ardiente* de Raimundo Lulio.

Los jeroglíficos eran considerados como sagrados y se guardaban ocultos en los Lugares más secretos de los Templos; sólo por la explicación de los *jeroglíficos* uno era iniciado en los conocimientos secretos de la Naturaleza y sólo se daban estas explicaciones en lo que se llamaba el santuario y que se encontraba dignos de ellas por la amplitud de su talento y por su sabiduría...

Si por los resultados de mi primera operación me convencí de que la aspiración del aire puro prolongaba la vida de los animales cuatro o cinco veces más que la del aire de la atmósfera, me di cuenta también de que cuando el aire atmosférico estaba demasiado desflogisticado, lejos de prolongar la vida a los animales que lo aspiraban, adelantaba, por el contrario, su muerte. El fuego vital se encontraba en él tan cerca y tenía una fuerza tal que, en lugar de ser atraído por el fuego vital interior de los animales, atraía, por el contrario, el de ellos y les hacía expirar en el aire que, si hubiera estado más modificado, habría aumentado el sujeto de su vida.

Los peligros a los que uno se expondría inevitablemente como resultado de esta atracción mortífera al aspirar el aire desflogisticado, me han hecho considerar esta experiencia de física menos como un descubrimiento aplicable al bien de la humanidad que como un adminículo y como una base muy apropiada para llevar nuestras miradas infinitamente más lejos que los límites de la Física positiva. No he podido ocultarme que el aire

... Orígenes, *contra Celso*, libro 1° dice que los sacerdotes egipcios entretenían al pueblo con fábulas y que escondían su filosofía natural bajo el velo de los Dioses del país.

Coringio se vio forzado a reconocer que los sacerdotes de Egipto ejercían el arte de hacer oro y que la química había nacido allí.

Diodoro de Sicilia, *antig. Libr. 4*, cap. 2, habla con todo detalle de un secreto que tenían los Reyes de Egipto para hacer oro.

desflogisticado, al contener una parte mayor del fluido vital que es la fuente y el sostén de la vida, debía, haciéndolo más manifiesto y por medios sin duda poco conocidos, llevar la vida de los hombres mucho más allá de los límites que la edad parece prescribirles hoy.

Esa idea de la que estaba sumamente convencido, me dio motivos para pensar que los efectos que se atribuían a la *Panacea* de los Adeptos podía no ser tan imaginaria como, en general, los hombres creían.

El sabio *Cosmopolita* dijo: *est in aere vitae occultus, es en el aire donde se oculta el alimento de la vida*. Este pasaje, en efecto, se ha convertido en un axioma entre la gente instruida. Hoy ya no se duda de que el aire no sea la única substancia del *Macrocosmos* que contenga los principios de la vida y, por consiguiente, los de su conservación.

Todos los Filósofos herméticos aseguran que con algunas gotas de su elixir curarían todas las enfermedades, restablecerían a los ancianos, aumentándoles su fuerza, y devolverían la vida a los enfermos, cuando estuviera pronta a extinguirse.

Este elixir no podía ser más que un licor. Estos Filósofos habían llegado pues, a condensar en líquido el aire que habían purificado o a procurarse un aire congelado que habían reducido a quintaesencia.

El punto central de la dificultad que concebía mi imaginación residía en poder condensar el aire en líquido o en encontrar una materia condensada que fuera un producto del aire.

Ni el aire de la atmósfera ni el aire desflogisticado podían proporcionarme medio alguno de alcanzar los fines que me proponía, por la imposibilidad absoluta de condensarlos.

Me pareció que sería más factible encontrar una materia condensada que fuera un producto del aire; pero, tras un gran número de experimentos sobre las diversas substancias que el aire produce, como *el rocío, el agua de tormenta, floscoli, el granizo, la nieve, etc., etc.*, me convencí de la dificultad de encontrar aquella que habían utilizado los Filósofos para formar su *medicina universal*; y a pesar de la inutilidad de mis indagaciones y experiencias, estaba tan profundamente persuadido de la posibilidad de tal cosa que, lejos de renunciar a la esperanza de un éxito más favorable, tomé, por el contrario, la decisión de leer de nuevo a los autores herméticos, estudiar la naturaleza y observarla tanto como me fuera posible desde el momento en que salía de la mano de Dios hasta la plenitud de sus efectos, en los tres reinos de la naturaleza.

Leí con más atención que nunca y de un modo más reflexivo lo que Moisés⁶ nos transmitió sobre la creación del universo y sobre la del hombre en particular. Comprendí igualmente la historia de su huida al frente de los israelitas y la de su camino hacia *la Tierra Prometida*.

6. Moisés, iniciado en los misterios del sacerdocio egipcio, fue el que, en su tiempo, profundizó más las ciencias sublimes de las que los dos Hermes habían sido los redactores. Penetró el sentido de *los jeroglíficos* y utilizó los mismos medios, a los que añá-

Saqué inducciones que me parecieron apoyadas por las más contundentes probabilidades y que hablaban a mi razón del modo más imperativo.

El universo fue sacado del caos que, sin duda, no era más que un *Légamo* compuesto de tierra y agua. El hombre no fue hecho hasta el último día de la Creación universal porque Dios, queriendo que fuera el compendio del *macro-*

dió las *parábolas*, para conservar y transmitir a la posteridad todas las ciencias que había adquirido.

Filón judío, libr. 1º, *De vita Mosis*, relata que Moisés aprendió en Egipto *la filosofía simbólica o la Ciencia de la Naturaleza*.

San Clemente de Alejandría relata lo mismo de Moisés y añade que los sacerdotes egipcios no enseñaban esta ciencia más que a los *Hijos de los Reyes o a sus propios Hijos*.

Rambam, autor *hebreo*, asegura *in exordio genesios* que todo lo que contiene la ley de los judíos y de *los hebreos* está escrito en sentido *alegórico* y de un modo *parabólico* para ocultar al pueblo los secretos de *la Ciencia sublime de la Naturaleza*.

Salomón consideraba *los jeroglíficos, los proverbios, los enigmas y las parábolas* como objetos dignos del estudio de un sabio. «El sabio dice, *Proverbios, Cap. 1º*, se consagrará al estudio de *las jeroglíficos y de las parábolas*, se esforzará en interpretar *las ficciones y los enigmas* de los antiguos, penetrará el sentido de *las parábolas* y discutirá *los proverbios* para descubrir la ciencia que se halla oculta en ellos». Salomón prohibió rigurosamente a los sacerdotes explicar el sentido de *los jeroglíficos, de las parábolas, etc.*, en otro lugar que no fuera en los Templos y a sus discípulos. Cada templo tenía una especie de colegio donde los jóvenes que habían demostrado buenas costumbres ingresaban para ser instruidos en los principios del arte sacerdotal; se les llamaba Levitas.

cosmo, es decir el compendio de todo lo que ya había creado, no pudo crear el *microcosmo* o este compendio más que después de haber llevado el todo a su perfección.

El cuerpo del hombre fue creado de un *légamo* extraído de la substancia más pura de los cuerpos ya creados.

Su *espíritu* fue creado de la parte más quintaesenciada todo lo que constituía el universo.

Hiram fue el gran sacerdote al que *Salomón* instituyó; antes de alcanzar el *sacerdocio*, es decir, el grado de *maestro*, había que pasar dos grados, *el de aprendiz* y *el de compañero*; los lugares donde los aprendices y los compañeros se reunían para ser documentados no eran los mismos; se distinguían en los templos por dos columnas, en cada una de las cuales había un asiento elevado para los sacerdotes bajo cuya regencia se encontraban.

La columna de los aprendices estaba marcada por este signo a que en el *Zodiaco* representa a *Aries* o el mes de *marzo*, la columna de los compañeros estaba marcada por una cabeza de *Toro* que en el *Zodiaco* representa el mes de *abril*. Esos signos misteriosos para los Filósofos (como se verá a lo largo de la obra) fueron interpretados más tarde de un modo ridículo por la gente que no conocía su etimología: el del *carnero* por su parecido sin duda con la *Y griega* por la palabra *Jaquin* y el del signo del *Tauro* por la palabra *Boos*; a las que no atribuyeron ni pudieron atribuir ningún sentido.

Esos dos signos, entre los iniciados, indicaban no sólo los primeros meses del año y aquellos en los que debían comenzar los trabajos filosóficos, sino que también eran dos jeroglíficos de Mercurio hijo de *Maya*, o primer mercurio del arte sacerdotal.

Del grado de *compañero* se pasaba al de *maestro* o *sacerdote* al que no se podía ascender más que después de las pruebas más rigurosas y en el *Santuario del Templo*, que era el lugar más secre-

«El alma, oh Tat, dice Hermes en su *Poimandres*, es la propia substancia o la propia esencia de Dios; pues Dios tiene una esencia tal que sólo Él puede conocerse. El alma no es una parte separada de esta esencia divina como se separa una parte de un todo material, sino que es como una efusión, poco más o menos como la claridad del sol no es el propio sol. Esta alma es un *Dios* en

to de éste, llamado *el Santo de los Santos*, del nombre de Osiris que según Plutarco quiere decir *santo* y según Macrobio, *el lugar en el que se ve claro, el lugar donde se ve la luz*; según Horus Apolo este lugar era llamado *Makurenos, lugar de muerte, lugar de putrefacción, lugar de desarrollo*; todos esos nombres convenían de igual manera a este lugar secreto; pero el último, el que le atribuye *Horus Apolo* es, según un Filósofo el más significativo. Según Apuleyo, ese lugar secreto en los Templos de los druidas, estaba indicado con esta inscripción: *Virgini pariturae, a la Virgen que tiene que dar a luz*; es decir que los *Druidas* lo indicaban todo a la vez: el lugar, lo que se manipulaba y el resultado de la materia y de la manipulación.

Pero, como en todos los tiempos, así como en todas las naciones, el número de hombres ambiciosos de gloria y fortuna sin serlo de los trabajos que conducen a una y otra, ha sido infinitamente más grande que el de los hombres estudiosos. El gran sacerdote *Hiram* fue asesinado por los discípulos a quienes había tenido la firmeza de negar constantemente el grado de maestro. Los asesinos fueron castigados y los menos culpables fueron echados del Templo.

Estos, al no haber podido alcanzar el conocimiento de Dios por los conocimientos sublimes de la Ciencia de la Naturaleza (llamada por los Sabios magia natural, de la que el pueblo poco

los hombres; porque lo que constituye propiamente la humanidad linda con la Divinidad. Es lo que hizo decir a *David: ego dixi dii estis et filii excelsi omnes.* (Salm 81.6)

El alma se sustenta por el pensamiento y por la contemplación de la luz divina a la que debe su origen. El Cuerpo saca su alimento de la substancia más pura de los tres reinos de la naturaleza.

instruido pronuncia el nombre con espanto, *cujus sapientia est stultitia coram Deo*) se entregaron al estudio de la *nigromancia*, llamada *magia negra*, que les facilitaron los magos y los falsos profetas. Cuando Cambises, Rey de *Persia*, arrasó Egipto, los sacerdotes se dispersaron; llevaron a Grecia el *Arte sacerdotal* envuelto en ficciones de la Teología egipcia a la que adaptaron todos los dioses del Paganismo; transformaron a *Isis* y *Osiris* en *Juno* y *Júpiter*, en *Venus* y *Marte*, etc... En las Galias, con el nombre de *druidas*, edificaron templos, instituyeron escuelas como en Egipto y, para el pueblo, concibieron un culto emparentado con las divinidades egipcias y griegas bajo cuyo velo enseñaban el arte misterioso a sus Discípulos. Habían erigido un templo a *Isis* en un pueblo llamado por corrupción *Issi*, situado a dos leguas de París. En efecto, era el lugar más apropiado, para comenzar los trabajos que exigía la Filosofía hermética; habían alzado otro a *Marte* en la colina de *Montmartre* que tomó la etimología de su nombre *Monte de Marte*. Era el que habían destinado, por la elevación de su terreno, a atraer el rocío celeste por medio del imán filosófico, preparado en el templo de *Isis*.

Originariamente, no se dio el nombre de *Gala* a la nación formada por varios pueblos reunidos más que a causa de la predilección que sentían por el dios *Mercurio*, cuyo símbolo era el *Gallo* (*Gallus*).

El espíritu se sustenta con los principios análogos a sí mismo que encuentra en el aire que el hombre respira. Es decir que el alma del mundo y el espíritu universal son su sustento especial y particular; es el instrumento del que Dios se sirve para dar la forma al universo y el ser a todos los mixtos.

Según los *galos*, *Mercurio* era el dispensador de todos los bienes del cielo, con el que mantenía su trato y su unión; era a la ciencia de esta correspondencia del *cielo* con la *tierra* a la que los *Druídas* llamaban la ciencia de la *magia natural*. El *gallo* que habían consagrado a *Mercurio* tenía también un sentido más misterioso que el que le daban vulgarmente; según éste, representaba la vigilancia y el cuidado que el pueblo debía tener con los trabajos agrícolas, como una condición indispensable para el culto de *Mercurio*, para hacérselo favorable; pero según el sentido misterioso del *arte*, el *Gallo* representaba el momento en el que las influencias benignas de la aurora venían a revivificar la naturaleza y aquel en el que había que cosechar la primera materia del *arte sacerdotal*.

Sobre el modelo de los templos egipcios y sobre los de los *Druídas*, *Raimundo Lulio*, célebre *Filósofo* hermético formó una escuela en la que enseñaba los grandes principios de la Ciencia de la Naturaleza a cuyos preceptos añadió el conocimiento gradual de la materia y las manipulaciones que exigía cada gradación. Los últimos grados a los que llegaba la materia no eran enseñados más que en los lugares más secretos de su escuela y sólo a los discípulos a los que, después de distinguirse por su aplicación y celo, se les juzgaba dignos de ser elevados al venerable grado de maestro. Después del ascenso a este grado eminente se les instruía

La conservación del Cuerpo está confiada al espíritu, él es quien trabaja en los laboratorios interiores los alimentos que le nutren. Es el verdadero *Arqueo* del que los sabios ponen la mayor fuerza en el corazón y en el orificio del estómago. Es el principio ígneo el que constituye el alma activa del hombre, el que da a su cuerpo la

ampliamente del poder al que las adaptaciones propias de la piedra filosofal podía elevarles.

Estas escuelas fueron el origen de las sociedades conocidas bajo el nombre de *francmasones*; estas sociedades deben su fundación a los aprendices y compañeros desaplicados que no habían podido alcanzar el grado de maestro y que, sin embargo, enorgullecidos de la celebridad de las escuelas de las que habían sido discípulos, intentaron formar nuevas escuelas bajo el nombre de *logias* en las que enseñaron, bajo la sombra del misterio, lo poco que su falta de atención les había permitido retener de las lecciones de su maestro; es decir que no pueden enseñar en ellas más que las palabras, la corteza y la superficie de la ciencia sublime cuyo conocimiento no habían podido alcanzar.

En la medida en que estas *logias* se han alejado de su origen, se han alejado también del verdadero sentido que los primeros fundadores habían podido dar a ciertas palabras de las que no se tiene hoy ni la más ligera idea. Esas palabras, que ya no significan nada, se han convertido en *sus secretos* y lo que había sido instituido por los *sacerdotes egipcios* solamente para formar Profetas y Sabios y por *Raimundo Lulio* para formar Filósofos herméticos, tal como llegaron a serlo en esta escuela *Ripley* y *Cristóbal*, obispo de París, no es hoy más que un lugar de reunión donde sólo se ocupan de falsedades, de pusilanidades y sobre todo de suntuosos banquetes, en los que se pronuncian sin cesar palabras a las que no atribuye otro sentido que el

acción y el movimiento bajo las órdenes del alma, como el universo lo recibe por los Elementos simples bajo las órdenes de Dios.

El espíritu da la vida al cuerpo y se la conserva tanto como sus facultades se lo permiten: le haría casi inmortal si él mismo en todas las épocas de la vida pudiera

pan, el vino y el agua. Los golpes medidos que se dan no tienen otra significación que la que tiene el golpe del tambor que llama al orden o el cuidado que debe tenerse con el mandato, etc. etc.

«Oh Egipto, oh Egipto, dice Hermes *en Asclepios*, de la Ciencia sacerdotal no quedarán más que las *ficciones* y las palabras de las que los hombres no penetrarán ni el sentido oculto ni los misterios divinos». Hace ya mucho tiempo que se ha cumplido esta profecía. El sentido de la palabra Ofir no ha sido conservado mejor que las que utilizan los Francmasones. Ofir en lengua sacerdotal (*el lenguaje sacerdotal era lo que se llama la antigua lengua egipcia*) era entre los sacerdotes egipcios, oro escondido, oro misterioso. Este oro se hacía en los templos por medio del arte hermético; se destinaba parte al embellecimiento y mantenimiento de los Templos y de los sacerdotes a los que nunca se asignaba ninguna clase de patrimonio y la otra parte del oro se destinaba a los Reyes; pero como todo lo que tenía una relación con la ciencia natural estaba siempre envuelto en misterio y en ficciones, la inmensa cantidad de oro que hizo Hiram, gran sacerdote, ya fuera para que su templo fuese el más magnífico y el más rico del mundo, ya fuera para satisfacer los excesivos gastos a los que se entregaba Salomón, hizo suponer a ojos del pueblo que Salomón mandaba naves todos los años a Ofir para buscar oro; de ahí vienen las inútiles búsquedas de los viajeros geógrafos para descubrir donde podría estar situado Ofir de donde Salomón había sacado tan prodigiosa cantidad de oro.

sustentarse en calidad y cantidad suficientes; sería de la vida del hombre si su espíritu pudiera ser alimentado diariamente por una substancia pura que le fuese análoga, como una lámpara encendida se haría casi inextinguible si a medida que se consumiera el aceite se fuera poniendo más.

Es obligado reconocer con el *Filósofo Profeta*, según el cuadro analítico de las substancias que concurren a la formación del hombre, que es la obra más perfecta de la Divinidad y la producción más perfecta de la Naturaleza; ha sido hecho el Rey de ésta y ésta parece, en efecto, no estar destinada más que a él. Sin embargo, no la usa con más entendimiento de lo que lo hacen los animales *brutos* salvo las ridículas satisfacciones que le dan su orgullo, su avaricia y su amor propio, cuando puede conseguir satisfacer los proyectos de sus lamentables pasiones. No es más que por las ideas burlescas que estos le inspiran que él se respeta, que se coloca con arrogancia por encima de los *brutos* quienes, sin embargo, gozan de los mismos privilegios que él, exceptuando estas pasiones, de modo que su *preeminencia* y su *realeza* no son más que una *quimera* cuando por los medios que Dios no le ha dado más que a él, no sabe evitar las angustias y dolencias a las que están sometidos todos los animales en general.

Los primeros deberes del hombre deberían ser esforzarse en conocer, en instruirse profundamente y en emplear con fruto, como habían llegado a hacerlo los *egipcios*, los *druidas* y los *Filósofos herméticos*, las producciones

beneficiosas que la *Naturaleza liberal* propaga abundantemente sobre la *superficie del globo*; presenta a los ojos de sus hijos queridos los medios de llevar la perfección de su individuo muy por encima de lo que habrían podido hacerlo sus cuidados maternos, a causa de la *corteza* que envuelve sus entrañas y que no puede romper por sus propias fuerzas; los trabajos que exigen el conocimiento de estos medios y los desarrollos de estos misterios están reservados al arte hermético.

La tierra y el agua son los dos Elementos sensibles y contienen el aire y el fuego; de la reunión de los dos primeros nace un légamo que la naturaleza utiliza para formar todos los cuerpos. Este légamo es la materia próxima de todas las generaciones. Es una especie de *caos* donde los Elementos están confundidos.

Si el Universo, el hombre y todos los Seres provienen de un Légamo, la sana razón debe decirnos que en la obra de los Filósofos que, según ellos, es la creación de un pequeño mundo, la primera materia debe ser un *Légamo* y ese *Légamo caótico* no puede ser más que el *Légamo del Aire* porque el aire es la única sustancia del *macrocosmo* que contiene y es el vehículo *del fuego vital* en el que están encerradas todas las virtudes del Cielo y la tierra.⁷

7. La materia del *arte sacerdotal* es un Légamo compuesto de tierra y agua, es decir de dos substancias, una de las cuales es fija y la otra, volátil. Los sacerdotes egipcios personificaron estas dos substancias; llamaron Osiris o *fuego escondido* al principio activo, *seco* y

«Había, dicen las Escrituras, *Génesis*, cap. I, un *caos* del que ningún individuo se distinguía; el Globo terrestre estaba sumergido en las Aguas y parecía que ellas contuvieran el Cielo y que encerraran en su seno las simientes de todas las cosas. No había luz, todo estaba en las tinieblas; la luz apareció, las disipó y los astros fueron colocados en el firmamento. La obra filosófica es precisamente lo mismo: pri-

caliente, al que atribuyeron las funciones del macho; llamaron Isis al principio *pasivo*, *frío* y *húmedo* que hacía las veces de hembra; añadieron un tercero, al que dieron el nombre de Tifón y del que supusieron que era el *hermano uterino* de ambos, porque las sustancias homogéneas radicales y celestes que representaban Isis y Osiris deben al *Cielo* su origen y los Espíritus heterogéneos, impuros, accidentales y terrestres representados por Tifón son los vapores de la tierra, que en la ficción se supone que es su madre común.

«Cualquiera que sea la execración con la que la teología egipcia haya condenado a *Tifón*, no es, sin embargo, menos verdad que, sin él, Isis y Osiris no podrían congelarse y hacerse sensibles, de modo que es a esta *deidad impura* a la que los sabios deben el conocimiento de su primera materia que sin esta causa de condensación seguiría siendo invisible e impalpable, como lo es en el aire.

Isis y Osiris contrajeron matrimonio, dice Manetón, en el vientre de su madre, y Isis salió encinta de Arueris o Horus; de la reunión de los dos primeros principios, nace, en efecto, un tercero, que es su hijo que encierra y contiene en él a su *padre* y a su *madre* en cuanto a su substancia radical; es decir que cuando los dos principios que constituyen la materia pura del arte hermético, habían sido llevados por las manipulaciones del artista a este estado *de pureza*, ya no eran llamados ni conocidos por los nombres

mero, es un *caos* tenebroso donde todo parece infuso, de modo que es absolutamente imposible distinguir los principios que componen la materia *pura* de la obra. El Cielo de los Filósofos está sumergido en las Aguas y las tinieblas cubren toda la superficie; por último, la luz se separa, *el sol y la luna terrestres* se manifiestan y vienen a difundir la alegría en el corazón del artista como la vida en la materia.

de Isis y Osiris o *primera materia caótica*; sino que en este estado de perfección, eran *la materia de los sabios* designada por el nombre de *Horus*; éste fue matado por *Tifón*. Es decir también que entonces, *Isis y Osiris* que son los principios de toda vida de los que *Horus* está formado, son liberados de los principios de destrucción y de muerte, que son *Tifón*, el *Flogisto* o los *vapores* de la *tierra* que les habían condensado.

Según Apuleyo, la diosa Isis habla así de su festividad; «Mi religión comenzará mañana para durar eternamente; es decir que la ciencia religiosa de la naturaleza y la obra de la simiente, primer origen de toda producción y de las maravillas del mundo, durará tanto como el universo y ello se observará cada día y sin cesar»; añade: «que cuando las tempestades del invierno sean apaciguadas, que el mar agitado, revuelto y tempestuoso sea calmado y sea pacífico y navegable, mis *sacerdotes* me ofrecerán una *navecilla* como demostración de mi *paso por mar en Egipto* bajo el mando de Mercurio dominado por Júpiter. *Ese es el gran secreto de los Filósofos herméticos* para la extracción de su materia y para la corrupción de donde debe nacer mi hijo *Horus* o el niño Real filosófico».

No hay ningún pasaje en los tratados que han escrito los Filósofos herméticos, que sea tan claro, tan verdadero e instructivo para el comienzo de la obra hermética como el que ha relatado Apuleyo en relación con la festividad de Isis.

La obra de los sabios parece, igualmente, calcada de la creación del hombre. Dios hizo el cuerpo del hombre de una tierra que modeló y que parecía inanimada; le inspiró un hálito de vida. Lo que hizo Dios con respecto del hombre, el agente de la naturaleza lo hace sobre la tierra o Légamo filosófico; lo trabaja por su acción interior de manera que dándole vida le da también las facultades apropiadas para fortificarse.

Isis y Osiris, según la opinión de los autores más instruidos, incluyen a todos los dioses del Paganismo: Isis, según ellos, era *Ceres Juno, la Luna, la tierra, Pallas, Minerva, Proserpina, Thetis, Cibeles, Venus, Diana, Hecate, Belona, Temis, Ramnusia, la Naturaleza, etc...*

Son estos nombres diferentes los que han dado lugar al de Mirionime que llevaba Isis o la diosa de mil nombres.

A Osiris se le tomaba igualmente por todos los dioses: era *Júpiter, Vulcano, Marte, Apolo, Febo, Cupido, Mitra, el Océano, etc...* Pero no era Mercurio porque éste no podía existir más que por la unión de Isis y Osiris; él solo los representaba a los dos.

La historia misteriosa de Isis y Osiris o más bien esta ficción se convirtió, luego, en la base de la teología egipcia que se encontraba escondida bajo los símbolos aparentes de esas dos divinidades mientras que los sacerdotes y los filósofos veían en ella los más sublimes secretos de la naturaleza.

Para el pueblo, Osiris era el Sol o el astro del día, e Isis era la Luna; el primero era, por el contrario, para los Filósofos, el Sol terrestre, el fuego vital y escondido de la naturaleza, el principio ígneo, fijo y radical que lo anima todo. Isis, era, a sus ojos, el principio activo y vital; por eso *Apuleyo, Metamorfosis, libro 1*, habla así de esta diosa: «Soy la Naturaleza, madre de todas las cosas, dueña de los Elementos, el principio de los siglos, la soberana de los dioses, etc.»

El cuerpo del hombre es un principio de muerte análogo a esta masa informe, de la que Dios formó el mundo, y representa las tinieblas; el espíritu del hombre se parece y participa de esta substancia animada por el espíritu de Dios que al principio se paseaba sobre las Aguas: *Spiritus Domini ferebatur super aquas* y que, por la luz que ella difundió, infundió en la masa ese calor que da la vida a todos los seres creados y que les da al mismo tiempo esta virtud fecunda-

Isis, en efecto, era la madre de todas las cosas porque, unida a Osiris, componen juntos el fluido luminoso que da la vida a todos los Seres. Era la dueña de los Elementos porque, unida a Osiris, eran los Elementos simples que elementan los cuatro elementos. Era el comienzo de los siglos porque Isis y Osiris deben su nacimiento a las substancias que Dios separó del caos al principio del mundo. Era la soberana de los dioses porque, como ya se ha dicho, todos los dioses del paganismo debían su origen a Isis y Osiris.

Horus, su hijo, era considerado por los sabios como el complemento de la primera operación hermética. Apolo, entre los Filósofos, era el mismo que Horus; por eso, estos hacen matar a Tifón por este último y a Pitón por el primero; son el anagrama uno de otro.

Vulcano era hermano de Júpiter y fue precipitado de los Cielos; uno era el fuego central al que se llama Arqueo, como el de todos los cuerpos y el otro representa el fuego celeste. Vulcano precipitado de los Cielos indica que el fuego del Arqueo es una porción, un derivado del fuego celeste.

El fuego central es llevado de abajo arriba por los vapores que lo envuelven. El fuego celeste circula de arriba abajo porque el aire puro pesa más que el aire de la atmósfera. Se dice que Vulcano forjaba el rayo de Júpiter porque, en efecto, la materia del trueno y la de los relámpagos está formada por los vapores de los cuerpos

dora, principio de generación que proporciona a cada individuo las ganas y el medio de multiplicar su especie.

Dios es el alma de *todo*: el espíritu que se paseaba sobre las Aguas es la *propia naturaleza* y el globo terrestre es la materia a la que el espíritu comunica sus virtudes vivificantes, es decir, que Dios infunde la vida a la Naturaleza y la Naturaleza a todos los cuerpos.

Así como el alma del hombre anima su Espíritu, su cuerpo material recibe la vida de la Naturaleza; de ahí se está obligado a concluir que para alcanzar el conocimiento de la Naturaleza, hay que remontar a este espíritu de Dios que se paseaba sobre las Aguas, porque nadie más que él contiene la vida y sólo con él se puede formar la Medicina universal de los Filósofos.

Dejemos que la química positiva se entretenga en destruir y descomponer los mixtos en los que no se puede encontrar, después de los laboriosos trabajos que exige, más que los resultados de los cuerpos privados de la substancia vivificadora que les había infundido la Naturaleza.

que elevan *el fuego central* y le fuerzan a subir con ellos. Era el esposo de Venus por la misma razón que Osiris era el marido de Isis; es decir que la *Venus* mitológica representaba la primera materia del arte y contenía el fuego central como Isis contenía a Osiris en su seno y como Juno contenía a Júpiter; *Vulcano* hizo una red que envolvió a *Marte* y *Venus* porque los vapores del Flogisto, que envuelven sin cesar *el fuego central*, son la red que enlaza a *Marte* y *Venus*. Esta red es la misma substancia que *Tifón* que condensa a Isis y Osiris.

Por esta química, se aprende a distinguir las bases y las diferentes sustancias terrestres y materiales que han concurrido en la formación de los mixtos para extraer de ellos remedios tan susceptibles de corrupción como el propio animal a quien se le administran.

La química trascendente, por el contrario, no destruye ningún cuerpo sino que trata de conocer la sustancia espiritual por la que todos los mixtos reciben la vida y, subsiguientemente, después de haberla conocido, trata de formar una quintaesencia incorruptible que pueda suplir la pérdida diaria y la decadencia que experimenta la vida del hombre cuando ha pasado la estación de sus años brillantes e introducir en su cuerpo material la incorruptibilidad que es la esencia de su vida a la que debía sus fuerzas, sus gracias y su juventud.

El espíritu infundido en la matriz con la propia simiente que lo anima, se esfuerza en formar y perfeccionar la morada y la vivienda que debe habitar, según la especie y la calidad de los materiales que le proporciona la sustancia pasiva o la parte paciente, y también según la disposición de los lugares y la especificación de la materia. Si los materiales son de buena calidad, el edificio será más sólido y el temperamento será más fuerte y más vigoroso.

Si los materiales son malos, el cuerpo será más débil, más lánguido y menos apropiado para resistir los embates que tendrá que soportar mientras subsista. Si la materia es susceptible de una organización más sutil y más perfecta, el niño será más activo, más despierto y

más vivo, y el espíritu se manifestará en las acciones de su vida con más brillantez y más sagacidad porque el espíritu en el seno de la madre habrá dispuesto los órganos de tal modo que luego pueda ejercer libremente sus funciones; pero si la materia es tosca y terrestre y si el espíritu que está infundido por el hombre es débil por sí mismo, por su poca fuerza o cantidad, los órganos serán defectuosos o enviados, el espíritu sólo podrá trabajar en su morada débilmente y el niño que propondrá de ello, será más o menos estúpido; el alma que le será infundida no será, no obstante, menos perfecta, pero el espíritu que le sirve de instrumento y de cubierta, embarazado por la materia, o encontrándose a sí mismo de calidad más grosera que espiritual, pudiendo entonces ejercer solamente sus funciones difícilmente, volverá las funciones del alma igual de penosas y materiales, es decir que, en razón de los obstáculos que el espíritu encontrará en la organización del cuerpo, el alma tendrá las facultades menos intelectuales, de modo que sólo podrá manifestar sus percepciones aproximadamente, como la luz penetra y se nos aparece a través de una niebla espesa. *Corpus quod corrumpitur aggravat animam, et terrena in habitatio deprimit senum multa cogitantem. Sap. 9.*

Por eso, la razón no se manifiesta en los niños más que a cierta edad y en unos antes que en otros, a medida que su organización interior se encuentra más o menos avanzada. Por eso también, a medida que los

órganos humanos se debilitan, ya deba atribuirse la causa de su decadencia a un accidente o a los efectos inevitables de la edad, la razón, la inteligencia y la memoria parecen debilitarse también. El hombre no sufriría ninguna de las crueles y humillantes vicisitudes a las que le someten la debilidad o la imperfección de su constitución si pudiera aumentar el volumen, la fuerza y la calidad de su espíritu por la quintaesencia filosófica, que, al ser una porciúncula del espíritu del hombre, daría a éste los medios de consolidar, disponer y perfeccionar la constitución del cuerpo al mismo tiempo que liberaría al alma de los vínculos de la materia que, en ciertos individuos, absorbe casi enteramente las facultades de las que su origen divino la hace susceptible.

Se deduce de las verdades contenidas en la precedente disgresión que, en la reunión de las substancias que concurren en la formación del hombre, *Dios infundió el alma* y el espíritu en el primer hombre con la facultad de reproducirlas en los hijos; ambas substancias trasplantadas al seno de la mujer encuentran allí la materia que deben trabajar, vivificar y animar. «Vosotros que pedís a Dios el don de la Piedra filosofal, dice el autor de las *rimas germánicas*, guardaos mucho de buscarla en las hierbas, en los animales, en los minerales; los vitrioles, los alumbres, y las sales, nada valen para eso; el plomo, el hierro, el estaño, el cobre, el propio oro y la plata no pueden hacer nada para el magisterio, pero tomad Hylé o el caos o la primera materia principio de todo.» Es el

Proteo de los antiguos que, como dice Virgilio, *Georg 4, Omnia transformat sese in miraculo rerum.*⁸

8. Proteo es el hijo de Neptuno o del Océano que representa el mar de los filósofos. Neptuno es esposo de la ninfa Fénice cuyo nombre quiere decir *color púrpura*: es decir que cuando el mar de los Filósofos se volvió rojo, como el de Moisés, Neptuno se casó con la ninfa Fénice. Ese *mar rojo* dio a luz a Proteo, es decir a la tierra prometida; Proteo o materia de los sabios, como dicen Virgilio o Filaleteo, se transformó en toda clase de cosas. Es de esa transformación de la que hablan los Filósofos cuando llaman a esta materia ya sea *Dragón, León, Serpiente, ya sea ágil buitres*; la alusión de las Metamorfosis de Proteo, es tomada tanto de los diferentes colores que toma la materia como el cambio que experimenta en el curso de las operaciones herméticas.

La fábula mitológica del combate de Arquelao con Hércules significa lo mismo que la de Proteo, Neptuno y la de la ninfa Fénice. Arquelao es hijo del Océano y de la Tierra. Según el sentido hermético representa la primera materia de la obra que debe resolverse en agua mercurial. Quiere casarse con Dejanira, hija de Oeneo que significa *vino tinto*, es decir que cuando la primera agua mercurial se ha hecho roja, Arquelao quiere guardar el resultado que es la tierra, goma, atrop, o Dejanira; Hércules que es el artista quiere poseerla también porque es el fruto de sus trabajos precedentes; esta rivalidad hace nacer la discordia y da lugar al combate de los pretendientes. Arquelao para resistir mejor la fuerza de Hércules se convierte en toro que es su símbolo; Hércules lo agarra de los cuernos y después de haberle arrancado uno, lo vence. Arquelao, vencido, pide su cuerno y propone a Hércules que le dé en su lugar el cuerno Amalteo, éste acepta el cambio y Arquelao se convierte, en efecto, para el artista que ha sabido luchar contra él, y vencerlo, es decir, reducirlo a piedra, en la fuente de todos los Bienes de la que el cuerno Amalteo es el jeroglífico.

Sólo es en esta materia *caótica* donde la virtud *fermentativa* se encuentra sin especificación. «La virtud encerrada en esta materia, dice Filaleteo, es la *llave de obra de la naturaleza y el milagro del mundo*. Es esta virtud la que hace que el agua se convierta en *hierba, planta, árbol, fruto, sangre, carne, piedra y minerales*; en fin, es ella la que lo forma todo. Buscadla, se lo merece, y buscadla sólo a ella y, cuando la poseáis, satisfará vuestra felicidad, porque es un tesoro inestimable; pero debo informaros, añade, de que la cualidad fermentativa no opera fuera de su especie y de que las *sales* no tienen el poder de hacer fermentar los metales.»

No es que con el primer ser de la *Sal* no se pueda extraer un mercurio de los metales; pero este *mercurio* extraído es tanto menos propio a la obra, cuanto que el *primus ens* de la *Sal* vuelve al mercurio del que ha hecho la extracción, de una calidad muy inferior al mercurio común; porque en esta operación los álcalis separan el azufre del mercurio extraído, lo que vuelve a éste más distante de la naturaleza metálica de lo que lo es el mercurio común.

La *virtud fermentativa* extraída del *sujeto caótico* puede por sí sola separar del *mercurio crudo* una materia terrestre que quema como el carbón y una humedad que se disuel-

Arquelao, como *Proteo*, adoptaba todas las formas que quería; se transformaba en serpiente, en toro, en águila... El *cuerno de Amaltea* es el cuerno de la abundancia. *Cuerno Amalteo* quiere decir: «*lo curo todo al mismo tiempo*», es decir los animales, los vegetales, y los minerales.

ve en el agua normal. Las materias impuras que el sujeto *caótico* separa de la *plata viva* han hecho decir a los Filósofos que el mercurio crudo tenía dos *manchas originales*: la primera es una tierra inmunda y sucia y la segunda se parece mucho a la *hidropesía*; lo que queda de la plata viva en esa admirable operación es su *elemento predestinado*: es una agua pesada y mercurial a la que la propiedad fermentativa ha comunicado un espíritu de vida que es el verdadero *azufre embrionado* del agua invisible de los Filósofos.

Esta operación hizo decir al autor de la *Nueva Luz Química*: «Ningún agua en la Isla de los Filósofos es propia a esta extracción, y a esta animación, más que aquella que se extrae de los rayos del Sol y de la Luna.» Cuando con el primer mercurio de los Filósofos se ha llegado a extraer el *mercurio del mercurio crudo* y a juntarlos hasta hacer de ellos una misma substancia homogénea, esa doble substancia es llamada doble mercurio por el Trevisano y oro compuesto, por Filaleteo. Es la *Rebis* de los Filósofos o el Pollo de Hermógenes. Es de ese *doble mercurio* del que dijeron los adeptos: *Est in mercurio quid quid quorum sapientes in eo enim, cum eo, et per eum perficitur magisterium.*

En efecto, se puede llegar al magisterio con el *Doble mercurio* solo, sin añadirle *el oro* porque este Mercurio contiene los principios *del oro*; es lo que hizo decir a los Filósofos que *el mercurio era un oro crudo del mismo modo que el oro era un mercurio cocido*. La materia que encierra la *virtud fermentativa* es la misma que la *Venus hermafrodita* de los adeptos; es, dicen, una *substancia húmeda, el espíritu universal del*

mundo, un vapor viscoso; de ella procede La Rosa, el tulipán, el oro, los metales y, en general, todos los mixtos. Según Basilio Valentino lo es todo en todas las cosas, es decir que se especifica y se une a las virtudes seminales de todos los mixtos naturales para hacerlos crecer y multiplicarlos.

Sinesio, el Cosmopolita, Filaleteo y casi todos los sabios están de acuerdo sobre esta materia *caótica*; unos la han llamado León verde, otros Duenech verde, como *Paracelso y Ripley*; pero la mayoría la han llamado Hylé:⁹ «su mercurio, dicen, está encarcelado y encadenado en ese caos mineral espiritual que la naturaleza les presenta, del que sólo puede ser liberado con la ayuda del arte hermético que viene a amparar a la materia y que empieza donde ella termina».

El mercurio extraído de su primera coagulación contiene en sí una doble naturaleza: una *ígneas y fija* y otra *volátil y húmeda*. Es el *punto seminal* que hay que desarrollar para reducir la semilla espiritual de poder a acto y hacer visible lo invisible, dice *Basilio Valentino*.

9. Los sabios que han envuelto los principios de la ciencia natural de las ficciones de la Mitología han designado a esta materia con el nombre de *Hylas*, el amado de *Hércules* a quien éste encontró ahogado en una fuente o, para decir con mayor verdad, le encontró cambiado, o más bien, reducido a agua. Es esa Agua la que ha dado lugar al axioma de los Filósofos: *aqua est ea... aqua onmia fiunt*. También es de esa agua de la que quería hablar *Demócrito* cuando decía que la *Sabiduría* y la *Verdad* estaban escondidas en el fondo de un pozo.

El primer mercurio de los Filósofos no contiene más que la propiedad mineral espiritual, y el segundo mercurio proporciona el principio material *del oro*; uno da la vida, otro la materia, y la reunión de ambos forma el *doble Mercurio o el azogue* de los Filósofos.

ANÁLISIS DEL MERCURIO MITOLÓGICO



Se habla tan a menudo de Mercurio y del Mercurio en los Libros de los Filósofos y en las ficciones de la Mitología inventada por los Sabios que parece casi indispensable demostrar, por las relaciones que tienen entre sí, que uno y otro no son más que una única y misma cosa.

Mercurio era hijo de *Júpiter* y de *Maya*; algunos dicen que *Maya* era una de las *Pléyades*, y una mayoría la llaman *Cibeles* o la *Tierra*.

Mercurio fue alimentado por *Vulcano* en el seno de su madre. *Mercurio* nació en una *montaña* en la que *Juno* le amamantó.

Recién salido de la infancia venció luchando a *Cupido* o el amor.

Luego robó las *herramientas* a *Vulcano* y el cetro a *Júpiter*, etc...

Mercurio, hijo de *Júpiter* y de *Maya*, es la primera materia de la obra, hija del Cielo y de la tierra, en cuya formación concurren el *fuego celeste* y el *fuego central*.

Mercurio fue alimentado en el seno de su madre por *Vulcano*, porque *Vulcano* representa el fuego central del globo al que se llama *el Arqueo* de la Naturaleza de cuyos principios, Mercurio o *la primera materia de los Filósofos* se sustenta mientras permanece en el *seno de su madre*, es decir, en las entrañas de la tierra.

«Vulcano es el fuego ígneo de nuestra piedra, dice d'Espagnet, canon 80; es el *Arqueo de la Naturaleza*, el hijo y el Vicario del Sol; lo mueve, lo dirige y lo *perfecciona todo*, con tal de que sea liberado, es decir, con tal de que Mercurio venga al mundo»; añade que «en la segunda obra la materia pasa a la putrefacción y se vuelve negra o la *cabeza del cuervo*; los Filósofos la llaman *sol tenebroso* o eclipse de sol; la materia, en efecto, debe entonces ser llamada Sol tenebroso, puesto que antes de la primera putrefacción de la segunda obra, era disolvente universal o Apolo disfrazado de pastor y vigilando los bueyes de Admeto».

Mercurio ve la luz en una montaña, es decir que cuando el artista, al purificarla, ha liberado a esta materia de los vínculos de la primera coagulación o, si podemos expresarnos así, cuando Mercurio se libera de la placenta, en la que estaba sumergido, es la *tierra laminada* de los Filósofos; es un *imán*, su *magnesio*; sólo ha conseguido las alas en los talones; se debe llevar, entonces, a un lugar elevado para que Juno o el aire, amamantándolo acabe de *personificarle* y le haga crecer las alas que lleva en la cabeza. Cuando ha sido suficientemente alimentado por el Rocío Celeste se convierte en el primer *Mercurio* de los

Filósofos al que no faltan más que algunas manipulaciones para convertirse en su *disolvente universal*.

Mercurio robó las herramientas que utilizaba Vulcano del mismo modo que un alumno roba a su maestro cuando por su doctrina se vuelve tan sabio como él. Del mismo modo debe interpretarse el robo que hace *Mercurio* del cetro de *Júpiter* porque, en efecto, el *Mercurio de los Filósofos* contiene las virtudes y propiedades de estos dioses; recibió las de *Vulcano* antes de nacer y las de *Júpiter* por el alimento que Juno, llena de las propiedades prolíficas de *Júpiter*, le administró en la montaña donde le amantó.

*Mercurio venció a Cupido*¹⁰ en la lucha; eso debía ocurrir así porque *Mercurio* tenía el doble de fuerza que *Cupido*. Este no tenía más que el principio que lleva a los animales a multiplicarse, y el otro contenía en sí el principio vital de la Naturaleza en los tres reinos, *animal, vegetal y mineral*.

A *Mercurio* se le representaba como a un joven con alas en la cabeza y en los pies, que sostenía una cadena de oro atada por un extremo a *las orejas de los hombres*; llevaba un Caduceo que era una Vara de oro, a cuyo alrededor se enroscaban dos serpientes que Apolo le había regalado.

10. *Juno* y *Venus* representan ambas alegóricamente la primera materia de la obra; una da luz a Hebe, diosa de la Juventud, la otra a *Cupido*, o al amor, dios de los jóvenes, porque se atribuye a esta materia las mismas virtudes que las que se atribuía a la fuente de la Juventud que, a semejanza del Jardín de las Hespérides, estaba vigilada por *Dragones* y por *Toros flamicornios*, que son los jero-glíficos de la primera materia de la obra hermética.

Mercurio tenía alas en los pies y en la cabeza porque el *mercurio hermético*, es muy *volátil*, antes de haber sido fijado por la segunda operación de la obra. En la segunda operación, *Mercurio* toma su nombre y se convierte progresivamente en Saturno, Marte, Júpiter, la Luna y el Sol hermético, etc.

La cadena de oro por medio de la cual Mercurio conducía a los hombres donde él quería, no era, como pretenden los mitólogos, una alegoría de la fuerza que tiene la elocuencia sobre los espíritus, sino que lo era de que *el Mercurio hermético*, al ser el *principio del oro* y al ser el oro la fuerza de las artes, del comercio y casi el único objeto de la ambición humana, se convierte en el móvil de todas las acciones de los hombres y los liga en todos los pasos que pueden conducir a su posesión.

Los intérpretes históricos de la mitología, habiendo descubierto que se dedicaba las lenguas de las víctimas a Mercurio, no se imaginaron que esta ofrenda tuviera otro objeto que la elocuencia de los dioses; pero si hubieran sospechado de la naturaleza de este dios y se hubieran dado cuenta de que no se quemaban las lenguas de las víctimas más que en las ceremonias secretas de su Culto, hubieran pensado, sin duda, que esos sacrificios hechos en secreto representaban, más bien, el que los sacerdotes habían jurado guardar sobre la explicación del *mercurio de la obra secreta de los Sabios*, más que la elocuencia imaginaria de ese Dios.

Las dos serpientes enroscadas alrededor del Caduceo, de las que una era *macho* y la otra *hembra*, representaban las dos substancias de la obra, una fija y la otra volátil.

La primera, caliente y seca; la segunda, fría y húmeda, llamadas por los Filósofos: *serpientes, dragones, hermano y hermana, esposo y esposa, Gabrie y Beya, perro de Jorasán y perra de Armenia, agente y paciente*, etc.

Estas dos substancias que a primera vista parecen tener cualidades contrarias, poseen, sin embargo, entre sí una homogeneidad tan perfecta que, cuando están abrazadas, se vuelven inseparables. Es por sus propiedades unidas por lo que se forma *la Vara de Oro* que *Mercurio* no podía recibir más que de manos de *Apolo*, porque éste representa, como el *Sol*, el complemento de la obra herméctica; es acerca de estas dos substancias que *Raimundo Lulio* en su tratado de la quintaesencia dijo: «Se deben formar dos substancias contrarias, una que tenga la propiedad de fijar, endurecer y congelar, y la otra que sea volátil, blanda y no fija. Esta segunda debe ser endurecida, congelada y fijada por la primera, y de esas dos sale *una piedra congelada* y fija que tiene también la propiedad de congelar lo que no lo está, de endurecer lo que es blando, ablandar lo que es duro y fijar lo que es volátil».

Es, sin embargo, bueno observar lo que, sin duda, *Raimundo Lulio* omitió a propósito; la primera substancia, antes de congelar, fijar y endurecer a la segunda, debe ser volatilizada por la segunda. Sólo por esta manipulación indispensable se cumple el deseo del axioma de los Filósofos: *fac volatile fixum et fixum volatile*.

Las dos serpientes del *Caduceo* son la misma materia de los dos Dragones de *Flamel* y la de los dos pájaros de *Sénior*,

etc... Mercurio era a menudo llamado por los antiguos el Dios de tres cabezas y pasaba por ser un Dios *Celeste, Terrestre* y Marino. En las manipulaciones, en efecto, gana progresivamente esos tres imperios; cuando la tierra hermética que los Filósofos llamaron *Adrop, Moisés la Tierra Prometida*, y la mitología *Dejanire, Proteo* se formó de esa agua, *Mercurio es el dios de la tierra*. Cuando Mercurio, está todavía sumergido en el mar de los Sabios, es *el dios de las aguas* y cuando estas dos substancias se unen y se subliman, *Mercurio se convierte en el dios del Cielo*; por eso los Filósofos han dicho que su materia era un compuesto de tres cosas: *de agua, de tierra y de una quintaesencia ígnea* que vivificaba los otros dos principios. Esa quintaesencia no es más que las herramientas robadas a *Vulcano* y el cetro robado a *Júpiter*.

A propósito de esta divinidad triforme, el autor del *Rosario de los Filósofos* se expresa así: «La materia de la *Piedra de los Filósofos es un Agua*, lo que hay que entender como un agua tomada de tres cosas, pues no debe haber ni más ni menos; *el Sol es el macho, la Luna la hembra y mercurio el esperma*, lo que, con todo, sólo hace un *Mercurio*.

Mercurio barría la sala en la que los dioses se reunían. Es decir, tomado en el sentido hermético de lo que ocurre en la segunda operación de la obra, *Mercurio* el espíritu quintaesencial de la materia, trabajando sin cesar en el vaso para purificarla, barre entonces la sala de reunión y la dispone para recibir a los Dioses que no son más que los diversos colores que toma la materia en su progresión; el primer color es el negro o *Saturno*, el se-

gundo es el gris o *Júpiter*, el tercero es el blanco o la *Luna*, el cuarto es el cetrino o *Venus*, el quinto es el azafranado o *Marte*, el sexto es el rojo púrpura o el *Sol*,

De modo que los colores que toma la materia en la segunda obra dieron origen a todos los dioses del Olimpo. Por eso a Cibeles se la consideraba como a la madre de los dioses porque, al serlo del Mercurio hermético, se convertía necesariamente en madre de todos los dioses a quienes el Mercurio de los Filósofos dio origen.

Este es Mercurio, tan célebre en los tiempos antiguos y entre todas las naciones, a quien Hércules dedicó su *clava* cuando acabó sus trabajos que son los que exige la primera operación de la obra hasta, incluso, llevar la materia a la dignidad de disolvente universal.

El mercurio tuvo su origen en los jeroglíficos de los Egipcios y fue luego el tema de casi todas las alegorías de todas las ficciones de los poetas; *el antro* en el que vivía ese dios y del que Orfeo hace la descripción es muy apropiado para desvelar la naturaleza de las substancias cuya unión caracterizaba a ese dios hermético.

«*El antro de Mercurio*, dice, era la fuente de todos los bienes y de todas las riquezas y todo hombre sabio y prudente podía sacarlas de ella».

No es difícil penetrar el sentido de las cosas que este sublime poeta, educado por los sacerdotes egipcios e instruido en el arte misterioso, ha expresado tan bien.

Este antro escondía el principio de las riquezas y de la salud y tenía pues, en su interior, *el Mercurio hermético* y

la *Piedra de los Sabios*, que es su resultado, pues sólo hay en el mundo esta Piedra a la que se atribuyan y a la que se reconozcan estas maravillosas propiedades.

El antro de mercurio está representado por el vaso en el que el artista pone la materia, y el mercurio que habita en él es la propiedad fermentativa de esta materia mercurial encerrada en el vaso.

Antes de proseguir la continuación de la obra, que ha interrumpido el análisis de *Mercurio*, me permitiré todavía un episodio que se inserta aquí naturalmente. Es el de transcribir la *Tabla de Esmeralda* del Padre de los Filósofos, analizarla e interpretarla.

Hortulano y muchos otros filósofos han hecho la explicación de ella pero la han hecho de un modo tan misterioso que es menos difícil entender el texto que los comentarios.

El Mercurio de la Mitología y la *Tabla de Esmeralda* de *Hermes* son las bases sagradas de la Ciencia de la Naturaleza. Es de este punto de donde parten los *Sacerdotes egipcios*, los *Profetas*, los *Druidas*, *Moisés*, *David*, *Salomón*, *el Rey Calid* y todos los Filósofos que han existido; estos dos temas tienen una unión tan íntima y una relación tan inmediata que he creído que tenía que hacerlos ir juntos; con ese modo de tratarlos, aunque sea nuevo, se difundirá una aclaración que será difícil encontrar en otra parte.

TABLA DE ÉSMERALDA DE HERMES TRISMEGISTO



TEXTO

Lo que está arriba es como lo que está abajo, y lo que está abajo es como lo que está arriba, para perpetuar los milagros de una sola cosa. — Y como todas las cosas han sido por uno y han venido de uno por meditación, de este modo todas las cosas han nacido de esta cosa única por adaptación. — El Sol es su padre y la Luna su madre, el viento lo ha llevado en su vientre y la tierra es su nodriza. — El padre de todo el Telesma está aquí. — Y su fuerza y su poder está completo si se convierte en tierra. — Separarás la tierra del fuego, lo sutil de lo denso, con suavidad y habilidad. — Él sube de la tierra al Cielo y de nuevo baja a la tierra y recibe la fuerza de las cosas superiores e inferiores. — Obtendrás por medio de esto la gloria de todo el mundo y por eso toda oscuridad desaparecerá de ti. — En esto está la fuerte fuerza de toda fuerza, pues vencerá toda cosa sutil y penetrará toda cosa sólida. — Así fue creado el mundo — de ese se harán y saldrán admirables adaptaciones de las que el medio está aquí — y en esta ocasión, me llaman Hermes Trismegisto, al tener las tres partes de la Filosofía de todo el mundo. — Completo es lo que he dicho de la operación del Sol.

INTERPRETACIÓN



La Tabla de Esmeralda, que es una piedra *verde*, representa la primera materia de la obra; como el manto verde de mercurio, el Duenech verde de Ripleo, el León verde de Paracelso, el *Sueño verde* de Fabre... Es la Venus hermafrodita, Nereo, Arquelao, Neoptólemo, Sileno, Baco, Hilas, los Carneros, los Toros, los Dragones, las Serpientes, etc...

Lo que está arriba es como lo que está abajo: son las alas colocadas en los pies de Mercurio y las que están sobre su cabeza. El alimento que Vulcano le administró hizo nacer las primeras; Júpiter, por mediación de Juno que es el aire, le dio las segundas; pero como el fuego Celeste representado por Júpiter y el fuego Central representado por Vulcano dependen de la misma raíz, y Vulcano antes de ser precipitado a la tierra estaba en los cielos, se debe concluir de ello que el fuego central procede del fuego vital celeste por la circulación eterna que Dios ha impuesto a este último y, por consiguiente, que lo que está arriba es como lo que está abajo.

Para perpetuar los milagros de una sola cosa: es decir que el fuego central y el fuego celeste han colaborado por igual en la formación del mercurio hermético. Este mercurio es esta cosa única con la que se pueden operar milagros y es muy apropiado, en efecto, para producirlos en todos los géneros.

Y como todas las cosas han venido de uno por la mediación de uno: Todas las cosas, sin duda, vienen de uno; decir que todas las cosas vienen del primer caos por mediación del espíritu universal que se paseaba sobre las Aguas y por la voluntad de Dios de quien la naturaleza o espíritu universal es el instrumento inmediato que, al encontrarse colocado entre Dios y el caos, les ha servido de medio y de mediador, como dice Hermes; es por su mediación, en efecto, que se ha operado el desarrollo del caos.

De este modo todas las cosas han nacido de esta cosa única por adaptación: Esta cosa única es el mercurio hermético que, siendo una porciúncula del alma actuante del Universo y la Naturaleza misma, actúa por igual sobre los tres reinos naturales porque se adapta y se especifica a cada uno de ellos en particular, según lo determinen las semillas de uno o el fermento de los otros; es lo que ha hecho decir a los Filósofos que en su mercurio estaba encerrada la virtud vivífica de los animales, la virtud vegetativa de las plantas y la virtud fermentativa de los minerales; y aunque estas tres virtudes no fueran más que una, se adaptaba por igual a los tres reinos.

El Sol es su padre y la Luna su madre: No es el astro del día ni el de la noche lo que hay que entender. Son el Sol y la Luna herméticos de los que Hermes ha querido hablar; el fuego vital es el Sol de los Sabios; el húmedo radical con el que se envuelve ese fuego es la Luna hermética. La unión de estas dos substancias forma el mercurio hermético, hijo de uno y otro; los sacerdotes egipcios han expresado lo mismo por Isis y Osiris, de los que Horus o el mercurio filosófico era el hijo.

El viento lo ha llevado en su vientre: El viento no es más que el aire agitado. El viento, pues, ha llevado al mercurio hermético en su vientre porque el aire es la substancia que lo envuelve y que nos lo transmite.

Y la tierra es su nodriza: Ya hemos visto nacer al mercurio de los Sabios de *Maya o de la tierra* y hemos dicho que en las entrañas de su madre, el fuego Central o Vulcano le nutría; ese fuego central no es nada más que la tierra pura y sutil que elementa el globo terrestre y que es la causa de su fecundidad como veremos unas páginas más adelante. Es de esta tierra espiritual de la que Hermes quiere hablar.

El padre de todo el Telesma está aquí y su fuerza y su poder está completo si se convierte en tierra: Es como si Hermes hubiera dicho: «El mercurio universal es el padre de todas las producciones naturales y está aquí porque el mercurio de los filósofos, que es su compendio, está aquí; y su fuerza y su poder serán completos si el artista consigue fijar ese mercurio y reducirlo a *naturaleza de tierra* es decir a *pedra*, que es la piedra de los Filósofos cuya fuerza y poder son, en efecto, *incomprensibles*.»

Separarás la tierra del fuego, lo sutil de lo denso, con suavidad y habilidad: Es decir que hay que separar el mercurio de la naturaleza general de los vínculos de su primera coagulación o de su placenta, como ya nos hemos permitido decir, y separar de la tierra o de los elementos toscos que la absorben, el fuego central que reside en él; pero como las sustancias aparentes de la materia caótica de los Sabios son la tierra y el agua, *Hermes* quiere también que se separe el agua de la tierra y que después de haberlas purificado a ambas, se las vuelva a unir.

Sube de la tierra al Cielo y de nuevo baja a la tierra y recibe la fuerza de las cosas superiores e inferiores: Esta operación tiene lugar en el vaso del artista y es el efecto de la circulación, por medio de la cual las propiedades de la substancia volátil se comunican, se mezclan y se confunden con las de la substancia fija que está en el fondo del vaso, como las propiedades de la parte fija se mezclan con las propiedades de la volátil; en la circunstancia de la que habla *Hermes*, son la tierra y el agua purificadas, representadas en el artículo precedente que para unirse deben experimentar esta circulación.

Obtendrás por medio de esto la gloria de todo el mundo y por esto la oscuridad desaparecerá de ti: Cuando se posee la *piedra de los Filósofos* se posee la llave de la Naturaleza entera, por medio de la cual nada en la Naturaleza puede ser escondido ni impenetrado. Un hombre así está tanto más por encima de sus semejantes cuanto que, independientemente de que la Naturaleza se vanaglorie de haberlo for-

mado, nada en este mundo puede poner límites a la amplitud de su genio, a su inteligencia y a su penetración.

En esto está la fuerte fuerza de toda fuerza; pues vencerá toda cosa sutil y penetrará toda cosa sólida: La piedra de los Filósofos produce, verdaderamente, los efectos anunciados por *Hermes*; fija y transmuta en oro, la plata viva que es la cosa sutil y transmuta los metales imperfectos en oro, penetrando entonces la cosa sólida.

Así fue creado el mundo: *Hermes* ha querido decir con ello, como ya he observado, que la creación de la piedra de los Sabios parece ser una copia calcada de la creación del universo.

De esto se harán y saldrán admirables adaptaciones: Es decir que la tierra de los Sabios no está limitada en su poder a la Naturaleza sublunar solamente, sino que puede ser adaptada de un modo útil y empleada para producir efectos sobrenaturales y para familiarizarse con la ciencia de la naturaleza celeste a la que conduce la Piedra de los Filósofos a los que la poseen, como veremos después en el tratado de la Cabala hermética.

De las que el medio está aquí: El medio de alcanzar y conseguir por adaptación efectos más elevados que los que presenta la Naturaleza que impresiona nuestros sentidos, es la piedra de los Filósofos cuya materia y procedimientos están contenidos de un modo tan difuso como abstracto en la Tabla de Esmeralda.

Y en esta ocasión, me llaman Hermes Trismegisto, al tener las tres partes de la filosofía de todo el mundo: Este pasaje parece

autorizar el sentimiento de ciertos Filósofos que han pretendido que el sobrenombre de *Trismegisto* no se había dado a Hermes más que porque había encontrado la piedra filosofal cuyas virtudes se extienden sobre los tres reinos naturales.

Completo es lo que he dicho sobre la operación del Sol. Hermes entiende por la operación del Sol la obra hermética llevada hasta la piedra de los Filósofos que los Sabios han llamado Sol hermético que representa, en efecto, el último signo y el más completo del éxito de la operación.

Para conseguir realizar la obra hermética hay que tratar de conocer y de encontrar este Légame caótico en el que está contenida la propiedad fermentativa y el primer mercurio de los Filósofos. Es la base sobre la que se apoyan todos los *Trabajos de Hércules* y sobre la que han inventado la mayor parte de sus jeroglíficos, sus ficciones, sus parábolas y sus enigmas.

Sólo se puede contar con la *verdad* de ese Légame en cuanto que manifiesta, en las diversas manipulaciones, los *signos* indicados por los Filósofos por medio de los cuales no se puede errar ni desconocerlo.

Después de haberse conocido y recogido este Légame en la estación y a la hora apropiadas,¹¹ hay que encerrar-

11. La *estación* es la misma en la que Mercurio robó los bueyes de Admeto que pacían vigilados por Apolo, es decir, en el *Equinoccio* de Primavera; en *Provenza* y en el *Languedoc* es desde el 21 de marzo hasta finales de mayo; en *París* es desde el 20 de abril hasta finales de junio. La *hora* es aquella en la que *la aurora* rejuvenece a Titón. Es lo que ha hecho decir a Aimón en su *Epístola* «*Non accipias nisi recentem*».

lo en un vaso de vidrio, disolverlo y destilarlo. Por esta destilación, deposita una tierra aceitosa de un rojo oscuro, más o menos del color de un hígado de animal, que a cada cohobación aumenta de peso y de calidad. Al comienzo de la obra, la *tierra* se convierte en *Agua* y por las manipulaciones siguientes el *agua* se vuelve *tierra*; es lo que ha hecho decir al Rey Calid, en su conversación con el Filósofo Morieno: «Cuando vi el agua convertirse en tierra, reconocí la verdad de la Ciencia hermética».

Después de haber purificado la tierra y el agua que proceden de él, deben juntarse; en el momento de la unión *la primera materia de la obra* pierde su nombre para tomar el de *primera materia de los Filósofos*.

Los Elementos simples o la propiedad fermentativa están contenidos en estas dos sustancias unidas de modo que, cuando se ha separado *a sabiendas* las heterogeneidades que interceptaban su acción, actúan de común acuerdo una sobre otra, de lo que resulta un todo homogéneo y armónico que se llama *piedra Filosofal, Microcosmo o pequeño mundo*.

Manipulando *el verdadero Légamo caótico del aire*, se adivinan sin dificultad y progresivamente los enigmas filosóficos, se recorre toda la Mitología y se penetra el verdadero sentido de ciertos pasajes del Antiguo Testamento y el de todas las Obras de Salomón;¹² se instru-

12. Dios ha creado la materia única de la *Sapiencia*; dice Salomón: «*El verbo divino* es la fuente que por virtud de su influencia llena a todos los seres de su fecundidad vivificante; es por eso por lo que

ye uno también de una forma tan clara y tan precisa de la realidad, de la posibilidad y de los medios de conquistar el fruto del Jardín de las Hespérides, que ninguna consideración humana puede apartar de su trabajo al artista feliz que ha conseguido domar los *Toros flamicórneos* a la vigilancia de los cuales estaba confiado.

en su *Sapiencia* cap. 7, llama a esta materia un *vapor de la virtud de Dios, un candor de la Luz eterna, un espejo sin mácula de la Majestad del Todopoderoso y la imagen de Su Bondad*».

De esta pura emanación de los Elementos se forma un fluido espiritual en el que están contenidos *tres principios celestes y tres principios sublunares*. Los sabios han llamado a los primeros, *principios principiantes y primeros agentes, trino en virtud*; han llamado a los segundos, *principios principiaados, agentes subsiguientes, Azufre, Mercurio y Sal, en los que están siempre infundidos los primeros agentes*.

La unión armónica de estas substancias en el hombre es la causa de su vida y de su conservación; por esa razón, el uso del elixir de los Filósofos en el que estas tres substancias se encuentran en su más perfecta armonía, prolonga la vida del hombre, conservándole con todas sus fuerzas, sus gracias y su salud.

Por el fluido espiritual en el que están contenidos los tres principios, los sabios han reconocido un espíritu de vida y una tierra virgen espiritual en la que el primero se corporifica y forma con ella un espíritu incorruptible y una quintaesencia que, mientras permanece sin mácula y con toda su pureza, encierra todas las virtudes celestes y terrestres; es lo que ha hecho decir a Salomón, *Sapiencia* 7, vers. 22 y 24: «Nada manchado debe entrar en esta divina esencia»; *Salomón, Proverbios* cap. 8, vers. 31, dice que «esta quintaesencia se complace en infundirse y enraizarse en los hijos de los hombres, como si fuera la Criatura más dignificada de la naturaleza y la más capaz de

La infusión de la influencia sobreceleste es un poder activo, vivificante e invisible que baja del Cielo empíreo y que se mezcla, dice *Basilio Valentino*, con las propiedades de los astros; de esta mezcla, dice, se formó *un tercer ser* entre el Cielo y la Tierra que es la primera producción que el aire transmite a todos los mixtos sublunares. Si

conocer su valor»; añade, *cap. 8, vers. 36*; «el que peque contra ellas herirá su alma vital y los que la odian, la descuidan o la desprecian aman la muerte»; por eso el *Eclesias, cap. 4, versículo 12*, afirma que «el que ama la ciencia de la sabiduría ama la vida».

Salomón, *Proverb. Cap. 4, vers. 10 y 22*, da la razón de este pasaje y dice: «Es porque la Sapiencia o la Ciencia de la Naturaleza es su propia vida corporal; el hombre —continúa—, puede elegir entre el bien y el mal en relación con su alma intelectual; como puede elegir entre la vida y la muerte en relación con su existencia corporal; puede elegir entre uno y otro, pero si quiere penetrar en el *Santuario de la Naturaleza*, caminará perfectamente entre uno y otro con paso igual y uniforme y encontrará tanto el medio de llegar a la vida espiritual, como el de procurarse días largos y felices, con tal de tener un corazón recto, compasivo y temeroso de Dios».

La falta de conocimiento de los principios y de los primeros agentes de la naturaleza, la desaplicación en buscarlos y en conocerlos, la constante disipación por todos los objetos que afectan los sentidos materiales y la idea ligera y superficial que tienen los hombres de sí mismos, son la causa y el origen de la negligencia y de la incredulidad sobre los efectos de la Ciencia de la Naturaleza. *David, Salmo 91*, dice que «el hombre insensato no comprenderá ni conocerá estas maravillas. *Vir incipiens non cognoscet et stultus non intelliget haec*».

este principio espiritual se encuentra en la naturaleza de cada ser para su existencia, encuentra también aquel que necesita para su restablecimiento y para su alimento diario en el fluido espiritual del que el aire es la envoltura y el vehículo; «feliz paso del Mar Rojo, añade, para todo el que lo sepa pasar y cruzar a pie enjuto; he aquí el *Libro, la antorcha, el espejo, el precepto y guía de la Filosofía hermética, del conocimiento de la Naturaleza celeste y terrestre, del conocimiento de Dios* y de nosotros mismos».

Poco después de haber puesto el Légamo del aire en el vaso, comienza el desarrollo de la obra por la visión del Mar Rojo. Hay que pasarlo a pie enjuto si se quiere gozar de la de *la Tierra Prometida*. Esta Tierra no es aquella sobre la que andamos; por el contrario, ella se pasea sobre nuestras cabezas. Es esta *Tierra Virgen* en la que el fluido espiritual se corporifica por amor, dicen los Filósofos, y a la que han llamado *Sal de Sapiencia, Sal nitro vital, esencia caótica, espíritu universal, mercurio de vida, etc...*

Salomón, *Proverb. cap. 1º* se expresa así sobre este mismo tema: «*Sapientiam et doctrinam stulti dicipiunt*».

Contentos de disfrutar de los bienes que están obligados a dejar en este mundo y de las grandezas humanas, los hombres ciegos y disipados se persuaden de que son los bienes más preciosos que Dios y la Naturaleza les puedan conceder; sin embargo, estas fútiles ventajas están muy por debajo de los tesoros inapreciables que la naturaleza bienhechora y liberal da a los que se aplican en desarrollar estos medios y en penetrar y poner en acción sus virtudes naturales y sobrenaturales.

Sólo esta tierra, sobre *la superficie del Globo*, podía producir los enormes racimos de uvas que trajeron a *Moisés* los dos israelitas que envió hacia la Tierra Prometida; sólo con unas uvas tan extraordinarias podía formar *Moisés* el licor que redujo al *becerro de oro* a substancia líquida y potable cuyas virtudes curaron a los israelitas de la Lepra.¹³ Si *Moisés* no hubiera pasado el Mar Rojo a pie enjuto jamás habría visto la Tierra Prometida y jamás habría poseído las uvas celestes que produce.

Esta Tierra Prometida es la tierra pura y sutil que elementa el Globo Terrestre, según *Paracelso*; es su *elemento predestinado*, su *elemento simple*, es este espíritu de fecundidad destinado a vivificarla; es ella la que le da las cualidades apropiadas para servir de materia a los vegetales y a los minerales que desarrolla su germen, que se une a ellos y que les hace vegetar.

El Mar Rojo de *Moisés*, por el que volvieron *Osiris* y *Baco* a Egipto después de su expedición, la del judío y Filósofo *Abraham*, es la misma substancia y la misma materia que la que produce la sangre de los inocentes de

13. El signo que los Filósofos atribuyeron al *oro* es un círculo con un punto en medio ☉; el punto representa la Tierra y el círculo el Cielo; el que sabe desarrollar el centro del oro y extenderlo hasta la circunferencia, adquiere las virtudes del Cielo y de la Tierra. El oro es exteriormente fijo e interiormente volátil *porque es mercurio*. Es en la naturaleza volátil y espiritual del *oro* donde reside su virtud germinativa, penetrante y medicinal.

Flamel, que el vino tinto de *Raimundo Lulio*, que el León rojo de *Custulaneo* y de *Paracelso*, que el origen de la goma roja de María la Profetisa, hermana de Moisés, o... que el menstuo hediondo de *Ripleo*, que el mar de sangre de *Fabre*, que la sangre de *Pitágoras*, que la del Dragón ígneo de *Hermófilo* y de *Filaleteo*, etc...

Es la sangre del *León de Nemea* que se dice que desciende del Disco de la Luna o que nace de su *esputo* o de su *saliva* que, después de su nacimiento, fue llevado al monte *Ofelto* por *Isis*, mensajera de Juno.

Por la misma razón, los sabios inventores de las ficciones de la Mitología hicieron nacer a *Mercurio*, hijo de *Maya*, en una montaña; porque hasta que el mercurio de abajo o terrestre haya atraído al mercurio de arriba o celeste, el artista no posee más que las alas atadas a los pies de Mercurio; es decir que no posee todavía más que la mitad del todo.

El León de Nemea fue matado por *Hércules* quien, después de darle muerte, lo desolló; es decir que *Hércules* hizo lo que los Filósofos mandan hacer: *fac occultum manifestum*.

Basilio Valentino dice en su duodécima Clave: «Hay que desollar al animal de oriente de su piel de León.»

La primera materia de la obra representada por el *León Nemeo* no puede contarse entre los Astros Filosóficos como lo fue el León de Nemea que fue colocado en el rango de los astros, sin que precedentemente la materia Filosófica, a semejanza del León Nemeo, haya sido

llevada al monte *Ofelto*, que significa *Monte atrayente*, monte de atracción. Es la misma razón que hizo levantar a los *druidas* un templo a *Marte* sobre la colina de *Montmartre*; la misma causa hizo atar a *Prometeo* a una roca y encerrar *Anae* (que significa imán) en lo alto de una torre en la que recibía a *Júpiter* que representa el oro astral o la *substancia vivifica* encerrada en el aire.

El Légamo del aire es el *Sileno*¹⁴ mitológico que se dice que es hijo del Sol y de la Luna, del que la *tierra* fue la nodriza y que él mismo se convierte en padre putativo de *Baco*,¹⁵ hijo de *Júpiter*.

Es a la excelencia del alimento que le administró *Sileno* a la que *Baco* debe el poder que dio al Rey *Midas* de transmutar en Oro todo lo que tocaba.

A *Sileno* se le representa como a un anciano siempre borracho, que rebosa vino; es decir que *Sileno* da al artista que sabe encontrarle y forzarle *el fluido espiritual vinoso* del que la Naturaleza le ha llenado liberalmente; el *Carnero* o *la Cabra* sobre los que *Sileno* monta es uno de los misterios filosóficos; representa al mismo tiempo tanto la primera materia como la estación en la que hay que recogerla; era

14. *Sileno* en esta fábula ocupa el mismo lugar que *Vulcano* en la de *Mercurio*. Ambos son padres que alimentan a los hijos de *Júpiter* y los niños de ambos son los principios del oro espiritual por medio del cual, con el fermento aurífero, se forma el polvo de proyección.

15. *Baco* representa el vino de los Filósofos, el Mar Rojo, etc...

uno de los símbolos jeroglíficos de *Mercurio*. Es lo que hizo decir al *Cosmopolita*, a *Filaleteo* y a varios otros Filósofos que el *mercurio hermético debía extraerse por medio del acero mágico que se encuentra en el vientre del Carnero*.

En efecto, la substancia que se encuentra en el vientre del Carnero es apropiada no sólo para servir de imán para atraer el rocío celeste,¹⁶ sino también para atraer el núcleo del mercurio común e introducir en él la propiedad fermentativa.¹⁷

Este *Sileno* agreste y rústico es el Légamo del aire que hay que *desflogisticar*, para emplear la expresión de la Física positiva, separando las substancias vivíficas de las materias corruptoras. Este *Sileno* es el verdadero *Hylé* natural en el cual están contenidas las virtudes del Cielo y la tierra; pero no están separadas ni distinguidas; lo alto está allí como lo bajo y lo bajo, como lo alto; los elementos se encuentran confundidos sin distinción, sin acción y sin orden y todo está allí en un profundo silencio y en las tinieblas, sin ningún aspecto de vida ni de fecundidad. Sin embargo, esta tierra *caótica* está animada y *encierra una vida oculta*, dice *Basilio Valentino*.

16. La atracción del rocío celeste conduce a la Piedra Filosofal sobrenatural.

17. La atracción del núcleo del mercurio conduce a la transmutación metálica. La primera rejuvenece y eleva al hombre por encima de la humanidad. La segunda le cura de sus dolencias y le procura riquezas sin límites.

Cuando este *hylé* está abierto y el artista ha separado, purificado y reunido los elementos a modo de aceite espeso y gomoso, que es el compuesto filosófico o la materia prima de los Filósofos, tiene pronto la dicha de ver salir el *Sol terrestre del seno de Tetis*, de tocarlo, elevarlo, alimentarlo y verlo responder a sus cuidados.

El Sabio ve las tinieblas antes que la luz, las ve también después de la Luz y descubre todavía las que están mezcladas con la luz, dice *Filaleteo*. Son los efectos naturales, dice, de la unión del Cielo con la Tierra o de las Aguas superiores con las Aguas inferiores. De esta unión, dice, proviene el nacimiento del *Mercurio de los Filósofos*.

No es que este *Mercurio primitivo* no esté indispensablemente en el mercurio vulgar, en los metales, como en todos los mixtos que tienen vida pues, independientemente de que esté especificado, está encarcelado y encadenado de modo que no deja al artista más que los medios de expulsarlo, destruyendo el mixto sin poder apercibirlo ni cogerlo. En la primera materia del arte, por el contrario, este mercurio primitivo, general y no determinado a ningún género, se encuentra más cercano, menos apretado, más abundante y de una extracción muy fácil y muy rápida. La substancia mercurial y el azufre se encuentran allí con su fuego en peso y medida y las dos serpientes del *Caduceo* sólo se abrazan débilmente, es decir que se separa sin dificultad el fijo y el volátil representados por las dos *serpientes*. El volátil contiene el *agua* y sube con el *aire*; el fijo contiene la *tierra* y se queda con la *Sal* y el *fuego*. Sin

embargo, no se ve más que la tierra y el agua de una de las cuales hay que quitar la *pesantez* y de la otra, *flema* para unirlas después en una única y misma substancia.

La materia procedente de esta unión es la que los Filósofos llaman su *imán*, su *magnesia*, con la que atraen *el aire del aire de Aristeo* o *el núcleo del aire*, que se condensa y congela en parte con su *imán*.

Es el único medio de sacar el verdadero *Rocío celeste* de la influencia de los astros. *Abraham, Judío y Filósofo*, llama a este rocío *Ampolla Sagrada*. *Cristóbal, obispo de París*, afirma que cuando este *rocío celeste* está unido a su *imán* es *el tesoro más deseable: Thesaurus desiderabilis*.

Esta operación hermética dio lugar a la fábula de *Prometeo* quien, por haber robado el *fuego del Cielo* con el que animó los mixtos de la naturaleza sublunar, fue atado por *Mercurio* a una *roca* donde un *buitre* le devoraba el *hígado* que nacía sin cesar, suplicio del que fue liberado por *Hércules*.

Hércules es el artista y el *hígado* de *Prometeo* es el *imán* Filosófico cuyo color es perfectamente parecido al del *hígado*; *el buitre* que devoraba el *hígado* es *el oro astral* o *el núcleo del aire*, atraído por el *imán*. El *buitre* o la substancia que se supone que destroza el *hígado* no hace más que disolverlo en parte y acaba siempre condensándose y uniéndose a él, de modo que el *buitre* que devoraba el *hígado* se convertía él mismo en el *hígado*. Esta conversión hizo surgir a los sabios mitológicos la idea del renacimiento del *hígado* de *Prometeo*.

Sin embargo, se podría reprochar a estos *Sabios*, el haber multiplicado demasiado las ficciones para expre-

sar un mismo tema; formaron una recopilación de fábulas en cuya densidad es muy difícil distinguir *el objeto o el hecho* que quisieron expresar.

El hígado de Prometeo y el buitre son las mismas sustancias que *Dánae* que atrae a Júpiter, que las alas de los talones de Mercurio que atraen las de la cabeza, que Venus que atrae a Marte, etc...

Filaleteo llama a esta materia que imanta la *liga del águila* porque *Júpiter* cuyo signo es el águila representa el fuego del aire o su sustancia vivificante; por eso *Juno*, que representaba el *aire*, y que no es, sin embargo, más que el húmedo primitivo, era considerada como su mujer y hermana.

Juno en su cuna, alimentada por *el Océano y Tetis*, es la primera materia de los sabios. Cuando *Juno* hubo atraído y fue penetrada por las virtudes prolíficas de *Júpiter*, concibió y dio a luz ella sola a *Hebe*, diosa de la juventud,¹⁸ y la causa de esta concepción y de este nacimiento, dicen los mitólogos, fue el haber comido *lechugas*;¹⁹ de modo

18 *Hebe*, hija de *Juno* o de la primera materia de los Filósofos sólo podía casarse con *Hércules o el Artista*; era el fruto de los trabajos de éste y debía ser su recompensa; pero *Hércules* no podía casarse con ella hasta haber alcanzado la dignidad de *semidiós*. Lo fue por su muerte, es decir que su muerte no fue mas que el paso de hombre como el resto de los hombres a la dignidad de Filósofo al que se puede, en efecto, mirar como a un *semidiós*; *Hebe* representa la *fuentes de la Juventud* que todo verdadero Filósofo posee necesariamente.

19. Estas *lechugas* son la misma materia que el *león verde*, el *sueño verde*, *Hilas*, *Nereo*, *Sileno*, el *León Nemeo*, etc...

que se podría decir, con más verdad que los mitólogos que *el aire de abajo* habiéndose preñado del *aire de arriba* dio a luz a la *Juventud*; en efecto cuando el aire de arriba y el de abajo son purificados y reunidos por el artista y reducidos a *quintaesencia*, forman este *Arcano Celeste* representado por *la fuente de la Juventud* que opera el rejuvenecimiento de todos los mixtos naturales.²⁰

«Dios creó de la tierra, dice el *Eclesiástico*, cap. 38, vers. 4, una medicina suprema que el hombre sabio no menospreciará para su salud y para la prolongación de sus días».

Salomón, en sus *Proverbios*, cap. 4, vers. 9 y 10, parece haber querido comentar este pasaje del *Eclesiástico*, cuando dice al hablar de esta *medicina*: «El que la encuentre aumentará las fuerzas del cuerpo y las gracias del rostro. Dará a la frente una corona brillante, su fruto y su uso preservarán al Sabio de toda enfermedad y multiplicarán sus días felices y los años de su vida porque es su propia vida».

20. *Sénior* dice que *la materia de los Filósofos* ha sido engendrada en el *aire* y concebida en la *tierra*.

Alfidius dice que *la piedra* vive en el *aire* y que su madre es virgen.

D'Espagnet dice: «coged una *virgen alada* muy pura y muy limpia impregnada de la semilla espiritual del primer varón».

Basilio Valentino dice: «es una virgen muy casta que no ha conocido hombre y que, sin embargo concibe y da a luz».

Estos pasajes son escogidos en la Mitología por el alumbramiento *de Hebe por Juno, de Horus por Isis, de Cupido por Venus, de Mercurio por Maya, de Esculapio por Coronis, etc...*

El *Légamo del aire* es este *aire de abajo* del que acabamos de hablar que por la conformidad de origen, de esencia y de virtudes atrae de arriba a su semejante. *Similis simili gaudet.*

Este légamo cuando lo prepara una mano hábil da, después de las primeras manipulaciones, los humos blancos que *Filaleteo* llama las *Palomas de Diana* y que, cuando están condensados, *Raimundo Lulio* llama *el espíritu ardiente de su vino*. Estos humos son el precursor inmediato de la *sangre del Pelicano* al que los Filósofos llaman su *vino agrio, muy agrio*.

Si después de la extracción de estos dos licores, uno rojo y el otro blanco, se calcina el residuo y, después de haber purificado este último, se reúnen estas tres substancias, formarán un todo homogéneo, compuesto de alma, de espíritu y de cuerpo. Hay que hacer circular esta masa con nuevo espíritu escrupulosamente desflemado del *que el artista no podría tener en cantidad demasiado grande*.

Cuando ha circulado lo suficiente, hay que separar de la masa todo el espíritu que no se había corporificado en absoluto con ella; después de esta separación, hay que triturar la masa y ponerla en un vaso para sublimarla. Se debe tener cuidado muy especialmente en hacer esta sublimación en un vaso poco elevado para que la materia que se sublima, al subir demasiado alto, no se condense en agua y, al volver a caer sobre la materia, esta agua no la sumerja; si ocurriera esta desgracia, el artista habría perdido el tiempo y la materia. Este accidente que se

corre el riesgo de sufrir ha dado lugar a la invención de la fábula de *Icaro*.

Si esta sublimación está bien hecha, dará como resultado una *Sal* cristalina y transparente que los Filósofos llaman su *Sal harmoniae* debido a la armonía de las sustancias que la forman.

Si después de haber repetido esta sublimación o de hacer circular de nuevo esta *Sal* con un nuevo espíritu se las destila juntas, la *sal harmoniae* pasará en forma líquida por la nariz de la montera; el licor que resulta es llamado entonces *Agua de vida*, *menstruo vegetal*, *mercurio de los Filósofos*, que disuelve radicalmente sin corrosión y sin violencia, *disolvente universal*, *medicina universal* de primer grado. Es el Apolo hermético.²¹

21. Este Apolo es el que con la ninfa *Coronis* hará nacer a *Esculapio*, dios de la Medicina. *Coronis* quiere decir *Cuervo* y representa la primera putrefacción de la segunda obra, es decir que *Esculapio* era a la vez dios de la Medicina y la propia Medicina. *Trígono*, nodriza de *Esculapio*, es llamado así por los tres principios, —*azufre*, *sal* y *mercurio*—, con los que el niño filosófico o la Medicina universal se alimenta hasta su perfección. Las hijas de *Esculapio* participaban de los mismos honores que sus padres; los griegos y los romanos les erigieron estatuas; el significado de su nombre prueba que eran muy dignas de tal padre. La primera, llamada *Panacea*, quiere decir medicina que cura todos los males. Dio su nombre a la *medicina universal* de los Filósofos a la que la mayoría llaman *Panacea*. La segunda hija fue llamada *Jaso* que quiere decir curación. La tercera era *Hygea* que quiere decir salud.

Cuando el artista ha llegado a este punto y, por otro lado, ha preparado los fermentos metálicos para activar sus operaciones para la transmutación de los metales imperfectos en oro o plata, ha alcanzado las columnas de *Hércules* y ha terminado sus penosos trabajos.

Coronis, madre de *Esculapio*, fue matada por el rayo de *Júpiter* porque en la segunda obra el color gris, que es *Júpiter*, substituye al negro que es *Coronis* o *Saturno*. Después de que *Coronis* fuera fulminada, *Mercurio* extrajo a *Esculapio* de su seno, porque después de la primera putrefacción de la materia en la segunda obra, que es el *nigrus nigrum* de los Sabios, *Mercurio* vuelve de entre los muertos y anuncia una nueva vida por todos los colores sucesivos que toma la materia del que es el agente principal. Es lo que ha hecho suponer que barría la sala donde se reunían los dioses; no liberó a *Esculapio* más que liberándose a sí mismo, porque los dos sólo son uno.

SEGUNDA OBRA



La segunda parte de la práctica de los Filósofos no consiste más que en la ejecución meditada y combinada con prudencia del axioma de los Filósofos *Solve et Coagula*; apenas es necesaria la mano del artista y sólo lo es en la administración bien dirigida del fuego exterior.

Cuando por los regímenes de esta obra la materia ha pasado por los colores esenciales, el negro, el blanco, y ha llegado al rojo, la medicina del segundo orden está realizada.

Si se quiere hacer la ingresión, para llevarla a un grado de fuerza y de poder más elevados, hay que coger una parte de la piedra fijada al rojo y, haciéndola entrar otra vez en su *caos* para una nueva disolución, volver a empezar el régimen de la segunda operación que en ésta se cumplirá en la mitad del tiempo. Después de esta tercera operación, el artista posee la medicina del tercer orden cuyos efectos son maravillosos en los tres reinos de la naturaleza; sin embargo, esta *piedra* puede ser todavía exuberada y producir resultados aún más asombrosos.

La vía que puede conducir al artista a la posesión de *la Fuente de Juventud*, la que puede volver a cerrar y juntar los poros y hacer más resplandecientes las piedras del Rhin y del Medoc o el cristal de Roca no es la misma que las dos anteriores. La que puede conducir, por ultimo, a la cábala hermética es también diferente pero todas tienen una vía común hasta el disolvente universal; a partir de este punto cambia su régimen de lo que resulta un cambio de procedimientos y un cambio de resultados.

Los Filósofos herméticos no fueron todos sabios por igual; la mayoría se contentaron con lograr la transmutación de los metales en metales perfectos; otros, más aplicados, llegaron a transmutar las piedras transparentes y el cristal de Roca en piedras preciosas. Otros, más estudiosos y más perseverantes, supieron abrirse el camino de *la fuente de Juventud* o de *la Panacea universal*, cuyos efectos milagrosos son no sólo curar todas las dolencias humanas, sino también restaurar y restablecer el calor natural debilitado y compensar el húmedo radical agotado por los efectos inevitables de la edad o por accidente. Estos Filósofos supieron hacer volver sobre sus rostros ajados por los años, las rosas de la juventud y devolver a sus miembros entorpecidos la energía, la fuerza, la flexibilidad y ligereza que habían perdido. Se renovaron así siglo tras siglo como hizo *Artefio* que según su propio testimonio vivió mil venticinco años; o, para decirlo más verosímilmente, después de haber rejuvenecido una vez, alejaron de ellos por un alimento dia-

rio todos los efectos interiores y todas las apariencias humillantes de la vejez.²²

Otros Filósofos todavía más profundos y más felices, supieron elevar su cuerpo espiritual interior casi al mismo grado de sutileza y pureza que el de las inteligencias celestes; consiguieron, por este sublime medio, verles y hablarles, mandar sobre los espíritus elementales y dominar los malos espíritus. Así lo hicieron Enoch, Elías, Eliseo, Moisés, Daniel y José; y entre los griegos, Orfeo, Amfión, Lino, Melampo, Eumolpe, Demócrito y muchos otros Filósofos, *Sacerdotes egipcios*, Druidas y Reyes. En tiempos no tan remotos, ciertos Filósofos parecen haber sido favorecidos con el mismo poder: así *Artefio*, *Morieno*, *Apolonio*, *Aristeo*, *Abraham Judío*, *el Cortolaneo* y *el Cosmopolita*.

Para representar este poder sobrenatural al que la piedra filosofal puede elevar a los que la poseen hasta el grado de perfección alcanzable, los sabios inventores de fábulas mitológicas dijeron que *Baco*,²³ en sus viajes, estaba acompañado por *Cobales* (especie de demonios malignos) y por *Faunos de Sátiros*²⁴ que estaban a sus órdenes y que le obedecían.

22. Es para expresar esta virtud de la piedra de los Filósofos que *Baco* en el cuarto libro de las metamorfosis es representado por un bello joven que no envejece nunca.

23. Se toma a *Baco* por la piedra filosofal personificada, así como también representa la primera materia de la obra o el vino hermético.

24. Los *cobales*, los *faunos* y los *sátiros* eran espíritus elementales.

El hombre sólo puede llevar las luces de su alma a este grado de amplitud y perfección, espiritualizando su cuerpo espiritual a un grado más eminente que lo que la naturaleza haya podido hacerlo sin ayuda del arte hermético. El alma del hombre está envuelta por su cuerpo espiritual como el cuerpo natural envuelve al cuerpo espiritual.²⁵

El alma del hombre es la pureza por excelencia; el cuerpo material está compuesto por una pasta terrestre y muy corruptible; una es una substancia pensante cuyas funciones se limitan a la reflexión. El otro es un cuerpo pesado y maquinal cuyas funciones se limitan a la más perfecta obediencia. Estas cualidades opuestas nunca hubieran podido formar un todo si un intermediario no las hubiera acercado. Es a la substancia espiritual a la que le estaba reservado el ser el vínculo de estos dos extremos; sin este cuerpo espiritual que está en medio y que sirve de envoltura al alma, ésta nunca hubiera podido unirse ni atarse al cuerpo material a causa de su alejamiento y de la «posición de sus principios. Hacía falta pues, que, para servir de morada a uno y para preservar al otro de la corrupción, el espíritu tuviera algo de lo terrenal de uno y de lo sutil del otro. Por eso, el cuerpo espiritual del hombre está compuesto por una substancia formada por los elementos simples y por los elementos toscos, mezclados; por los primeros el espíritu se acerca al alma, por los segundos depende de la materia.

25. Veremos a continuación lo que es el cuerpo espiritual del hombre.

El alma es el principio de las acciones voluntarias, reflexivas y razonadas y sobrevive a la destrucción del cuerpo y a la disipación del espíritu en la región espiritual.

El Espíritu es un vapor ígneo, una chispa, un fuego que da la vida animal, el movimiento al cuerpo y parece disiparse en el aire cuando los órganos materiales se destruyen. La tenuidad de este vapor es demasiado grande para percibirse con los sentidos si no es por sus efectos; *ministro de Dios en la naturaleza, como lo es del alma en los hombres*, sólo sigue, únicamente en los animales, las impresiones y las leyes que el Creador le ha impuesto para animarlas, para dar impulso a sus movimientos y las sensaciones análogas a sus especies particulares; se especifica en el hombre y en los animales brutos, según sus órganos y de ahí viene la igualdad que se encuentra en gran número de acciones de los hombres y de las bestias. *Dios* emplea esta substancia espiritual como un instrumento por medio del cual los animales digieren, ven, gustan, olfatean, ven y tocan.

La Naturaleza la especifica en cada uno de ellos según distinta especificación que *Dios* quiso dar a sus órganos, de la diferencia de sus caracteres, de sus inclinaciones y de su manera de actuar que, aunque diferentes en sí mismas, les conducen, sin embargo, al mismo fin, que es el de ocuparse de su subsistencia, de su conservación y de multiplicar su especie.

Este espíritu al que se llama *Instinto* cuando se trata de animales, determinado y absolutamente especificado en cada animal, no lo está en absoluto en el hombre; porque

el del hombre es *el compendio y la quintaesencia de todos los espíritus que, cuando la creación universal, fueron creados antes del suyo*; por eso el hombre no tiene un carácter particular que le sea propio y los reúne todos en sí, al contrario que en cada animal que tiene sólo uno que le es propio. Todo *perro* es agradecido y fiel, todo *gato* es egoísta, pérfido y sensual, todo *cordero* es manso, todo *león* es fuerte y valiente, toda *liebre* es tímida, todo *gallo* orgulloso, todo *tigre* es cruel y sanguinario, todo *zorro* es hábil y astuto; pero el hombre lo es todo junto: fiel, ingrato, egoísta, manso, tímido, orgulloso, servil, valiente, cobarde, cruel, bienhechor, hábil, astuto, recto, y de buena fe. Es todavía por encima de todo esto: pérfido, mentiroso y avaro, vicios horribles de los que la providencia exime a los animales brutos. Es decir que en el hombre, las circunstancias, sus pasiones o la razón deciden siempre lo que debe ocurrir a cada instante de su vida y sólo en el hombre se encuentra esta mezcla de *vicios* y *virtudes*. Cada hombre vería desarrollarse en él esos diversos caracteres y los reduciría de potencia a acto como los brutos, en todas las ocasiones en que se presentaran, si este espíritu no estuviera subordinado a otra substancia muy superior a la suya. El *alma* lleva las riendas, le guía y le conduce en todas las acciones reflexivas; a veces el ardor y la pronta efervescencia del genio no dan tiempo, al alma para dar sus órdenes y dominarse; el espíritu actúa por sí mismo, pone la energía del cuerpo en movimiento y el hombre se entrega entonces a acciones puramente animales; así son las que

se llaman Primeros movimientos, en las que la acción precede siempre a la reflexión; el amor propio de los hombres en estas ocasiones atribuye estas acciones a la violencia, a la distracción y a la impaciencia; sin embargo, no es a estas causas superficiales a las que las acciones faltas de razón deben atribuirse. Por el contrario, se debe pensar que en estos hombres atolondrados o violentos, brutales y coléricos, los Elementos toscos en su substancia espiritual superan a los elementos simples y, por consiguiente, son más parecidos a los elementos que animan a los animales brutos. Es decir que el vapor ígneo que es el vínculo entre el alma y el cuerpo, se encuentra en estos individuos más cerca de la materia que de la porción de luz divina de la que está formada su alma. Son en estos momentos de delirio menos hombres que animales. El hombre como ya hemos dicho es el compendio de todas las obras de Dios y el más perfecto de los seres corporales. De ahí vino la idea de llamarle *pequeño mundo o microcosmo*; encierra en él la quintaesencia de todo el universo, participa de las virtudes y cualidades de todos los seres sublunares y tiene la fijeza de los metales, lo vegetal de las plantas y la facultad sensitiva de los animales y además, un alma inteligente e inmortal; el Creador encerró en él, como estaban encerradas en la caja de Pandora, todos los dones y las virtudes de las cosas superiores y todos los vicios y los defectos de las cosas inferiores.

Dios acabó la obra de la creación por la del hombre y, como el Ser Supremo, no teniendo principio, era, sin

embargo, el principio de todo, quiso poner el sello a su obra creando un individuo que al no poder ser sin principio, al menos, no tuviera fin como Él.

Es lo que hizo decir a San Pablo que el hombre era *inextinguible*. El hombre es el hijo de Dios en relación con su alma y es hijo de la Naturaleza en relación con su cuerpo; estas dos fuerzas constituyen la naturaleza humana. Los vegetales, los minerales y los animales brutos sólo son, por el contrario, una materia combinada, muda, más o menos vivificada por la naturaleza. Es la diferencia establecida entre la naturaleza humana y la naturaleza material.

Cuando el hombre puede conseguir añadir a su espíritu o cuerpo espiritual una parte mayor de elementos simples, su alma, al encontrarse entonces menos encerrada por la materia, coge un vuelo más alto, más digno de su origen divino y más conforme con el deseo de la sabiduría suprema.

La razón, el genio y la inteligencia se desarrollan en él en la misma medida en que su cuerpo espiritual se encuentra liberado de los Elementos toscos que obstaculizan sin cesar la acción de los Elementos simples; igualmente, en la misma medida en que la acción de los Elementos simples es menos discontinua, las sensaciones que la materia insufla en su alma como la ambición, el orgullo, la avaricia, etc... se apagan en él; de ahí procede la sabiduría de los Patriarcas, de los Profetas y la de los Filósofos herméticos. Es, sin duda, con los efectos de esta espiritualización con los que se debe relacionar los

versículos del *miserere*: «*Cor mundum crea in me Deus, et spiritum rectum innova in viceribus meis*».

Si la traducción del pasaje «*Beati pauperes spiritus*» se hubiera hecho más correctamente, en lugar de decir, como se ha hecho en latín y en francés: *Bienaventurados los pobres de espíritu o los simples de espíritu pues de ellos es el Reino de los Cielos*, se habría dicho; *Bienaventurados aquellos que tienen el Espíritu más simple*, es decir, cuyo cuerpo espiritual está compuesto por una parte mayor de Elementos simples, pues tendrán un lugar principal en los cielos o mundo espiritual.

Qué apariencia, en efecto, que la obra más perfecta y más favorecida del Creador no fuera digna de Él, mientras estuviera privada del único don de Dios (las luces de la razón) que le distingue de los animales brutos.

También es a aquellos que tratan de dignificar su espíritu por los conocimientos de las virtudes celestes de la naturaleza a quienes se refiere este pasaje: *multi appellati pauci electi*; en efecto, de varios millones de hombres que buscaron y que buscan todavía la ciencia de los *Profetas, de los Sacerdotes egipcios y de los Druidas*, apenas hay uno solo que sea lo bastante afortunado para instruirse con ella; sin embargo, no hay otro medio para alcanzar la posibilidad de esta espiritualización que la de llegar a ser uno de los *Elegidos* y de usar bien la quintaesencia filosófica, cuando es llevada al *nec plus ultra* de su poder.

Los Elementos simples son tan abundantes y tan similares en esta quintaesencia como que es una substan-

cia casi *Celeste* y sin mácula. Es ella la que, uniéndose a la parte de los Elementos simples inherentes a nuestra substancia espiritual, aumenta la acción de éstos, su fuerza y su cantidad de modo que al sentirse superior y al dominar sobre los Elementos toscos, los subyuga y los fuerza a no apartarse de la materia de la que dependen; entonces el alma, secundada por su ministro celeste, no se propone nada, no aconseja nada, no ve nada, más que lo que es digno del origen divino a quien debe el ser.

Las luces, la sabiduría y el poder de los *Adeptos* que la han poseído en este grado los han colocado tan por encima de los demás hombres que se podría decir que eran inteligencias envueltas en un cuerpo terrestre y mortal.

Este poder sobrenatural que el hombre puede alcanzar aumentando sus facultades espirituales, ha hecho decir a San Pablo: «Nada está privado, nada está desprovisto de los medios de hacer crecer la palabra espiritual escondida en el fondo de la esencia de todos los seres pensantes que les da su luz y su vida».

El Santo Ermitaño *Morieno*, célebre Filósofo, en la conversación que tuvo con el *Rey Calid*, su discípulo, le dijo: «Que el magisterio hermético no era nada más que *el secreto de los secretos de Dios, muy Alto, muy Grande, muy Sabio y Creador de todo lo que existe, y que Dios mismo había revelado este secreto a los Patriarcas y a los Profetas para que, después de su muerte natural, pudieran tener un buen lugar en el Cielo*».

El gran Filósofo *Cortolaneo* dice también: «El alma es en el cuerpo espiritual del hombre, lo que es el ojo en su cuerpo material: ambos ven; uno, por los ojos de la inteligencia ve el pasado, el presente y a menudo el porvenir; el otro, cuyas facultades se limitan a lo que le rodea, no ve más que las cosas presentes y sensibles; pero ambos reúnen sus facultades en la materia de los Filósofos: uno la ve y la distingue corporalmente y el otro la aprecia, combina sus propiedades y la lleva al grado de perfección que constituye la base de *la gloria y del poder sobrenatural que el hombre puede alcanzar por medio de ella.*»

Aristeo, célebre Filósofo, se expresa así en la carta que dirige a su hijo, traducida por el filósofo *Sinesio*: «Si los hombres conocieran las substancias vivificantes que contiene el aire y supieran hacerlo visible y palpable por un *imán* natural que le fuera homogéneo y que al corporificarlo lo hiciera sensible, poseerían la clave de la ciencia de la Naturaleza, porque solamente con el fluido vital del que el aire es la capa externa y el vehículo, se puede formar *el arcano* celeste cuyo uso eleva al hombre por encima de la humanidad; este secreto es el mayor y el más sublime de todos los secretos a los que puede llegar un mortal. Si usa esta divina Panacea le colmará de bienes; si está enfermo, si está lisiado, si es viejo, lo curará, le devolverá las fuerzas y lo rejuvenecerá porque tiene la virtud particular de hacer desaparecer todas las desdichas de los hombres, perfeccionar los metales y hacer felices y afortunados a los que la poseen».

El célebre y sabio *Cosmopolita* después de haber hablado de los mundos supracelestes, espiritual y elemental dice: «Que el *macrocosmo* superior contiene todo lo que tiene el inferior. Es por la influencia continua de este agua incorruptible por la que se animan y disponen todas las cosas en este mundo; habiéndose comunicado con los astros visibles, pasan de los astros al aire, del aire al agua, del agua a la tierra; de modo que se ve claramente que el mundo inferior es la Imagen del mundo superior; y, como en este mundo, el aire se mantiene sobre el agua y el fuego sobre el aire, así, en el mundo angélico, el aire supraceleste está por encima del agua supraceleste y en el lugar más eminente está el fuego soberanamente puro que forma luz inaccesible en la que *Dios* ha colocado el habitáculo de su Majestad. Que nadie nos censure por acometer una materia tan elevada, además de que no decimos nada que sea indigno de nuestro Dios ni contrario a Su santa palabra. Hay una llave secreta que abre la puerta de esos secretos y que está oculta en una materia común y despreciable a los ojos del vulgo, pero muy preciosa a los de los verdaderos Filósofos».

Este fuego soberanamente puro, que es el habitáculo de la Majestad divina, constituye el alma universal de la Naturaleza; desciende del *Arquetipo* al Cielo Astral; allí se rodea del agua celeste para precipitarse abajo; comunica el origen de la vida a todos los seres sublunares; esta semilla espiritual nunca se muestra desnuda y está cubierta por una apariencia vil y despreciada.

Este alma o fuego supraceleste se llama *azufre*; el espíritu húmedo que ha emanado del Cielo del Firmamento se llama *Mercurio*. Estas dos substancias celestes, cuando están unidas, forman el húmedo radical de todas las cosas.

Este alma y este espíritu húmedo unidos como una única y misma esencia indivisible, no se hacen sensibles más que por el efecto de su unión y de su amor mutuo que forma una tercera substancia que se llama *Sal*, *Sal astral* y nitro del aire que los esconde, que los oculta en su seno y no forma con ellos más que una misma substancia compuesta de tres. Es en este estado en que el imán Filosófico los atrae, los incorpora y los hace sensibles.

Esta *sal* es la de la *sapiencia* y forma el vínculo entre el *fuego* y el *agua*, lo *seco* y lo *húmedo*; es el tercer *principio*. En el aire es sutil, fluido, invisible e impalpable no es sensible más que por los efectos que produce sobre los compuestos elementales.

La *Sal celeste* es el principio principiante que procede del alma y del espíritu (*todo principio principiante es simple, la sal contiene los otros dos; así pues, al atraer a la sal celeste por el imán filosófico al que se une, se poseen los elementos simples con los que los profetas, los Sabios y los filósofos herméticos han obrado cosas milagrosas*. Es el *secreto de los secretos de Dios*). Es lo que ha hecho decir a varios filósofos que la *sal espiritual* que envuelve el azufre y el mercurio celestes era la sola y única materia con que se hace la *pedra de los filósofos* y, como estas puras substancias identificadas por su unión no forman más que una perfectamente

homogénea, han dicho que la *piedra de los Sabios* no estaba formada más que por una sola cosa, *trina* en esencia (*son los tres principios principiantes: sal, azufre y mercurio celestes*), única de principio (*es la sal que contiene los otros dos; es lo que ha hecho decir a los Sabios: in sale omnia fiunt*) y cuadrangular a causa de las cuatro cualidades elementadas (*es porque los tres principios principiadados personificados en la Sal celeste, contienen en ellos los elementos simples de los que los cuatro elementos sensibles o toscos son elementados*).

Sin embargo, no hay que imaginarse que la substancia triangular y cuadrangular de los Sabios deba o pueda tomarse en su estado de fluido aéreo, imperceptible para nuestros sentidos; hay que tratar de encontrar esta materia infusa y corporificada en una tierra virgen, que no es más que un vapor central espesado y condensado por el aire de la atmósfera en la que los primeros y segundos agentes se encuentran reunidos; esta tierra virgen es la raíz tangible del Azufre de los Sabios, de *su mercurio y de su sal*. Es esta tierra virgen la que forma el imán filosófico con el que atraen el rocío celeste que, unido al fuego central con el que tiene un origen común, forman una única y misma substancia homogénea que lleva al hombre al perfecto conocimiento del mercurio hermético con cuya posesión nada parece imposible al feliz artista que ha sabido encontrarlo.

La doctrina de los Elementos es la única vía que conduce infaliblemente al desarrollo de los principios de la Naturaleza general.

Esta teoría es la base sobre la que han de apoyarse los trabajos herméticos; cuando se ha logrado constatar los primeros por la experiencia, se posee *la Clave misteriosa* de las más secretas operaciones de la naturaleza subluar. Es el puerto al que se dirige el Filósofo hermético, pero el *sabio* lleva sus miras más lejos: busca *la sapiencia o el poder profético*.

El uso de la *Panacea* llevado a su máximo grado de pureza, al abrir el entendimiento y la comprensión del *adepto*, hace desaparecer los límites conocidos del espíritu humano; su alma entonces, de la que en ningún obstáculo detiene a la inteligencia, le revela las admirables adaptaciones en las que este arcano celeste puede ser empleado fructíferamente. *Baco* que salió del muslo de *Júpiter*, unido a *Minerva* que salió del cerebro de este Dios Todopoderoso por obra de *Vulcano o fuego central*, forman la quintaesencia milagrosa cuyos efectos colocan al Sabio por encima de la naturaleza humana.

Es estar en el más profundo error creer *que para llegar al conocimiento de la Naturaleza* el hombre debe recurrir a las luces de ciertos espíritus que se supone falsamente son intermediarios entre la divinidad y él.

Estos espíritus a los que la ceguera le ha hecho llamar por conjuros y ceremonias supersticiosas, están más dispuestos de lo que él cree a acudir a sus invitaciones, porque todos aquellos a los que podemos llamar por estos medios son malos espíritus y no desean otra cosa que poder inducir a los hombres a error.

Para asentar la propia opinión y fijar la creencia sobre este punto importante, hay que consultar el relato que hace Moisés del desarrollo del caos, de la creación de mundos, los ángeles, las inteligencias, los Espíritus elementales y el hombre.

Este Santo historiador en la separación de las materias de las que estaba formado el *caos*, dice que esta separación se hizo de la siguiente manera: «Dios separó las Aguas de las Aguas, hizo dos partes distintas y la más pura fue subdividida en tres; con la más pura de estas tres, Dios formó el cuerpo de los ángeles en los que infundió un *alma divina* y el mundo angélico en el que habitan las Dominaciones, los Tronos, las Potestades, los Querubines, los Serafines, los Arcángeles y los Ángeles».

Los habitantes del mundo supraceleste forman, hablando con propiedad, la Corte del Empíreo que recibe inmediatamente de la Divinidad las órdenes que transmite a los mundos inferiores.

«De la segunda parte de la subdivisión menos pura y menos esenciada que la primera, Dios formó las inteligencias y los genios a los que infundió un *alma casi divina* y el mundo espiritual o celeste».

Es la región del firmamento en la que residen las inteligencias y los genios numerosos que gobiernan el universo bajo las órdenes de Dios, que les son dadas por los habitantes del mundo supraceleste.

«De la tercera parte de la subdivisión, la menos pura, Dios creó los Espíritus elementales a los que no infundió

como alma más que una chispa del espíritu universal y formó también de esta parte los Elementos toscos que elementó de los Elementos simples de los mundos superiores».

En estos Elementos toscos viven los espíritus elementales a los que los hombres dieron los nombres de *Silfos*, *Ninfas*, *Náyades*, *Sátiros*, *faunos*, *gnomos*, *pigmeos* etc...

Estos espíritus elementales ejecutan ciegamente las órdenes que les dan las inteligencias y los genios, en relación con el globo terrestre solamente. Estos Espíritus mueren sin esperanza de resurrección como los animales brutos cuya alma después de su muerte va a confundirse en la inmensidad del espíritu universal.

Los Espíritus Elementales son casi todos malos a causa de su comunicación inmediata con los malos espíritus; hay que exceptuar, sin embargo, a los Espíritus del aire que viven en oriente, de los que se asegura que no son malos, pero, estando unos y otros privados de un alma inmortal, están por debajo de los sublimes secretos de la Naturaleza y no tienen el más mínimo conocimiento de ellos; su comprensión sobre estos misterios no penetra más allá que la de los hombres comunes.

Fue por los Espíritus elementales por los que *Moisés* destruyó los prestigios de los magos de *Faraón*; fueron ellos los que engulleron a *Dathan*, *Core* y *Abirón*; ellos fueron los que desquiciaron a *Sodoma* y *Gomorra*; fue por ellos por lo que se derribaron las murallas de *Jericó* y fueron también los instrumentos de las siete plagas con las que *Moisés* afligió a Egipto, de modo que estos espíritus podrían mirarse

más bien como los destructores de las obras de la naturaleza que como los investigadores de ella. No es más que por sus hechos y por las órdenes que les son transmitidas por los habitantes del mundo espiritual que se obran las calamidades y los trastornos a los que el Globo terrestre y la naturaleza humana están expuestos.

Se dice que los Espíritus Elementales habitan, las más de las veces, en los lugares más deshabitados, más salvajes y más inaccesibles: en los desiertos, en las montañas escarpadas, en los precipicios; se aparecen a veces a los habitantes rústicos de esas horribles regiones. Pretenden también que a los Espíritus Elementales machos les gusta cohabitar con las mujeres humanas y que a los espíritus hembras les gusta unirse a los hombres. Aseguran incluso que estas monstruosas uniones no carecen de ejemplos. La cohabitación de los Espíritus machos es infinitamente más frecuente con las mujeres de los hombres; añaden, incluso, que los famosos malvados cuya vida hizo estremecer a la humanidad eran producciones de esta especie. Son a esos espíritus a los que se dio el nombre de *espíritus incubos* y de *espíritus súcubos*; pero, independientemente de que en general sean todos malos, su comunicación sólo podría servir para interrumpir y parar los males que ejercen y todavía haría falta que para que un hombre pudiera vencer a esos Espíritus ardientes y tumultuosos y muy a menudo pérfidos, hubiera elevado su espíritu por el conocimiento de los misterios de la Naturaleza y por el uso de la quin-

taesencia filosófica casi al grado del de los genios y las inteligencias que les gobiernan.

Algunos charlatanes han persuadido al pueblo crédulo de que *los gnomos y los pigmeos* guardaban los tesoros y las minas escondidas bajo tierra; que había que conjurarlos para conocer los lugares donde se podían encontrar o para echarlos de allí cuando se habían descubierto.²⁶

Estos cuentos absurdos y pusilánimes son tan ridículos como si se dijera que *los faunos y los sátiros* guardan los frutos de los campos y que *las náyades y los tritones* guardan los peces del mar.

Los tres mundos de los que acabamos de hablar fueron creados de la primera parte de la división que Dios hizo de las Aguas. De la mitad que *Dios* había reservado, creó la naturaleza humana en la composición de la cual

26. Varios Filósofos, entre otros *Apolonio de Tiana* aseguraron que cuando Cambises, rey de los persas, destruyó los templos egipcios y expulsó de ellos a los sacerdotes, éstos enterraron todo el oro filosófico que habían hecho y obligaron a los espíritus elementales a guardar estos tesoros para que no pudieran convertirse en el botín de aquellos conquistadores ávidos y destructores. Si esto es así, los tesoros sólo pueden encontrarse y ser guardados por los espíritus de la Tierra en el Alto Egipto, bajo las ruinas de los templos destinados al arte sacerdotal. Los árabes rústicos que habitan en estas regiones desérticas están todavía completamente convencidos de que los lugares donde se encontraban estos templos en otros tiempos, ocultan muchos tesoros que no se pueden encontrar ni desenterrar sin la ayuda de la magia a causa de los Espíritus que los guardan. Cfr. Paul Lucas: *Viajes al Alto Egipto*.

están contenidos en potencia los tres primeros mundos: el angélico, el espiritual y el elemental; por eso el hombre tiene en él *alma, espíritu y cuerpo*.

Por su *alma*, que es de esencia divina, el hombre comunica inmediatamente con Dios y con el mundo angélico que es inmortal y físicamente incorruptible; el alma del hombre no puede ser alterada y perder sus privilegios ligados a su origen divino más que por su intención mental; es a lo que se llama el bien o el mal moral; así pues, no se puede, sin ceguera y sin estupidez, suponer que haya algún ser intermedio entre la divinidad y el alma del hombre. Es lo que *ha hecho decir a David: ego dixi dii estis et filii excelsi omnes* y a Cicerón, que *Dios estaba en nosotros*.

El hombre como alma y espíritu corresponde al mundo espiritual y subsiguientemente con las inteligencias y los genios que habitan en él.

El cuerpo material y el espíritu del hombre corresponden al mundo Elemental, a cuyos habitantes es, sin embargo, superior, a causa de la superioridad de la esencia de su alma sobre la de los espíritus elementales.

A pesar de todos los sublimes conocimientos que el hombre puede alcanzar por el uso de la quintaesencia de los Filósofos, sin embargo, su poder se encuentra limitado por el mundo supraceleste. Es la línea de demarcación que Dios ha establecido entre la *Sapiencia* y él; por muchos esfuerzos que pueda hacer al *Adepto*, no le es posible llevar la sutileza y la pureza del Elixir de los sabios ni, por consiguiente, la de su cuerpo espiritual, al grado que lo ha sido la materia sutil

que ha entrado en la composición del mundo supraceleste; de modo que, por ningún medio, salvo el de la orden expresa de la divinidad, el Filósofo no puede tener comunicación inmediata con los habitantes del mundo angélico, es decir que no puede verlos ni oírlos más que por la *contemplación* y *el éxtasis* al que su alma puede elevarse.

Los habitantes del mundo *celeste o del firmamento* no pueden ser llamados, vistos, ni oídos por el común de los hombres, porque su esencia y su poder los han colocado demasiado por encima de ellos; sólo pueden tener comunicación inmediata con los Filósofos herméticos, que se podrían colocar con justicia por encima de la humanidad por el feliz uso de los conocimientos que han adquirido mediante los cuales han elevado su espíritu muy por encima de la esfera y de la superficie del mundo sublunar. Pero, podría objetarse: ¿cómo puede ser que el hombre envuelto en una materia terrestre y corruptible pueda ver, oír y comunicar con Seres puramente espirituales? Se podría responder a los que hicieran la objeción que no conocen del hombre más que la corteza y la materia.

El hombre no es hombre por su cuerpo material. Este sólo tiene la forma humana que le ha dado su alma por acción de su espíritu que penetra la materia, la mueve y la dispone *interiormente*, del mismo modo que el cincel del escultor trabaja el mármol por fuera.

Su alma debe su forma al Creador porque, siendo la producción inmediata del ser eterno, ha recibido sus formas saliendo de sus manos; la forma del espíritu o del

cuerpo espiritual del hombre está tomada de la forma de su alma como la forma de su cuerpo elemental está moldeada sobre la forma de su cuerpo espiritual.

Dios, por una especie de extensión de sí mismo, extrajo de su seno *el alma* del primer hombre a quien infundió su imagen, las facultades intelectuales y aquellas propias para propagarlas a ambas; envolvió esta substancia divina en la quintaesencia espiritual con la que ya había animado a todos los seres creados; infundió esta substancia pensante y vital en el cuerpo del hombre que había formado con la tierra más sutil y la más análoga a la obra que se había propuesto hacer.

Estas tres substancias identificadas en el hombre se reproducen, crecen y se multiplican por la única vía que la naturaleza humana ha prescrito a sus virtudes prolíficas.²⁷ El alma como la más privilegiada y la más noble da al espíritu el parecido que le ha infundido el Creador y el espíritu está forzado a moldear y a organizar la materia sobre la figura que ha recibido del alma.

Al estar la mujer destinada a ser la compañera natural del hombre, asociada a su gloria y a su felicidad como lo

27. No puede ser la materia a la que Dios ordenó que creciera y multiplicara, *Crescite et multiplicamini*, porque la materia por sí misma no puede crecer y multiplicarse si está privada del espíritu fermentativo; no es más que un *caput mortuum*, una tierra condenada, sin acción, sin movimiento y sin vida. Fue pues al alma y al espíritu a quien el Eterno dirigió las palabras: «*Creced y multiplicaos*».

está a sus infortunios, para cumplir el deseo de la sabiduría eterna y la multiplicación de la especie, fue creada de un extracto de la materia de la que el hombre había sido formado. Su alma y su espíritu fueron extraídos igualmente del alma y del espíritu del hombre, con todas las virtudes y facultades intelectuales que Dios había establecido. Es lo que hizo decir a los sabios *Druidas* que la mujer era *el alma de nuestra alma, el espíritu de nuestro espíritu y la carne de nuestra carne*. Es a consecuencia de sus sublimes conocimientos que los *Druidas* habían establecido un aerópago que sólo estaba formado por mujeres en los que se decidían los asuntos más importantes y más espinosos porque se les atribuía a éstas más penetración y más sagacidad en función de la delicadeza la sutileza de sus órganos. El consejo supremo, por la rectitud de sus juicios, había merecido durante varios siglos la veneración y la confianza de las naciones vecinas que iban voluntariamente a requerir y a someterse a sus decisiones; pero los hombres, apoyados por la fuerza y atormentados por la sed de invadirlo todo y gobernarlo todo, destruyeron esta corte de justicia donde presidían la dulzura y la humanidad²⁸ y la substituyeron por asambleas de hombres cuyos

28. La dulzura y la humanidad son dos cualidades inherentes e inseparables de su sexo porque la mujer es una producción de la naturaleza humana; es el injerto cultivado que se injerta en un arbolillo silvestre para que produzca frutos dulces y succulentos; el hombre, por el contrario, es la producción de la naturaleza gene-

juicios se resentían a menudo de carácter iracundo, ardoroso, feroz y tiránico. Cuando uno no se ha molestado en reflexionar profundamente sobre la idea que se debe tener de las substancias que concurren en la formación de nuestro individuo, sólo puede persuadirse muy difícilmente de que las substancias invisibles a nuestros ojos corporales tengan *forma humana* y que sea por su efecto que las partes del cuerpo palpable del hombre hayan sido arregladas, combinadas y determinadas a su imagen.

En general, las ideas que uno se hace del hombre se limitan a los aspectos que afectan a los sentidos y que raramente van más lejos de los que vemos en él, de terrestre y de material. Sin embargo, no está ahí lo que constituye propiamente el hombre; no es verdaderamente hombre más que por la facultad inteligente por medio de la cual es capaz de pensar, reflexionar y razonar; con un poco de recogimiento en sí mismo, el hombre siente pronto que su inteligencia y su voluntad le hacen lo que es y que su cuerpo no es más que un instrumento a las órdenes de la voluntad que le

ral porque es siempre agreste y rústico; de ahí procede su humor y su carácter feroz, duro y déspota siempre que una buena educación no haya cultivado este árbol salvaje, que sin estar cuidado no produce más que los frutos crudos y amargos. Si la buena moral no puede humanizar a este ser altanero y orgulloso de su fuerza, la mujer por su ejemplo, por sus costumbres y por sus caricias sólo puede insinuar en su corazón y en su espíritu ardoroso e indócil los principios de los que resultan el amor de sus semejantes y el bien de la sociedad.

gobierna. Así pues, es por el hombre interno que el hombre es verdaderamente hombre; sin él, el hombre exterior no sería más que un cadáver, tal como lo es después de que el hombre interior, que es su alma envuelta en su cuerpo espiritual, es separado de su cuerpo corruptible y material.

El hombre interior conserva la forma humana cuando, separado de la materia, sube después de su muerte a la unión espiritual; conserva también los mismos rasgos que los que tenía su apariencia mortal; por eso, en el mundo espiritual los padres reconocen a sus padres y los amigos conocen a sus amigos.

La muerte del hombre en este mundo no es más que la división de las dos primeras sustancias de la última, es decir, la separación de su cuerpo tosco, de su Espíritu de su alma.

El hombre deja sus restos mortales en el mundo que había dado los principios de su existencia material y de crecimiento. Después de esta separación pasa en cuerpo de espíritu y en alma a la región espiritual. Es en el mundo espiritual donde el hombre recibe la recompensa o el castigo de las buenas o malas acciones que ha cometido en este bajo mundo.

El hombre resucita inmediatamente después de su muerte o, para decirlo con más precisión, de las tres sustancias de las que su individuo estaba formado, sólo le quedan dos. Es lo que se llama resurrección. Es lo que hizo decir a San Pablo que el hombre resucitaba con un cuerpo que no era el que dejaba en el mundo sublunar.

La muerte y la resurrección del hombre no son, pues, más que el paso de este mundo al mundo espiritual donde, cuando ha sido bueno y justo, tiene la alegría de reconocer a sus padres, a sus amigos y a sus hijos que, como él, han merecido dicha recompensa.

La estancia que el alma del hombre revestida de su cuerpo espiritual hace en la región espiritual es una segunda vida, infinitamente más larga que la primera porque su cuerpo espiritual no es susceptible de corrupción; además, a medida que el hombre se acerca a la divinidad, para la que el espacio de los tiempos y lugares no es nada, esos mismos espacios le parecen mucho menores y mucho más cercanos.

Los castigos que sufren los hombres culpables después de su muerte no son más que ilusiones perpetuas, imaginaciones fantásticas y extrañas, que les hacen desear con pasión aquello que no pueden obtener; el objeto de sus deseos es el mal en sí y todo lo que se deriva de él; el desprecio a los demás, la aversión, el odio, la pasión, la venganza, la crueldad y todos los efectos contrarios a la felicidad del hombre y a la sociedad.

Hay una luz divina en el mundo espiritual de la que el hombre no puede hacerse más que una idea vaga y confusa pero cuyo aspecto y visión produce la alegría y hace la felicidad de los habitantes del mundo espiritual; sólo los hombres que en este mundo han sido buenos y justos pueden aguantar su brillo y su majestad. Por el contrario, los hombres que durante su vida han abusado de los dones de *Dios*, (es decir de su corazón y de su

razón), no pueden aguantar el brillo de esta luz intensa, la temen e incluso huyen de ella porque penetra en los recovecos más ocultos de su cuerpo espiritual; descubre a los habitantes del mundo celeste, como a sus propios ojos, los crímenes, las fechorías y las injusticias, de los que el espíritu de venganza, de ambición, de avaricia y de codicia les han hecho culpables sobre la tierra que habitaban; los crímenes y los vicios de los hombres se graban imborrablemente durante su vida, a medida que se entregan a ellos, en la región del corazón y del cerebro de su cuerpo interior, de modo que, en el mundo celeste, su cuerpo espiritual, al sentirse diáfano y transparente como el aire, es penetrado por los rayos de la luz divina y deja leer como en un libro a los espíritus de los hombres justos las atrocidades que estos hombres perversos habían tenido el arte de encubrir en este mundo, donde sus pasiones estaban cubiertas por una apariencia impenetrable a los ojos de sus semejantes.

La vergüenza y el oprobio de aparecer ante sus padres, sus amigos y conocidos diferentes de como habían querido aparecer durante su vida les hace alejarse de esta luz de justicia y de verdad y les hace precipitarse *por su propio movimiento* en las tinieblas donde esta luz divina no penetra nunca; andan errantes allí en la ilusión y la ceguera; el consuelo de reconocer a sus padres y a sus amigos que, como ellos, se han precipitado allí, les es negado; se convierten incluso a veces en sus perseguidores. Es el castigo de los malvados.

Las tinieblas en las que se precipitan los hombres culpables no son otra cosa que los elementos toscos en los que vivían cuando todavía estaban envueltos en su cuerpo terrestre; pero cuando sólo existen en cuerpo espiritual, la luz del sol y la de los astros que los iluminan durante su vida no es para ellos más que tinieblas y oscuridad porque, por un lado, están privados de los ojos de su cuerpo mortal que eran los órganos naturales que, como un espejo, daban a su alma la claridad natural del día y de la noche; y, por otro, su alma mancillada por los crímenes no puede, en el mundo espiritual, soportar el brillo de la luz divina que es la que ilumina los ojos del cuerpo espiritual. Andan errantes en el espacio de nuestra atmósfera; nos rodean, si hay que decirlo así, por todas partes; están pendientes sin cesar del momento en que la debilidad humana les facilite los medios de introducirse en los órganos de los hombres para inducirlos a error y para expulsar totalmente de su corazón la vergüenza y el arrepentimiento. Son estos espíritus de las tinieblas quienes se comunican con los mortales y a quienes los conjuros pueden hacer aparecer.

Si los hombres fueran justos y culpables por un igual, no habría más que un grado de recompensa o de pena, pero como son más justos y más criminales unos que otros, justicia divina ha establecido distintos grados de recompensas o castigos y estos grados son la medida de mayor o menor alejamiento en que los Espíritus de los hombres se mantienen de la luz divina de la que gozan

los justos en el mundo espiritual. Los culpables se alejan para siempre y se precipitan en las tinieblas para una eternidad, de modo que cuando nuestro globo y los elementos toscos que lo forman sean descompuestos y que Dios haya separado de ellos los Elementos simples que infundían la vida, no serán más que un residuo, una tierra condenada y entonces, los espíritus de las tinieblas serán aniquilados o serán precipitados a los abismos de esta tierra impura y corrompida.

Los Espíritus menos culpables, aunque muy alejados de la Luz divina, no la pierden, sin embargo, en absoluto de vista, y cuando las instigaciones de los malos espíritus que están a su lado, no han podido decidirles a separarse de ella completamente, se vuelven a acercarse poco a poco. Los rastros de las acciones reprobables grabadas en su cuerpo espiritual se borran de él a causa del camino que hacen hacia la luz divina y a causa de la verdad de su arrepentimiento y, al final, con el tiempo y las plegarias consiguen gozar de la beatitud de los justos. Es a estos espíritus a los que se refiere el pasaje de la plegaria por los muertos; *et lux perpetua luceat eis*.

Yo no estaría lejos de creer que las plegarias fervientes de los hombres justos en favor de los muertos, ayudadas por su arrepentimiento, puedan acercarlos en menos tiempo a la luz divina. Si este sistema es incierto, al menos es muy consolador para las almas honestas y agradecidas.

Cuando el hombre en cuerpo de espíritu y en alma ha pasado en el mundo espiritual el tiempo que la provi-

dencia le ha prescrito, se desembaraza de su cuerpo espiritual que abandona en la región que le es natural y sube en alma solamente al mundo angélico para gozar de las alegrías eternas e inefables, reservadas a los habitantes del mundo supraceleste. Hay una semejanza sorprendente entre los efectos de la piedra filosofal natural y los de la piedra filosofal sobrenatural.

La propiedad fermentativa es el alma de la materia del universo; para llevarla al poder de la piedra de los sabios hay que hacerla tan pura, como lo era el espíritu de Dios que se paseaba sobre las aguas; es decir que hay que limpiarla de todas las heterogeneidades materiales y hacerla tan espiritual como la raíz que la produjo.

Asimismo, el alma del hombre, para ser digna de su origen divino y para gozar de los privilegios atribuidos a éste, debe limpiarse de las sustancias que le sirven de vestiduras en los dos mundos que debe recorrer pero, a semejanza de la quintaesencia de los Filósofos, no debe tener mácula para volver de nuevo al Seno del Creador que le ha dado el ser.

La primera debe volverse tan pura como la luz natural de la que es un extracto. La segunda, que ha emanado de la luz eterna, debe serle devuelta en el estado de pura inocencia en el que estaba cuando fue separada; una, al preservar al hombre de todas las dolencias, hace que se deslicen días tejidos en oro y seda; la otra, sumiendo al alma en la más deliciosa serenidad, la libera de la tiranía de las pasiones humanas.

Una lleva al hombre hasta el mundo Celeste, la otra lo pone a los pies de la Divinidad y ambas son el fruto y la recompensa de nuestras felices búsquedas y de nuestros trabajos en la Ciencia de la Naturaleza.

Los Sabios sólo conocen dos luces: una luz divina y una luz natural. La luz divina en todo su esplendor ilumina el mundo supraceleste del cual sólo unos rayos iluminan el mundo espiritual. No pueden ver esta luz más que los *Espíritus bienaventurados*.

La luz natural es la del Sol y la de los astros que iluminan el globo terrestre y no puede percibirse más que por los ojos de los cuerpos mortales; cuando los órganos de la vista son destruidos, esta luz no es más que una *oscuridad*, parecida a aquella en la que el hombre se encuentra cuando duerme o cierra los ojos voluntariamente.

Los Sabios han repetido en casi todas sus obras que la luz natural era, de algún modo, una copia calcada de la luz divina. Si se puede admitir algún parecido entre la luz divina y la luz natural, no es posible encontrar parecido entre los privilegios de los habitantes de los mundos superiores y los de los hombres mientras viven en este mundo.

Los Seres supracelestes rezan en presencia de la divinidad y las inteligencias y los Espíritus bienaventurados rezan cara a la luz eterna; mientras que los hombres durante su vida no pueden figurarse a *Dios*, ni la luz divina, más que por los ojos de la imaginación, asimismo no pueden hacerse una idea de uno y otro más que de algún modo muy vago y muy confuso.

Existe otra diferencia muy sorprendente también entre los privilegios que gozan las esencias superiores y los de la *humilde especie humana*.

Los habitantes de los mundos celestes o supracelestes, envueltos sin cesar en una atmósfera de luz, se iluminan por sí mismos hasta en los más profundos abismos a los que *Dios* quiere hacer llevar sus órdenes; mientras que los hombres, cuando están privados de los rayos de la luz natural, se encuentran en la oscuridad más absoluta y sólo pueden disiparla con la ayuda de la débil claridad de las luces ficticias que la estrechez y la necesidad les han hecho inventar. Es decir que nunca hay tinieblas para las criaturas que habitan estas celestes regiones mientras que los humanos están sumidos en ellas durante la mitad de toda su existencia.

Las diferencias que acabamos de observar colocan a los humanos a una distancia inmensurable de los Seres celestes y, por consiguiente, a las almas de los hombres justos y buenos del alma de los hombres viciosos y malos, sin distinción de rango, de Estado ni de fortuna (porque ni *Dios* ni la Naturaleza han gastado más, ni han puesto más cuidados en hacer un hombre Rey que en hacer un hombre labrador), distancia con la que un hombre sensato no puede aturdirse ni hacerse ilusiones, distancia que tendría que destruir en su corazón hasta el germen del orgullo y del amor propio.

Algunos aduladores observarán quizás que la nobleza de la sangre podría, sin embargo, marcar cierta diferencia

entre los hombres, incluso en el mundo espiritual; responderemos a estos hombres estúpidos y peligrosos que la nobleza de la sangre consiste en su pureza y que muy a menudo la sangre de un labrador es más pura y más sana que la del noble más distinguido; que el alma solamente podría establecer una diferencia entre los hombres si *Dios* hubiera sacado el alma de los nobles de otro centro del que ha sacado las almas de los mercenarios; pero como el origen de las almas de todo el género humano es el mismo, todas las almas de las criaturas procedentes de éste son perfectamente iguales a los ojos de la Divinidad.

Si la naturaleza parece admitir algunas diferencias entre los hombres, éstas sólo consisten, como ya se ha observado, en el desarrollo más o menos amplio de las perfecciones del alma; es decir que la organización interior más sutil, más perfecta y más proporcionada es siempre la del individuo más realizado porque es la que pone menos obstáculos a sus facultades intelectuales; pero esta diferencia del alma en la naturaleza humana no existe en el mundo Celeste en el que todas las almas de los hombres, al no estar ya limitadas por la materia, experimentan por igual la misma amplitud y la misma elevación sobre todo si están colocadas a igual distancia de la luz divina. Resulta de ello que en el mundo espiritual no hay más diferencia entre las almas de los hombres que las que establecen las obras humanas, caritativas, justas y bienhechoras, ejercidas en el mundo sublunar, de las de aquellos que han dado lugar a los vicios y a las pasiones.

El espíritu celeste *Lucifer, o porta-luz*, el que *Dios* castigó con su cólera, no era un habitante del mundo angélico; si lo hubiera sido, no hubiera podido faltar a *Dios* a causa de la perfección de su esencia; no era más que el genio o la inteligencia del mundo Celeste o del firmamento encargado de cuidar la luz natural a la que se llama sol. Se creyó igual a *Dios* porque, gobernando el centro de esta luz, se persuadió de ser su creador, como lo es *Dios* de la luz eterna que dispensa a los mundos superiores. Su orgullo y su audacia atrajeron sobre él la indignación de la divinidad quien lo precipitó, junto con todos los genios que se le habían unido en sus locas pretensiones, a los Elementos toscos del mundo Elemental donde, privados de la atmósfera luminosa de que gozan los habitantes de los mundos superiores, están en las tinieblas como los espíritus de los hombres que durante su vida han vivido en el crimen y la perversidad.

Los genios a los que *Dios* despojó de los privilegios celestes precipitándoles en las tinieblas, son los que llamamos malos genios. Los espíritus de los hombres culpables están sometidos a ellos y son perseguidos por ellos; todos los espíritus de esta cohorte infernal son los que responden a los conjuros de los hombres con tanta más solicitud cuanto que tratan sin cesar de seducirlos, corromperlos, engañarlos y hacerlos tan desgraciados como ellos.

Las inteligencias, los buenos genios y los espíritus de los hombres justos no se comunican nunca con los

mortales sin una gracia especial de la divinidad, como es la de poseer *la piedra de los Filósofos*.

Los ángeles y los espíritus que habitan los mundos supracelestes no pueden comunicarse con los hombres sin un permiso o una orden particular del Ser Supremo, como lo prueban Lot, Tobías, Abraham, etc.

El mal puede producirse y hacerse sin la participación de *Dios*; es lo que hacen los malos Espíritus por sus sugerencias y los hombres malos o débiles por las acciones y hechos que resultan de esta sugestión, siempre que, no obstante, *Dios* no ponga obstáculo a ello. Por el contrario, el bien procede siempre de la voluntad divina, ya sea por los ángeles o por los buenos espíritus que lo inspiran ya sea por presentimientos, ya sea por la inclinación natural que Dios ha infundido en el alma del hombre que le lleva a hacer el bien o al arrepentimiento cuando hace el mal.

Es estar también en un error pernicioso imaginar que el hombre necesita de las luces de los Espíritus de tribulación para esclarecerse en una ciencia o en algún acontecimiento futuro; estos Espíritus no conocen ni unos ni otros y engañan constantemente con sutilezas, vanas promesas, fascinaciones y con ilusiones fantásticas; cuando aparecen fingen una actitud sosegada y tranquila, y cuando hablan, una voz suave y persuasiva; pero no pueden poner una cara solícita; por el contrario, es horrible e inspira temor y terror, y su aspecto hace estremecer a los más decididos.

¿Cómo los hombres que piensan pueden creer que unos espíritus tenebrosos a quienes Dios despojó de los privilegios celestes, de su esencia original o que aquellos que durante su vida fueron *avaros, pérfidos, ingratos, inhumanos* y que estuvieron sumidos en la más crasa ignorancia hayan podido conservar o adquirir conocimientos sublimes en la morada de su reprobación? Esta idea es una locura y es casi inimaginable; sería mucho más razonable pensar, por el contrario, que a estos Espíritus que habitaban en el mundo celeste antes de su caída o que durante su vida habían adquirido algunos conocimientos en las ciencias, las tinieblas en las que andan errantes les borraron las huellas y los despojaron de toda reminiscencia.

Si los hombres que se entregan a esta peligrosa curiosidad quieren de buena fe conocer toda la ilusión y convenirse al mismo tiempo de la verdad de todo cuanto se acaba de decir, que se apliquen en buscar y descubrir los ojos en las caras de los Espíritus que se les aparecen en cuerpos fantásticos, ya sea de inmediato, ya sea a través del agua de un frasco, ya sea por el reflejo de un espejo,²⁹ y se convencerán, por la inutilidad de sus búsquedas, que estos espíritus no tienen ojos; quizás, incluso, no les está permitido coger la forma de éstos en la cara con la que se cubren para mostrarse a los hombres a los niños a quienes buscan acercarse con más celo todavía; independien-

29. Los malos Espíritus prefieren aparecer así a causa del olor fétido e infecto que expelen cuando aparecen inmediatamente.

temente del placer que sienten estos espíritus cuando pueden engañar a los hombres y hacer que se aparten de sus deberes, tienen todavía un motivo tan apremiante como el de hacer el mal, para tratar de introducirse en el cuerpo de los hombres: es el de ver la luz natural que no pueden ver más que por medio de los órganos de la vista de los individuos de los que se adueñan. Es a estas posesiones secretas a las que deben atribuirse las acciones atroces de las que ciertos hombres se han hecho culpables.

Los espíritus elementales no pueden aparecer más que en los cuerpos que la naturaleza les ha dado, porque gozan de la vida corporal y procrean naturalmente como los hijos de los hombres; por eso se ven a jóvenes y a viejos, a machos y a hembras.

Se asegura, generalmente, que algunos hombres sin tener conocimiento de la ciencia de la naturaleza han manifestado, sin embargo, en algunas ocasiones poderes sobrenaturales, ya sea recuperando cosas perdidas o revelando acciones pasadas hechas o dichas en el mayor secreto haciendo aparecer ciertas figuras o haciendo trasladar ciertos efectos de un lugar a otro por una mano invisible; pero estos resultados son todo el fruto que han sacado de esta criminal comunicación. Jamás los espíritus que se habían unido a estos individuos pudieron enseñarles secretos que pudieran ser importantes para la vida de los hombres o para su fortuna, porque estos espíritus como sólo pueden ser malos, no pueden documentarles sobre materias que ignoran, tanto más cuanto

que todos los medios de hacer o producir el bien les son tan desconocidos como imposibles.

Hay motivos para pensar que estos hombres débiles y crédulos sólo han obtenido estos poderes por un convenio implícito hecho con malos genios. Estos emplean muy a menudo los Espíritus de los hombres muertos, que están bajo su dominio, para empujar a los hombres a que consientan a semejantes pactos. Bastante a menudo emplean también el concurso de los Espíritus elementales a los que han subyugado *para transportar efectos de un lugar a otro por una mano invisible*; porque estos resultados son imposibles para los malos espíritus que son ciegos y que están en una oscuridad perpetua. Los malos genios y los espíritus sometidos a su dominio sólo pueden inducir a los hombres al crimen ya sea por instigaciones, ya sea introduciéndose en su cuerpo. Los espíritus elementales no pueden introducirse en el cuerpo de los hombres ni inducirles al mal; sólo tratan sin cesar de acercarse a ellos para satisfacer sus pasiones desenfrenadas o para obedecer a los malos espíritus que les han sometido; pero unos y otros sólo pueden aparecerse a los hombres si éstos los han llamado.

El ejemplo de las humillaciones que experimentan constantemente y en todos los países los que se entregan a esta criminal cábala, debería alejar a los hombres a quienes una ciega credulidad o una ambición mal entendida arrastran hacia estas indagaciones perniciosas; que se escudriñe, según las propias luces y no según relatos

infieles hechos por *fanáticos* o por *bribones*, el éxito de las personas que se han entregado a esta odiosa práctica; uno se convencerá de que ninguna de ellas ha experimentado jamás más que siniestros accidentes y jamás, ninguna realidad de los bienes prometidos por estos espíritus de mentiras, que les han infundido respeto con todo lo que les han dicho y que sólo han alimentado su esperanza con prestigios; imaginémonos la suerte que sufren los desgraciados individuos que hacen profesión de iniciarse en estos horribles misterios; se les verá errantes de país en país, sin patria ni patrimonio, a veces protegidos por la ciega estupidez y siempre cubiertos de ignominias a los ojos de las gentes honestas e instruidas. Llevan una vida escandalosa y sembrada de mortificaciones semejantes a los discípulos indignos que asesinaron al gran sacerdote *Hiram*, los cuales, al no haber podido alcanzar el conocimiento de Dios por el de la naturaleza, abandonaron el estudio de la *ciencia de los Profetas* para precipitarse en los horrores de la *nigromancia*.

La pereza, la ceguera y la codicia llevaron a los hombres mucho más ambiciosos que sabios, a pensar que el espíritu contenido en el aire, tan a menudo señalado en los escritos de los sabios como *el intermediario entre el Ciclo y la Tierra*, representaba a los Espíritus errantes en los aires, de lo que concluyeron que estos Espíritus eran los *intermediarios entre el hombre y la divinidad*. ¿Puede uno convencerse con un sistema basado en una ignorancia tan definida? Y, según una base tan desprovista de

juicio, ¿concluir que los hombres sólo podían alcanzar el conocimiento de las ciencias de la naturaleza por las lecciones de estos pretendidos Espíritus intermediarios? ¿Cómo puede uno imaginarse que seres proscritos por la Sabiduría eterna puedan dar documentos sobre una ciencia que conduce a *conocer a Dios y a adorarle*? Por muy ciegos que se suponga a estos Espíritus réprobos, hay que pensar también que no son lo bastante estúpidos como para ir contra sus propios intereses, salvo que estuvieran forzados a ello por el poder divino.

Hay incluso una especie de sacrilegio en pretender que existen seres intermediarios entre el alma de los hombres y la divinidad; según semejante suposición, con independencia de lo que debiéramos concluir de ello, de que estos *seres*, para poder oír las plegarias mentales y los deseos de los hombres, tienen el privilegio divino de estar en todas partes y de penetrar las intenciones, como el Ser infinito a quien sólo se debe la ubicuidad, habría que concluir que sería a los espíritus intermediarios a quienes los hombres deberían dirigir sus plegarias y las efusiones de su corazón y no a *Dios* y esto sería una doctrina tan absurda como reprensible.

El amor de *Dios* y el del prójimo unen inmediatamente *el alma del hombre a la de la Divinidad*. Esta verdad consoladora está grabada con caracteres imborrables en todos los corazones honestos y virtuosos.

Para llegar a las ciencias sublimes que los hombres buscan con tanta avidéz, después de haber preguntado al

Padre de las Luces las que son apropiadas para conducir a ellas, sólo hay que estudiar la naturaleza, remontarse hasta su origen, considerarla, por decirlo así, en el momento en que sale de la mano de *Dios*, seguirla con ojos atentos y penetrantes a sus laboratorios y examinar con un espíritu reflexivo las substancias que emplea y los medios que utiliza para vivificar, aumentar y conservar todos los mixtos sublunares, pero hay que tomarse la molestia de estudiar y no jactarse de poder llegar al conocimiento de sus verdaderos principios y al desarrollo de sus misteriosas operaciones por vías torcidas y sobrenaturales, por las cuales se puede ser instruido sin trabajo y sin aplicación.

El gran intermediario de la Naturaleza, aquel del que ningún ser natural puede prescindir, aquel que es el vínculo entre el Cielo y la Tierra y que es el canal por el que éstos se comunican, el que transporta en su seno todos los bienes de que gozamos, aquel del que todo amante de la *Sapiencia* debe conocer las virtudes centrales y los medios de desarrollarlas, es el aire que, según el docto *Cosmopolita*, *contiene en su centro un Espíritu congelado mejor que toda la tierra habitable*. Es de este precioso intermediario del que todo hombre que quiera penetrar en los misterios de la ciencia de la Naturaleza debe ocuparse y en cuyo corazón encontrará los medios de alcanzar la cumbre de todas las felicidades humanas.

RESUMEN DE LOS CAMBIOS
PROGRESIVOS POR LOS QUE TIENE QUE
PASAR LA PRIMERA MATERIA DE
LA OBRA HERMÉTICA PARA ALCANZAR
EL GRADO DE DISOLVENTE UNIVERSAL.



MATERIA

La primera materia de la obra hermética es la saturnia vegetal³⁰ *el Hylé o el caos filosófico*. Este caos está representado por *Sileno, Nereo, Hilas, Arquelao, Neoptolemo, Venus hermafrodita, el pez Skimoys, el León de Nemea, la Tabla de Esmeralda, el Duenech verde, el León Verde, etc.*

Los jeroglíficos de la primera materia son *el carnero, el toro, el caduceo de Mercurio, etc...*

30. *Saturno*, hijo del Cielo y de la Tierra, devoraba a todos sus hijos. *Rea* substituyó a *Júpiter* por una *pedra*, Saturno se tragó esta *pedra* y tuvo que devolverla. Es la *pedra* de los Filósofos producida por la saturnia vegetal.

1.er CAMBIO

La materia se convierte en Agua mercurial. Es *el Mar Rojo de Moisés*. El mar por el que volvieron a Egipto Osiris y Baco después de su expedición. Es *el vino tinto de Raimundo Lulio, de Ripleo, la sangre de los inocentes de Flamel, el mar de sangre del Sueño Verde de Fabre, la sangre de Pitágoras, la del león de Nemea. El vino del que rebosa Sileno. Es Baco, Oeneo, Neptuno casado con la ninfa Fénice, etc...*

2.º CAMBIO

Esta tercera materia es el producto de la anterior; es la que los Sabios llaman su *materia prima, es la goma roja de María la Profetisa, las heces del vino de Raimundo Lulio, el tártaro de Ripleo, la Tierra Prometida de Moisés, el Adrop de los filósofos. Es su primer Latón, Dejanira, Proteo, etc...*

3.er CAMBIO

La materia se convierte en el vino agrio de las montañas de los filósofos. Es *la sangre del Pelicano, las palomas de Diana, el espíritu ardiente de Raimundo Lulio, etc...*

4.º CAMBIO

Esta materia es el producto de la sangre del Pelicano, es el *imán de los Filósofos, su magnesia, la liga del Águila de Filaleteo, Juno, Venus, Dánae, el hígado de Prometeo, etc...*

5.º CAMBIO

Esta substancia es la *ampolla sagrada de Abraham, la de Cristóbal, Obispo de París, Júpiter, Marte, el oro Astral, la sal astral, etc...* Sus jeroglíficos son el *águila, el buitre y el milano.*

6.º CAMBIO

Esta materia está formada por el imán de los Filósofos y la ampolla sagrada reunidos. Es *el abono compuesto de los Sabios, el Mercurio con sus cuatro alas, el ázoe de los Filósofos, el Thesaurus desiderabilis de Cristóbal, Obispo de París.*

7.º CAMBIO

Esta materia es el fin de la *primera parte de la obra hermética y la de los Trabajos de Hércules. Es el disolvente universal de los Filósofos, la Sal de Sapiencia licuada, el mercurio de vida* al que Hércules consagró su clava, *la medicina uni-*

versal al primer grado. Es Apolo dispuesto a casarse con la Ninfa Coronis de la que Esculapio, dios de la medicina, debe ser el fruto.

TRATADO PRELIMINAR DE FÍSICA



En el que la experiencia y la Teoría concurren en probar que el sujeto de la vida del hombre puede ser aumentado y mantenido durante largo tiempo en su fuerza y en su salubridad.

— *«Est in aere vitae occultus cibus.» Cosmopolita. — «Es en el aire donde se encuentra oculto el alimento de la Vida».*

El animal está suficientemente instruido de la manera en que debe utilizar los órganos de sus sentidos; pero el hombre razonable debería añadir a tal instinto el conocimiento o al menos, el deseo y la búsqueda de los medios de gozar de ellos con toda su integridad y el mayor tiempo posible; debería poner toda su aplicación e inteligencia en escoger las virtudes y en utilizar las cosas que le rodean.

La bondad Divina, al exponerle ante los ojos de la razón la Naturaleza y sus efectos, ¿no parece haber querido señalarle el tema sobre el que sus reflexiones y sus trabajos debían recaer, imponiéndole su uso sin restricciones, para el sostenimiento de su vida?

Parece tan simple como natural pensar que si el animal aspira más de quince mil veces en veinticuatro horas y no come más que dos, debe más al aire que a sus alimentos.³¹ Una consecuencia tan sorprendente debería comprometer a todo hombre sensato a buscar las vías naturales ya sea para mejorar el aire que respira quitándole lo que puede contener de nocivo, ya sea manteniendo siempre en cantidad su propio fuego vital, para tener en todas las edades la fuerza de atraer y de sustentarse de aquel que está contenido en el aire que respira, con la misma abundancia y la misma facilidad que lo hace un joven de veinte años cuando está bien formado.

Las experiencias relacionadas con el primer medio son competencia de la física positiva; con independencia de que su uso no está exento de peligro, como veremos a continuación, el trabajo continuo que exigiría sería muy apropiado para alejar de él.

31. El Arqueo del animal, su fuego vital o sus espíritus vitales, no se nutre más que del espíritu etéreo que le es transmitido por la respiración; él solo es quien compensa su pérdida y multiplica su fuerza; cuando el Arqueo se alimenta poderosamente de este fuego, trabaja con éxito los alimentos toscos destinados a sustentar el cuerpo, en los laboratorios dedicados a estos usos y separa lo puro de lo impuro; de allí distribuye las quintaesencias que resultan en las distintas partes del cuerpo que les son análogas y en las que encuentran los fermentos particulares que les determinan. De ahí, el cabello, las uñas, la carne, los huesos, la sangre, etc...

Las vías del segundo medio, aunque más simples, son infinitamente más difíciles de encontrar. Están reservadas al conocimiento de los Filósofos herméticos y consideradas como el fruto más precioso de su aplicación, de su constancia y de sus trabajos.

El agente principal en la naturaleza es el calor, fuego o fluido luminoso,³² es el único digno del ser, porque, entre todos los agentes, es el más activo y penetrante, su inconcebible sutileza lo mantiene demasiado alejado de los cuerpos palpables para que le sea posible atarse a ellos radicalmente y hacérseles homogéneo; por la razón de que el más puro, el más volátil y el que posee más tenuidad no puede unirse inmediatamente al que es el más impuro y el más «espeso; pero como sin esta unión, nada podría tener vida este mundo, ha sido necesario disponer una sustancia que encontrándose situada en el medio fuera tan apropiada para recibir las influencias de arriba como los vapores de abajo para llevarlos a unos y otros hasta el centro de las regiones opuestas y establecer por medio de él una circulación vivificante. El aire se encargó de cumplir este deseo; es, pues, del aire del que los mixtos sublunares reciben de inmediato el movimiento, el calor y la vida.

32. Hay que distinguir la luz de la claridad, la primera es la causa, la última es el efecto; la primera da el movimiento, el calor y la vida; la claridad no tiene otra cualidad intrínseca que la de disipar las tinieblas.

La tierra animal de la que el cuerpo humano está formado, puede dividirse en dos partes de las que la primera es pura y la otra impura. La primera es la base de todos los mixtos sublunares y lo produce todo por la mezcla del agua y del fuego; es el elemento simple que elementa la tierra y la hace vegetativa; la segunda es como la envoltura de la primera y entra como parte integrante en la composición de los mixtos; la primera es un fuego que, habiendo emanado del espíritu de vida universal, vivifica y conserva todos los cuerpos durante tanto tiempo que el frío de la tierra impura no la domina.

La acción del fuego vital en el individuo, aleja el frío y la coagulación que son las cualidades substanciales de la tierra impura. Es con esta causa con la que debemos relacionar el mecanismo corporal del animal que se encuentra dispuesto a acelerar su respiración cuando una carrera rápida o un trabajo violento, dilatando todos sus poros, le han hecho gastar una mayor cantidad de esta tierra pura o calor vital. La naturaleza, tan perfecta en la organización del animal como previsoramente en sus necesidades, no le ha impuesto la necesidad de una respiración viva y precipitada más que para forzarle en aquellos momentos a compensar lo que ha perdido. La frecuencia de la respiración que experimentamos después de la comida no debe atribuirse más que a la necesidad que tiene el animal de aumentar y fortificar el fuego de su estómago para ayudar en la digestión de los alimentos que lo llenan.

Los bostezos que el animal no puede vencer cuando su estómago demasiado frío se siente pesado por la repleción, son también una prueba de la previsión del Creador para que esta pesadez sólo conduzca al animal al sueño, en lugar de conducirlo a la sofocación y a la muerte, si por sus bostezos no estuviera obligado a doblar la dosis de fuego vital contenido en cada aspiración.

Si el animal pudiera aumentar la medida de su imán o fuego vital, cuando la terrificación de las sustancias impuras impide que el aire aspirado penetre en todas sus partes y se comunique con la universalidad de sus espíritus vitales, aspiraría más abundantemente el que está contenido en el aire y se lo homogeneizaría con mejores resultados; entonces este fuego, encontrándose en volumen suficiente, se insinuaría con fuerza en sus mínimas ramificaciones, dividiría los fluidos espesados y la masa terrosa de estos sedimentos morbíficos, expulsándolos por las secreciones y las transpiraciones; devolvería al individuo toda la energía y todas las facultades de vigor y de energía de los que estos amontonamientos impuros le había privado.

El calor³³ que envuelve el aire que el hombre respira es el fuego o fluido luminoso que, individuándose del

33. Aunque el calor sea el efecto del movimiento, está sin embargo identificado con él. El fuego es el principio del movimiento y del calor; éste no es más que un grado mínimo de fuego o un movimiento producido por un fuego más moderado, o más alejado del cuerpo afectado; es a este movimiento central al que el agua debe su fluidez; sin esta causa se coagularía y se convertiría en hielo.

que anima a todos los seres naturales, hace que todo vegete, que todo germine y que todo se abra; es el elemento del fuego en el que reside el movimiento y la vida de los demás elementos; pero cuando este fuego es reducido a una medida mínima, no puede entonces vencer la resistencia de estos contrarios. Cuando ha llegado a este punto de escasez, el microcosmo³⁴ debe necesariamente caer en la inercia de la que la muerte es el resultado.

(El calor del cuerpo del animal vivo no es el efecto del frotamiento que experimentan los fluidos al recorrer sus canales. Es, por el contrario, este calor, este fuego, el que necesita el movimiento de los fluidos porque es la causa eficiente de todo movimiento interno; sin este principio activo y poderoso, los fluidos estancados en sus canales tenderían a la corrupción y a la descomposición; es lo que ocurre en todo el compuesto del animal y particularmente en su estómago cuando ha pasado la madurez; los jugos digestivos, al tener menos movimiento porque contienen menos fuego, se espesan y hacen las digestiones más lentas y más difíciles y las indigestiones más peligrosas y más frecuentes; es el espesamiento de los fluidos la causa de los vientos; esos fluidos viscosos y

34. Microcosmo, quiere decir mundo pequeño o compendio del *macrocosmo* que quiere decir el gran mundo, el universo. Por eso el hombre que es el mundo pequeño, fue creado el último día, porque el Ser Supremo no podía hacer el compendio de todo, más que después de haber llevado el todo a su perfección.

pegajosos se llenan de aire sobre todo al comer, del mismo modo que el agua jabonosa forma los globos llenos de aire con los que los niños juegan y se divierten.)

Hay motivos para pensar que, cuando el fuego vital del que el hombre lleva el germen al nacer, no tiene fuerza para aspirar y hacerse homogéneo al que está contenido en el aire, éste atrae al suyo y el final de esta atracción asesina es siempre el término de su existencia porque es el término de la desunión de los principios que constituyen la vida animal.

Lo que parece confirmar esta opinión es lo que experimenta un hombre moribundo; los que le rodean se dan cuenta de los esfuerzos que hace no sólo para atraer por la inspiración el espíritu de vida contenido en el aire que le rodea, sino también para retener aquel en el que su alma está envuelto.

El nitro común o aquel que usan los químicos vulgares es la materia más generalmente conocida por ser la que contiene más fuego primitivo. Cuando está disuelta en un vaso hermético cerrado, el aire atmosférico que se introduce por un tubo y que sale por otro, atravesando la masa de nitro disuelto, deposita todas sus partes heterogéneas y se lleva las del fuego primitivo esparcido en el nitro que abandona para unirse al aire con el que la naturaleza le había envuelto al principio para servirle de vestidura y de vehículo.

Si el aire que pasa por el nitro disuelto sólo se llevara la substancia virtual o el núcleo, el efecto de la aspiración del aire desflogisticado sobre los animales sería sin

duda el de fortalecer mucho su calor natural excitándolo suavemente y sin irritación, moderar las cualidades de modo que una no predominara sobre la otra y establecer con ello la más perfecta igualdad y la más exacta proporción en los elementos primitivos que concurren a hacerle gozar de una salud constante y sólida.

Pero el nitro contiene en potencia un fuego elemental³⁵ del que el aire que pasa a través suyo cuando está

35. No se puede confundir el fuego elemental con el fuego de nuestros hogares; el primero sólo se convierte en un fuego ardiente cuando está combinado con sustancias combustibles; no da por sí mismo ni humo, ni llamas, ni luz. El Flogisto es una sustancia aceitosa, sulfurosa y resinosa; no es el principio del fuego, sino que es la materia propia para alimentarlo y para manifestarlo; las sustancias son reducidas a acto cuando en el cuerpo del animal se encuentran materias que les son análogas; si estas materias son muchas, el flogisto encendido por ellas reproduce, de algún modo, el efecto de un volcán, del que el animal es casi siempre la víctima. De ahí viene que a medida que el hombre avanza en edad manifiesta más mal humor; se vuelve cada vez más inquieto e impaciente porque su flogisto aumenta y se multiplica día a día hasta el punto que el menor conflicto y la más ligera contradicción le agitan y le encienden.

Se distinguen en la naturaleza tres clases de fuego: el celeste, el fuego central o *el arqueo* y el fuego elemental; el primero es simple, sensible, vital y activo. En el animal pasa a la naturaleza del fuego central; es decir que se une al homogéneo del arqueo y como él, se hace interno, húmedo y templado; el tercero o el elemental, cuando está excitado es destructivo y de una voracidad increíble; hiere a los sentidos, quema; es en el animal lo que se llama sustancia *flogística* y que los médicos llaman calor *febril*. Divide y consume el humor radical de su vida.

diluido lleva consigo porciúnculas que pueden dar a este aire desflogisticado cualidades mortíferas, porque este fuego flogisticado es el fuego destructivo y devorador.

El fuego del que el aire priva al nitro en fusión, si fuera posible extraerlo con toda su pureza, como puede serlo por la operación filosófica, sería nutritivo, vivificante y balsámico; sería este fuego natural que es el principio ígneo del fuego elemental, como lo es todo calor vivífico; este fuego es tomado a menudo por el alma de la naturaleza y por la misma naturaleza, mientras que el fuego elemental contenido en el nitro es su tirano y su destructor.³⁶ Se puede inferir de esta experiencia que existen en la naturaleza fluidos universales tan contrarios en sus principios como diferentes en sus efectos. Uno, simple, ígneo y luminoso es el principio de toda vida activa; el otro, compuesto elemental, debe al primero toda su energía pero, demasiado a menudo parecido a los hombres ingratos, ahoga en su seno, por la abundancia de su materia y por los desórdenes en que se complace cuando se entrega a sus inclinaciones, a aquel del que recibe toda su eficacia.

Son el Osiris y el Tifón mitológicos; uno es un fuego primitivo, húmedo y vital que por el carácter que le ha

36. Todos los nitros no producen los mismos efectos en los resultados de la desflogisticación; ya provenga eso de sus diferentes cualidades, ya de su fusión, más o menos ardiente, el aire que se hace pasar por allí se lleva en unas o en otras más o menos fuego elemental o fuego primitivo. De ahí viene el peligro de usarlo.

imprimido el Ser Supremo, no puede producir más que la perfección y la conservación de todos los mixtos sublunares,³⁷ el otro no debe y no puede ser de un flogisto universal que, al estar destinado a ser el pasto del primero, no debería encontrarse en el aire, como en todos los cuerpos en los que reside indispensablemente, más que para cumplir con su deseo y no para subyugar a su dueño.

Las virtudes del primero producen, en todos los cuerpos orgánicos en los que penetra, el movimiento, el calor y la vida; es el alma de toda generación y no puede, en ningún caso, producir más que la vida, porque al ser la substancia vivificante por excelencia sólo puede derivarse de su introducción en los mixtos más que el resultado de los dones que dispensa; el segundo, por el contrario, las deja algunas veces sin resultados por los accidentes particulares a los que da lugar la naturaleza indócil y comburente.

Se podría comparar las operaciones de estos dos fluidos con las de un sabio ministro cuyas intenciones rectas y beneficiosas serían a menudo infructuosas si no estuvieran secundadas por el celo y la fidelidad de sus colaboradores.

La experiencia de todos los buenos físicos ha convencido a Europa de que en el aire desflogisticado lo más puramente posible, es decir, el aire que en la desflogisticación se había llevado las menos partes posibles del

37. Se entienden por *mixtos sublunares o bajo la Luna*, todas las producciones de la naturaleza en los tres reinos; mineral, vegetal y animal.

fuego elemental contenido en el nitro, un animal vive cinco veces más tiempo que en el aire común. La llama de una vela adquiere más fuerza y más viveza.

El aire inflamable que, mezclado con el aire común explota cuando se le prende fuego, detona con una fuerza incomparablemente mayor cuando está mezclado con el aire desflogisticado porque hay entre ellos infinitamente más contradicción y más alejamiento del que hay entre el aire inflamable y el aire atmosférico.

La verdad de esta experiencia explica el motivo de la superioridad de las cualidades del aire desflogisticado sobre el aire de la atmósfera; éste, antes de pasar por el nitro disuelto, es decir, antes de ser desflogisticado sólo contiene dieciocho veces más calor que el agua; cuando ha depositado en el nitro sus heterogeneidades, contiene ochenta y siete veces más calor que el agua.

El aire desflogisticado contiene pues sesenta y nueve veces más fuego vital que el aire común; aumenta pues, el caudal de salud del animal que lo aspira sesenta y nueve veces más de la que el aire atmosférico hubiera podido proporcionarle.

La aspiración del aire desflogisticado, —si pudiera extraerse en toda su pureza y si pudiera medirse geométricamente en razón del temperamento y del estado de cada individuo, la cantidad de aspiraciones que necesitaría para restablecerse y conservarse—, aumentaría, sin duda, el sujeto de sus vidas, liberándoles de la superabundancia de flogisto que es en ellos una causa de muer-

te; porque la extrema afinidad que hay entre el aire y todo flogisto haría que el primero se cargara con avidez del flogisto animal y se lo llevaría con él, cuando la víscera de la respiración expulsaría el aire que había aspirado.

El aire está compuesto por tres substancias cuyas cualidades son distintas. La primera es el fluido luminoso que debe considerarse como su alma. Es el Júpiter *mitológico*. La segunda es el húmedo radical o mercurio primitivo que debe mirarse como su espíritu. Es la Juno de la *mitología*. La tercera sustancia primitiva es la sal o nitro del aire³⁸ que está representada por el primer mercurio de los filósofos, pero al ser éste el resultado de la acción del azufre sobre el mercurio o del fuego del aire sobre su húmedo, no tiene otro vicio ni otra virtud que los que recibe de la discordancia o de la concordancia de las dos primeras substancias de las que, de algún modo, no es más que una modificación; pero tiene una cualidad inestimable pues, al ser el principio de toda coagulación, hace palpables y manifiestas, por decirlo así, las dos primeras substancias que nuestros sentidos no pueden ver ni tocar y de las que sólo se conocen la presencia por los resultados que producen.

En los lugares en los que reina una enfermedad contagiosa el aire de la atmósfera contiene solamente muy

38. El nitro del aire como el nitro de la primera materia de la obra hermética es el nitro o la Sal de Sapiencia. Es aquel con el que, al no contener parte alguna de fuego elemental como el nitro común, los filósofos hacen su panacea, su quintaesencia, su elixir.

poca sal; la ausencia o la disolución del nitro del aire en tal caso podría dar lugar a investigaciones útiles y a descubrimientos afortunados para el éxito de los tratamientos epizoóticos.

Si en invierno y en las regiones hiperbóreas el aire es menos susceptible de desarrollar gérmenes contagiosos que en los climas más templados y más cálidos, sólo es porque al ser el frío de naturaleza alcalina y al encontrarse el nitro del aire más determinado, el aire es menos propio para recibir y extender los principios de putridéz que para concentrarlos.

El fluido luminoso o el fuego vital tiende siempre a la expansibilidad y el frío, por el contrario, a la concentración; resulta de ello una similitud sorprendente entre el hielo de la edad y el hielo del agua; éste sólo se forma por la acción del principio del frío que domina en el agua sobre el principio ígneo. Igualmente, en un anciano, el hielo de la edad es el resultado de la superioridad de los principios coagulativos sobre el calor natural.

La aspiración del aire desflogisticado podría producir efectos igualmente desafortunados; porque tanto el frío de la tierra impura del animal como el calor demasiado fuerte de la tierra pura le quema y le destruye igualmente pero de maneras diferentes; el calor, dilatando, y el frío, cerrando y coagulando sus partes.

Con la ayuda del fluido ígneo, cuando se ha hecho sensible y se ha reducido a quintaesencia como saben hacerlo los filósofos herméticos, el hombre consigue

aumentar la medida del sujeto de la vida y darle la fuerza de liberarse, sin emplear los medios galénicos, de las sustancias contrarias que esclavizan su acción.

Con la ayuda del fluido elemental, la física positiva sólo puede remediar momentáneamente las dolencias locales y particulares.

El fluido magnético, el que debe obtenerse por la cubeta de *Mesmer* y el que desarrolla y reduce a acto la máquina eléctrica, son efusiones de este fluido elemental; todo induce a persuadirse de ello, tanto más cuanto que el fluido ígneo primitivo no puede producir ni chispas visibles y palpables ni causar crisis; estos resultados sólo pueden ser los de un fluido secundario.

La naturaleza, como el arte, tiene su modo de desflogisticar el aire, pero menos privilegiado que éste; su operación está limitada a momentos fijos y determinados mientras que el hombre puede efectuarlo siempre a su voluntad.

El aire sólo está cargado de sustancias flogísticas en la amplitud de la atmósfera porque provienen de los vapores de las exhalaciones de la tierra y de todos los cuerpos de las que son extraídas por la atracción del Sol y difundidas por el aire.

Por la mañana, antes de que los rayos hayan alcanzado el horizonte y hayan adquirido cierta fuerza, el aire no contiene todavía sustancias flogísticas; es la ausencia de flogisto la que hace que desde las diez a las once de la noche hasta la aurora el aire no pueda ser electrizado; el fluido eléctrico sólo es pues, un fluido secundario,

un derivado del flogisto universal que no tiene ninguna relación de esencia ni de efecto con el fluido luminoso vital del que el aire es el vehículo.

En el momento que sigue a una tormenta el aire también está libre de él porque la lluvia se lo lleva y lo precipita con ella.

Por encima de la atmósfera las nubes producen el efecto del nitro fundido; el aire, al atravesarlas, se despoja de su flogisto³⁹ que se condensa, se corporifica y se enciende en él por el movimiento y el choque de las nubes y se convierte en la causa y la sustancia del trueno y de los rayos;⁴⁰ o, como dependiendo infinitamente más del fuego central que del fuego etéreo con el que no tiene comunicación inmediata, se desprende de él sin dificultad⁴¹ para volverse a su elemento terrestre y desempeñar con el arqueo del globo y con el de todos los mixtos el lugar y el deber que le ha impuesto la naturaleza.

De ahí viene la analogía del trueno con el fluido eléctrico que ya se ha dicho que no era más que un derivado del flogisto universal; esta analogía prueba lo poco que

39. Es a la pureza del aire desflogisticado por la naturaleza y que se respira encima de las nubes a lo que los navegantes aéreos deben atribuir los arrobamientos que han experimentado allí.

40. La muy violenta explosión que hace el aire flogisticado cuando se enciende por la chispa eléctrica, que al chocar con él, le comunica su movimiento, prueba la realidad de esta Teoría.

41. Es el relente cuyos efectos perjudiciales manifiestan los vicios de su principio originario.

los fluidos facticios deben tener con el fluido luminoso en el que reside el sujeto de la vida de todos los seres naturales que sólo puede ser análogo a sí mismo o al fuego central de los cuerpos.

El vulcano mitológico representa el fuego central; antes de ser precipitado de los Cielos habitaba el Olimpo con su hermano Júpiter que representa el fluido vital; ambos tienen una raíz común.

En estos últimos tiempos, unos físicos capacitados han percibido en el aire dos substancias distintas; una es un principio vital, y la otra, un flogisto natural; se habrían asegurado más sobre la verdad de este sistema, si hubieran profundizado más las causas y si no hubieran confundido los efectos de estos dos fluidos.⁴²

42. El aire sirve de medio, como ya se ha dicho, entre la región superior y la región inferior; es el canal por el que se comunican los espíritus vivíficos de una para animar y vivificar a la otra; no está sujeto más que a los cambios que excitan en él las influencias de la primera o los vapores de la segunda. Las influencias son siempre puras; los vapores, por el contrario, están siempre cargados de flogisto al que se debe atribuir, en parte, la brevedad de la vida del hombre. El flogisto es al fuego central lo que es el aire al fuego celeste; uno y otro sólo son los agentes, los vehículos de las dos substancias vivíficas. Sin embargo, difieren esencialmente uno de otro, en que el aire no puede viciarse más que por causas que le son heterogéneas; el flogisto, por el contrario, con independencia de que pueda serlo por las mismas causas, se vicia también por su abundancia demasiado grande.

«Han pretendido que el aire atmosférico, una vez aspirado, ya no era capaz de conservar la vida porque la sangre y los pulmones le habían quitado su flogisto natural, mientras que el aire cargado de flogisto no era diferente del aire desflogisticado más que en que este último contenía todavía más flogisto».

La contradicción de este sistema sólo viene de que no han distinguido los diferentes efectos de estos dos fluidos. El aire expulsado por los pulmones contiene infinitamente más flogisto que antes de ser aspirado porque entonces está cargado con el flogisto de los pulmones que se lleva con él, pero contiene incomparablemente menos fuego vital. El aire desflogisticado, por el contrario, contiene muy poco flogisto y mucho fuego vital, porque las partes del flogisto del aire que han sido separadas de él por la operación de la desflogisticación son substituidas por el fuego vital que, al encontrarse menos discontinuo en sus partes, se aprieta y contrae de modo que el mismo volumen de aire contiene sesenta y nueve veces más, que antes de la desflogisticación.

Estos físicos han tomado el fluido ígneo del que se alimenta el sujeto de la vida por el flogisto del aire; y el flogisto, por el fluido ígneo del que el aire es el vehículo.

Otros físicos han pretendido que ni el aire ni el agua contenían fluido vital. Se les puede responder que el fluido luminoso está en el agua, como en la tierra, en el aire y en todos los seres naturales; sin su presencia vital, la naturaleza entera, sepultada en la inacción, entraría de nuevo en el primer caos.

El volumen del aire que entra en los pulmones del hombre puede ser de diez a diecisiete pulgadas cúbicas por cada aspiración; esta medida varía según la medida del diámetro y del eje del pecho.

El hombre consume pues, en veinticuatro horas, veinte moyos de aire por la respiración solamente y consume o estropea el doble, es decir, cuarenta moyos, en el mismo espacio de tiempo por los vapores que se desprenden de los poros de su cuerpo.

Esta desproporción de consumo, por muy extraña que parezca, no es por eso menos positiva; las pruebas de esta verdad, dan constancia de un hecho.

En una línea cuadrada de la superficie de la piel se descubren cien poros y, como la superficie de la piel de un hombre de talla mediana es al menos, de catorce pies cuadrados, resultan de ello por cálculo, dos mil dieciséis millones de poros.

El aire expulsado por los pulmones del hombre sólo contiene la sexagesimoséptima parte del calor que estaba difundido en el aire de la atmósfera antes de la aspiración; de ahí que, en un lugar en el que hay mucha gente junta, el aire se vuelva malsano porque cada uno de esos individuos, al retener los sesenta y seis sesenta y sieteavos del fuego contenido en el aire, al final ya sólo se puede cohobar el aire ya respirado, privado de su fluido vital e infinitamente más propio para cargarse de las miasmas pútridas que contiene siempre *el gas animal*.

La necesidad de respirar un aire más nutritivo y más puro es la causa de la dilatación y del placer que experi-

menta el pulmón, cuando, al salir de esos lugares de reunión, el hombre respira el aire libre.

Borelli ha probado que en los pulmones de un hombre de complexión mediana no entran más que quince pulgadas cúbicas de aire por cada aspiración; este volumen de aire es igual a un cuerpo de dos pulgadas y media que tuviera seis caras iguales o bien a un globo que tuviera un poco más de tres pulgadas de diámetro. Esta pequeña cantidad de aire es recibida y distribuida por todas las vesículas de los pulmones cuyo número es casi increíble.

Jacques Keil dice que se elevan a mil setecientos cuatro millones ciento ochenta y seis mil quince.

Etienne Hales sólo da a cada vesícula el diámetro de una centésima parte de pulgada, lo que supone, en el interior de los pulmones, una superficie inmensa.

Esos dos sabios la fijan en veintiuna mil novecientas seis pulgadas cuadradas; esta superficie es aproximadamente igual a la de una mesa que tuviera quince pies de largo por diez de ancho.

Si quince pulgadas cúbicas de aire entran en los pulmones y cubren todas sus superficies, necesariamente deben extenderse hasta el punto en que el espesor de la columna de aire sea igual a quince dividido por 21.906, lo que dará la 1460ava parte de una pulgada, que es como la 125ava parte de una línea.

Si el grosor o el diámetro de la columna de aire atribuida a cada vesícula del pulmón puede apenas ser concebido por la imaginación, esto nos muestra, por otro

lado, cuán importante es para la conservación de nuestro compuesto multiplicar las partículas de bálsamo vital que el aire le transmite; éste actúa tan de inmediato y con tanta fuerza sobre esta víscera vesiculosa que el aire lo seca y lo descompone si no es bañado y nutrido sin interrupción por un alimento vivificante que, sin duda, impide en él toda adherencia y toda formación de tubérculos, manteniendo los pulmones en el estado de elasticidad libre y fácil que exigen sus constantes funciones.

Para que un hombre pueda gozar de una salud perfecta, excelente y constante, hace falta que su espíritu de vida esté siempre en un estado de fuerza y de vigor, propio para dar a los pulmones la suficiente energía para colmar de aire en cada aspiración la totalidad de sus numerosas vesículas.

El uso de la quintaesencia filosófica es el único medio para ello; es el que la divinidad ha reservado al conocimiento del hombre estudioso y aplicado, cuya sagacidad viva y penetrante ha sabido llevar sus miras y su inteligencia mucho más allá de lo que los límites del orgullo y la ignorancia han circunscrito a las del común de los hombres.

Esta divina quintaesencia es el fruto de su esfuerzo y su labor; es la recompensa de los trabajos que exigen la preparación de la primera materia de la obra que la naturaleza liberal difunde abundantemente sobre la superficie del globo en la estación *en que los carneros y los toros saltan sobre la hierba tierna*; es el néctar de los Dioses. Es el uso de este

licor beneficioso el que le conserva el sujeto de su vida y su salud con un volumen siempre igual y con una igual salubridad. Se convierte en el vencedor de los años y las dolencias humanas. El individuo que goza de estos privilegios dichosos ¿no tiene que dar gracias infinitas a la bondad suprema por haberle permitido penetrar en los misterios, en los secretos más ocultos de la naturaleza que lo colocan por encima de los Reyes de la tierra?

Hace algunos años se propuso la solución a las dos preguntas siguientes: «¿Cuál es la propiedad por la que el aire contribuye al sostenimiento de la vida animal?». «¿Por qué después de cierto tiempo el mismo aire no es apropiado para este fin?».

La respuesta que exige el desarrollo de estas dos preguntas se encuentra dispersa en este opúsculo; para reducirla a un punto de vista más próximo será el tema de los siguientes párrafos.

El fuego seminal que da la vida en el momento de la concepción es una porciúncula de fluido luminoso difundido por el macrocosmo; sólo difiere del animal por su especificación particular. Este fuego es de una sutileza incomprensible y de una acción tan viva y tan constante que la vida del hombre no sería más larga que la de los insectos que un mismo día ve nacer y morir, si por la respiración no estuviera alimentado abundantemente por el que el aire envuelve; es la juventud y la fuerza de la edad; pero cuando los órganos de los mixtos se encuentran mal dispuestos o debilitados por acciden-

te o por las dolencias inseparables de una edad más avanzada, la comunicación del fuego del aire con el del animal se intercepta; el orden establecido por este trato se altera y el fuego de vida, al encontrarse abandonado poco a poco por el de la naturaleza general, anuncia en el hombre la decadencia y la vejez.

La decadencia progresiva del hombre en la vejez está fielmente representada por la imagen que ofrece la planta hacia mediados de otoño; en primavera y en verano, el tallo está derecho y la cabeza altiva; se levanta orgullosa hacia el cielo y va en busca del espíritu de vida del que el aire parece alimentarla complacido; pero así que su fruto llega a la madurez, su cabeza cana comienza a inclinarse hacia el suelo y las influencias vivíficas sólo le rozan; se encierra, y de su brillante pasado no guarda más que una apariencia árida y deteriorada.

Del mismo modo el hombre, al respirar, retiene sesenta y seis partes sobre sesenta y siete del fuego vital contenido en el aire sólo cuando está en su juventud y en su fuerza; pero cuando alcanza el máximo grado de perfección al que la naturaleza ha podido llevarle, empieza, a partir de este punto, a decaer y a retroceder. La muerte impura de las digestiones y del flogisto del aire que ha aspirado desde su nacimiento, encadena la acción del sujeto de su vida. Las facultades de este imán que recibió en el seno materno se debilitan y pierde sin interrupción sus cualidades atractivas y homogeneizantes que la naturaleza le implantó para apropiarse y especificar en sí

mismo el fuego vital contenido en el aire que respira; de este modo lejos de sustentarse de él en la debida proporción, es decir en razón de lo que pierde, como lo hacía en su virilidad, retiene, por el contrario, cada vez menos; por eso, los fluidos del estómago pierden su calor y liquidez, los ácidos se debilitan, la descomposición de sus substancias se vuelven materias viscosas y le hacen expectorar sin cesar, las vísceras se obstruyen, la sangre se empobrece y se corrompe y las malas digestiones se multiplican; los insomnios, los cansancios, los vientos: todo le anuncia, en fin, que sus substancias tienden a la coagulación y a la inercia; de eso viene que cuando el hombre está en el ocaso de la vida, un año produce más impresiones, más achaques y más cambios en su constitución y en su rostro que lo que lo hicieron varios años en su juventud.

El corazón y el estómago empiezan a resentirse de la menor cantidad de calor natural, las vacuidades y las inacciones que experimentan en ellos debilitan los miembros más alejados, los músculos se vuelven rígidos, la piel se arruga y se llena de surcos, los movimientos pierden su suavidad y se vuelven más débiles y más lánguidos; poco a poco, la circunferencia que recorría en él el húmedo radical se estrecha y se encoge, al ser en cantidad menor, y debe necesariamente abarcar una extensión menor; pronto el fuego del aire que aspira en los pulmones ya sólo se comunica débilmente a los lugares de sus primeras vías; es lo que hace decir de un anciano que no puede ayudarse de sus miembros que tiene todavía *mucho pecho*.

La imagen de una persona que se encuentra mal y que pierde el sentido representa con bastante semejanza el camino y las causas del desmejoramiento progresivo del cuerpo material del hombre; el primer signo que manifiesta el individuo que experimenta esta crisis es una palidez general en todo su aspecto causada por la falta de sangre que el corazón ha sacado de todas las partes del cuerpo, incluso de las más alejadas, para aumentar en la misma proporción su calor y sus fuerzas contra el mal que le sofoca; pero si el fuego vital es el más fuerte, el corazón devuelve después de su victoria, la sangre de la ayuda que ya no necesita; la persona recobra el color y ve de nuevo la luz; asimismo, a medida que el corazón y el estómago necesitan calor para conservar sus facultades activas y digestivas, cuando el fuego vital que le anima no tiene la fuerza para contener e individuarse en suficiente medida al que está difundido por el aire, está limitado a atraer el que reside en sus miembros, pero el corazón y el estómago ya no lo devuelven como el corazón devolvía la sangre en la primera imagen, porque su necesidad aumenta día a día.

La disminución sensible y gradual del húmedo radical en el hombre que se encuentra en la pendiente de la rueda de la vida humana, es el motivo del frío, el embotamiento y la pesadez que siente en todas las partes alejadas del Tronco.

Es al empobrecimiento de este fuego vital al que se debe atribuir la apatía y el frío del alma que el hombre experimenta al envejecer.

En su juventud es todo de fuego, tierno, compasivo, generoso, lleno de celo y amor; se libra con el ímpetu de la llama a los impulsos que las primeras impresiones llevan a su corazón; pero cuando su fuego de vida disminuye, todo cambia en él en proporción; la naturaleza a sus ojos ya no tiene las mismas relaciones porque, al no tener los mismos medios, no le ofrece los mismos recursos. El fuego de las pasiones se apaga, los objetos que en la edad del goce eran sus diversiones y hacían sus delicias ya sólo le producen penas, malhumor y celos; es decir que su alma pensante está tan íntimamente unida a su espíritu actuante (que en él constituye su fuego de vida) y a los órganos de su compuesto que, cuando éstos bajan y se debilitan por falta de este fuego, las sensaciones del otro le entorpecen y se vuelven menos sensibles, menos susceptibles de cariño, de beneficencia y se impresionan menos por todo lo que son pasiones y efusiones del corazón.

Es a la consecuencia inevitable de este enfriamiento a lo que el anciano llama, sin embargo de modo impropio, prudencia, razón y política profunda; pero uno no debe hacerse ilusiones sobre las consecuencias del amor propio, y reconocer de buena fe que las cualidades que se atribuyen son menos el fruto de sus reflexiones que una débil compensación de su impotencia.

Si este anciano pudiera rejuvenecerse y retroceder hasta la época de sus años brillantes, se puede pensar que los ojos de su imaginación volverían a tomar los

mismos aspectos y los mismos puntos de vista que antaño y que lo que durante la época de su embotamiento le había parecido razón, prudencia, economía y sensatez, le parecería todavía como en la juventud, tibieza, timidez, avaricia, frialdad e insensibilidad.

Si el hombre en una edad avanzada tuviera la misma porción de fuego de vida que la que tenía a los treinta años y si le fuera posible conservar su volumen y su acción por un alimento diario, disfrutaría de todas las facultades de esta edad y sus puntos de vista serían aproximadamente los mismos porque estaría siempre en la edad del goce y los placeres y la amargura de las privaciones no habría irritado sus ideas ni agriado su carácter; su espíritu siempre colmado y siempre alimentado por el fuego celeste dejaría a su imaginación constantemente susceptible de los mismos impulsos y de la misma sublimidad. *Voltaire* a los 80 años habría parecido el *Voltaire* de *la Henriade* y de *Zaïre* sin sufrir la humillación y el pesar de un rostro octogenario; la experiencia que habría obtenido por su larga vida le habría vuelto más sabio y más circunspecto sin debilitar ni el vigor ni la audacia de sus producciones y de su pluma.

Sería deseable que el hombre, en lugar de aturdirse con su desmejoramiento progresivo pusiera toda su aplicación y todos sus recursos en prevenirlo y en parar su curso por los medios simples que la naturaleza le presenta.

Parece que una fatalidad a la que el hombre no puede substraerse subyugue las luces de su razón; sólo trata de

gozar y, sin embargo, la menor de sus inquietudes parece ser la de ocuparse de los medios de prolongar su gozo. Sin pensárselo, corre a pasos agigantados hacia el final del curso de su vida y, sin embargo, si cuando ha llegado a su caducidad mirara detrás de él, vería todavía en sus talones los fuegos de su adolescencia.

Ya no está permitido dudar de que el fluido luminoso, del que el aire es el canal y el vehículo y que se vuelve apropiado al hombre por el fermento de la misma esencia que esté especificado en él, no sea el principal sostén de su vida. Es pues en él sólo donde reside el único y absoluto medio de prolongar sus días.

Los efectos que produce el aire, desflogisticado muy puramente, sobre los animales que lo aspiran es una prueba tan natural como física de la posibilidad de aumentar el sujeto de la vida y, por una consecuencia igualmente natural, esta experiencia da motivos para pensar que si fuera posible condensar y hacer sensible el fluido vivificante que contiene, se habría ciertamente encontrado la Panacea Universal de la que los patriarcas, los profetas, los egipcios, los druidas y los filósofos herméticos han descrito el poder, las virtudes y los maravillosos efectos.

Uno se convencerá por la lectura reflexiva de esta obra no sólo de la posibilidad de condensar el aire y su fluido luminoso sino también de atraerlo y corporificarlo en la misma operación, por una atracción producida por este mismo fluido de modo que, parecida al imán que la naturaleza ha colocado en el seno de todos los

animales, el de los Filósofos atrae y se homogeneiza el fluido vital del aire con el cual la medicina de los tres reinos de la naturaleza debe formarse.

Este fluido luminoso o este fuego de naturaleza que está en todas partes y que todo lo anima, debe necesariamente encontrarse más abundantemente y de una extracción más fácil en un sujeto que en otro; la materia de la obra hermética lo contiene con todas sus cualidades y con toda la abundancia que se pueda desear. Es con esta materia procedente del fuego central y conglutinada por el aire de la atmósfera que los sabios han hecho su imán, y su magnesia. Son las diferentes operaciones que exige la fabricación de este imán que dieron lugar a la invención mitológica de los Trabajos de Hércules.

Se puede imaginar la tenacidad de este imán y la dificultad de anularlo por la experiencia hecha en las sales extraídas de las plantas.

Este imán es tan potente que preserva de la ignición a las virtudes prolíficas de las semillas en las que se encuentra establecido.

La experiencia prueba la realidad de este fenómeno. Con ayuda de un microscopio se ven nacer de los gérmenes animales y vegetales en infusión o maceración en el agua, una grandísima cantidad de animalculos; se observa que la mayor ebullición, muy lejos de disminuir su número no hace, por el contrario, más que aumentarlo; pero lo que es más increíble en este fenómeno es que si se tuestan y pulverizan habas, guisantes, judías, etc...,

incluso si se reducen a carbón pasándolas por el fuego de reverbero y, después de esta operación, se las pone en infusión en agua hirviendo, sorprende agradablemente el ver que los pequeños animáculos aparecen siempre con la misma fecundidad; lo que prueba que la acción del fuego, incluso el más vivo, no puede debilitar ni disminuir el principio fermentativo de la vegetación que reside en las sales, en las que la naturaleza sabia y bienhechora lo ha encerrado como en una fortaleza inexpugnable e indestructible.

¿Cómo podría ser, en efecto, que el fuego seminal, concentrado en las sales y que en la planta es el imán del fuego universal como salido del mismo principio, pudiera ser destruido por el fuego elemental que es infinitamente menos divisible, menos penetrante y menos poderoso que él?

Según esta experiencia no le está permitido a un ser pensante dudar de que el imán del hombre que es el espíritu que sirve de envoltura a su alma y que da a su cuerpo el movimiento y la vida, puede ser destruido y anulado por la muerte del individuo. Esta duda sería absurda e insensata. En el tratado de la Cabala hermética que acaba la obra de la que ésta no es más que la introducción, uno se convencerá por motivos más importantes todavía de que el espíritu del hombre o el hombre interior es imperecedero y que sobrevive positivamente a la muerte natural; es lo que ha hecho decir a San Pablo que el hombre era inextinguible.

Por la mañana a la aurora, como en el momento en que sucede a una tormenta, el aire es más puro y está más libre de partes heterogéneas. La libertad y la sensibilidad de la respiración, el hinchamiento placentero de los pulmones prueban, entonces, de un modo muy convincente que en estos momentos el hombre aspira el sujeto de su vida y el de su conservación más abundantemente que en ningún otro.

Es la causa de la serenidad secreta de la que su alma se embriaga con tanta suavidad; la dilatación interior y la contemplación tierna y respetuosa a la que lo físico lleva siempre a lo moral, es un homenaje y una acción de gracias que da al autor de la naturaleza en el momento en que le abre su seno materno.

Si es verdad, como lo aseguran todos los adeptos, que el conocimiento de la primera materia de la obra hermética y las secretas manipulaciones que exige, han sido menos la recompensa a sus trabajos que una inspiración muy particular de la divinidad, tenemos fundamentos para presumir que lo que han tomado por una revelación celeste no ha sido más que el efecto natural que produce este momento delicioso en todos los seres.

El recogimiento y una profunda meditación les ha hecho penetrar sus causas indicándoles las vías de la naturaleza.

Un trabajo pensado y asiduo sobre las materias que les han parecido que debían ser las producciones del desarrollo y de la pureza de las influencias benignas de

los Elementos en estos momentos privilegiados, les ha conducido por una vía recta simple y natural, de consecuencia en consecuencia y de resultado en resultado al perfecto conocimiento de la panacea universal. Estos adeptos hubieran podido decir, como Moisés, que habían hablado con el Eterno a través de una zarza ardiente, porque la zarza ardiente de este célebre filósofo no es más que el fluido luminoso o el fuego vital que rodea el habitáculo de la majestad divina del que se desprenden sin interrupción influencias circulantes que bajan a vivificar los elementos, para dar vida y conservar todas las producciones de la naturaleza.

Si es de lamentar que, hasta el momento, esta sublime búsqueda haya sido vergonzosamente relegada entre cierta clase de hombres que no tienen la más ligera idea de la física ni de la química y en quienes una imaginación exaltada y efervescente ha hecho las veces de ciencia y de talento, todavía es más de lamentar que la ceguera y el prejuicio demasiado tenaz le hayan atribuido una ridiculez tan general y tan exagerada que aquellos que se consagran a ello con más conocimiento de los principios y de los medios que podrían conducir allí, están obligados a esconderse para no cubrirse con la especie de oprobio en el que han incurrido, con razón, los individuos ignorantes a los que se llama sopladores.

¿Por qué los sabios de nuestros días tendrían que enrojecer al desgarrar este velo pernicioso que la ignorancia y el prejuicio ciego han creado ocupándose abierta-

mente de las búsquedas y los trabajos que exigen el conocimiento de la naturaleza?

¿Sería por el temor de hacer esfuerzos vanos? No obstante, los ejemplos recientes de los descubrimientos casi increíbles hechos en la física y en la química y, en particular, los efectos que el aire desflogisticado produce en los animales que lo aspiran deberían ser muy apropiados para animar su empresa, con una esperanza tanto mejor basada cuanto que los efectos del aire desflogisticado están considerados por los hombres inteligentes y de buena fe como más que un comienzo de prueba de la posibilidad de aumentar el sujeto de su vida y de prolongar su duración.

Este vehículo lleno de luz, debería, me parece, ser lo bastante potente para estimular a los sabios laboriosos a llevar este descubrimiento más lejos y a hacerlo más universalmente útil.

Gaudeant bene nati

ÍNDICE

Prefacio	7
Discurso preliminar	17
Concordancia mito-físico-cabalo-hermética .	31
Análisis del Mercurio mitológico	59
Tabla de esmeralda de Hermes Trismegisto ..	67
Texto	67
Interpretación	69
Segunda obra	91
Resumen de los cambios progresivos por los que tiene que pasar la primera materia de la obra hermética para alcanzar el grado de disolvente universal	133
Tratado preliminar de física	137



¿Desea enviarnos algún comentario sobre
CONCORDANCIA MITO-FÍSICO-CÁBALO-HERMÉTICA?

Esperamos que haya disfrutado con la lectura y que este libro ocupe un lugar especial en su biblioteca particular. Dado que nuestro principal objetivo es complacer a los lectores de nuestros libros, nos sería de gran utilidad recibir sus comentarios, enviando esta hoja por correo, fax o e-mail a:



EDICIONES OBELISCO
Pere IV 78, 3^{er} 5^a
08005 Barcelona (ESPAÑA)
Fax: (34) 93-309-85-23
e-mail: comercial@edicionesobelisco.com

✍ Comentarios o sugerencias:

✍ ¿Qué le llamó más la atención de este libro?

✍ ¿Quiere recibir un catálogo de nuestros libros (válido sólo para España)? SI NO

✍ ¿Quiere recibir nuestra agenda electrónica de actividades?
 SI NO

Si quiere recibir NUESTRA AGENDA ELECTRÓNICA de actividades con conferencias, talleres y eventos, además del boletín con las nuevas publicaciones, puede darse de alta automáticamente en nuestra web www.edicionesobelisco.com y facilitarnos sus datos en el apartado Suscríbese.

Nombre y apellidos:

Dirección:

Ciudad:

C.Postal:

Provincia/estado:

País:

Teléfono:

E-mail:

¡Gracias por su tiempo y colaboración!